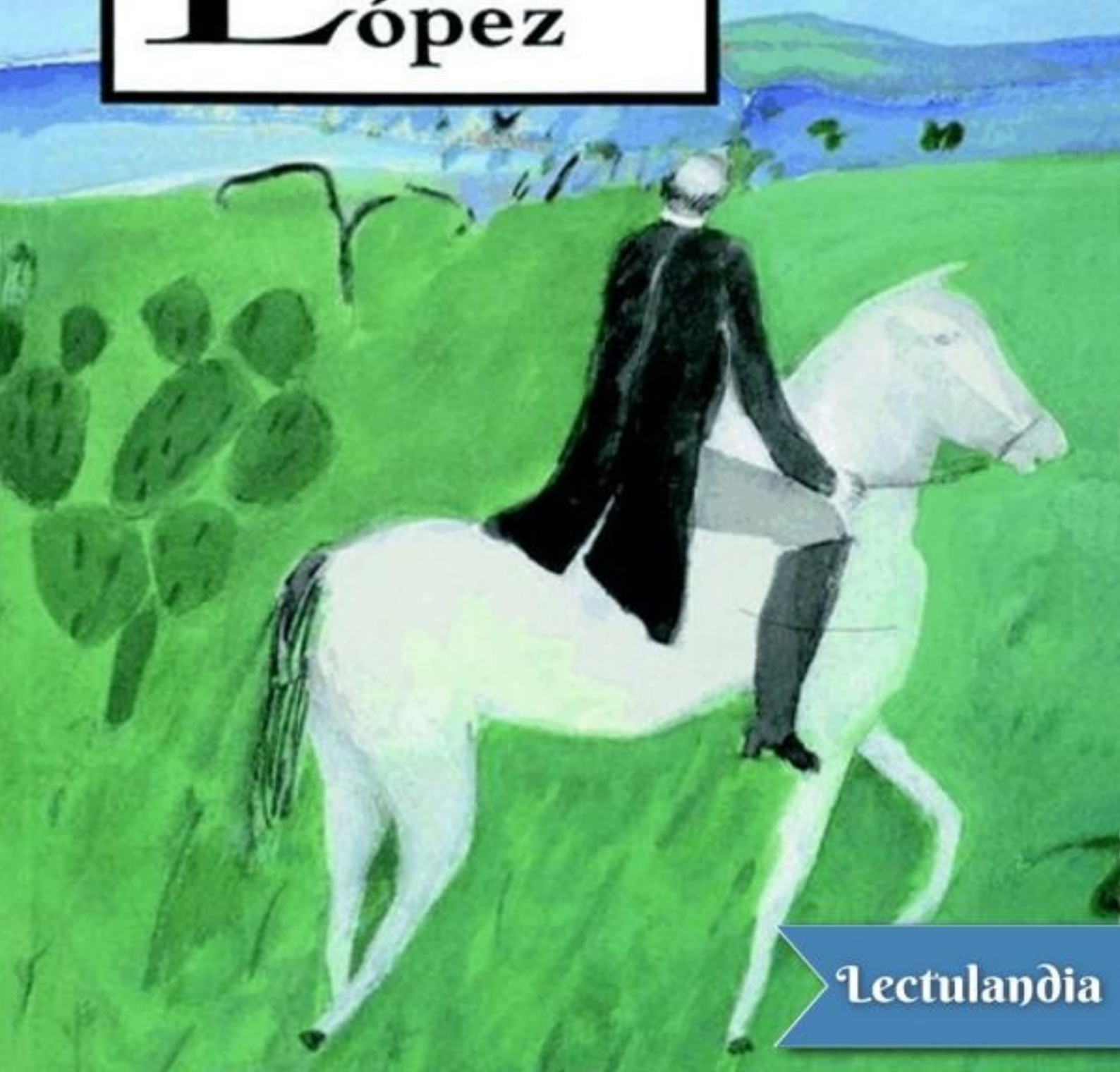


JORGE IBARGÜENGOITIA

Los  
Pasos  
DE  
López



Lectulandia

En el Bajío personal de Jorge Ibargüengoitia se fragua, con torpeza y empuje incontenible cifrados en un enorme cañón, la Independencia de México. Desde el encuentro casual del cura de Ajetreo y el eminente Matías Chandón hasta el día en que el primero resuelve firmar su abjuración poniendo al calce «López», transcurre una de las novelas más finas de Ibargüengoitia. En ella se encarga (sin segundas intenciones) de desmitificar la gesta heroica de la Independencia hasta dejarla en *Los pasos de López*; y esta reducción al anonimato de uno de los episodios fundamentales de la historia patria lo transforma, con la gracia que anida en lo natural inesperado, en la aventura de una conspiración (comedia de errores con final más o menos feliz) emprendida por un puñado de personajes con más carne y más huesos que los héroes y que impremeditadamente desencadenan las fuerzas de la historia.

**Lectulandia**

Jorge Ibarzüengoitia

# **Los pasos de López**

ePub r1.1

Titivilus 15.09.15

Título original: *Los conspiradores*  
Jorge Ibarguengoitia, 1981  
Diseño de cubierta: Joaquín Mortiz

Editor digital: Titivilus  
ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

PERIÑON CONTABA QUE DE JOVEN HABÍA PASADO UNA temporada en Europa y aludía con tanta frecuencia a su viaje que sus amigos llegamos a conocer de memoria los episodios más notables, como el de la vaca que lo cornó en Pamplona, la trucha deliciosa que comió a orillas del Ebro, la muchacha que conoció en Cádiz llamada Paquita, etc. El viaje había comenzado bajo buenos auspicios. Cuando estaba en el seminario de Huecámbaro, Periñón, que era alumno excelente, ganó una beca para estudiar en Salamanca. Como era pobre, varios de sus compañeros y algunas personas que lo apreciaban juntaron dinero y se lo dieron para que pagara el pasaje y se mantuviera en España mientras empezaba a correr la beca. Periñón decía que en el barco conoció a unos hombres de Nueva Granada y que durante una calma chicha pasó siete días con sus noches jugando con ellos a la baraja. Al final de este tiempo había ganado una suma considerable. Comprendió que las circunstancias habían cambiado y le pareció que ir a meterse en una universidad era perder el tiempo. Ni siquiera se presentó. Durante meses estuvo viajando, visitando lugares notables y viviendo como rico. «Hasta que se me acabó el último real», decía. Después pasó hambres.

Cuando yo le preguntaba cómo le había hecho para regresar a América, nomás movía la cabeza, como quien quiere borrar un recuerdo amargo.

—Bástete saber que llegué a Veracruz con la sotana muy revolcada —agregaba.

De allí el relato brincaba y la siguiente imagen era Periñón en Huetámbaro, aguantando las reclamaciones de los que lo habían patrocinado. Querían que les devolviera el dinero que le habían dado, cosa que Periñón nunca hizo.

La sombra del viaje oscureció su carrera eclesiástica, que había comenzado tan bien. Cuando alguna oportunidad se le presentaba —un puesto de secretario en la Mitra, una cátedra, una parroquia importante— no faltaba quien se la echara a perder recordando que era jugador, que empezaba una cosa y terminaba haciendo otra, que no pagaba deudas, etc. El tiempo pasó y compañeros suyos bastante brutos llegaron a obispos o directores de seminario mientras Periñón seguía en el curato de Ajetreo, pueblo al que siempre defendió:

—Dicen que es feo los que no lo conocen. Los atardeceres son muy bonitos. Te subes al campanario y miras para un lado: ves el llano, volteas para el otro: ves la sierra. ¿Qué más quieres? En cuanto a estar apartado no me parece defecto: nunca se ha presentado el obispo a visitarme. Eso es ventaja.

Defendía Ajetreo pero pasaba buena parte del tiempo de viaje, yendo de una ciudad a otra y visitando a sus amigos. De regreso al pueblo se dedicaba de lleno a las manías que lo obsesionaron en la edad madura: criar gusanos de seda, cultivar vides y la que había de volverlo famoso y costarle la vida, que fue la de hacer la revolución.

Antes de conocerlo lo vi tres veces en el camino a Cañada. Era una mañana de junio, el cielo estaba azul fuerte y parecía que no existiera la lluvia pero la noche

anterior había caído un fuerte aguacero y el camino era un lodazal. La diligencia se había atascado y los pasajeros habíamos tenido que ir a pararnos en unas piedras para no estorbar ni enlodarnos. Las mulas tiraban, el cochero daba gritos y chicotazos, el ayudante empujaba. Entonces apareció Periñón montado en su caballo blanco. Iba al pasito, por el bordo, entre la huizachera. Al ver nuestro contratiempo arrendó, nos dio los buenos días y preguntó qué se ofrecía. El cochero contestó que nada y Periñón siguió adelante, muy tranquilo, silbando una canción —después supe que él mismo las componía—. No llevaba sombrero y tenía la calva requemada por el sol, se sabía que era padre por el alzacuello, pero en vez de sotana llevaba pantalones y botas con espuelas. Cabalgaba dejando colgar el brazo izquierdo en cuya mano llevaba siempre la vara que usaba para espantar perros.

El coche salió del atolladero, seguimos el camino, llegamos a un pueblo, bajaron unos pasajeros y subieron otros; más tarde, en el tramo firme que había en la ladera de un cerro, las mulas echaron a correr y alcanzamos a Periñón. El caballo blanco andaba suelto y pastando, su dueño estaba en la milpa con una pala en la mano, rodeado de campesinos que lo miraban con atención y respeto, como si nunca hubieran visto hacer un agujero en el suelo.

El tercer encuentro ocurrió pasado el medio día, en la venta en que nos detuvimos para comer y cambiar de tronco. Aparte de la cárcel no recuerdo lugar más inhospitalario: la ventera nos hizo entrar en un cuarto oscuro y allí nos dio, de mal modo, frijoles y tortillas viejas, regañó a un pasajero cuando lo vio orinar sobre una cerca de piedra y a mí, que pedí agua para beber, me la dio en un jarro, con la advertencia de que había que ir a sacarla de un arroyo que quedaba a más de trescientas varas. Pasados estos disgustos salimos al portal listos para partir y allí estaba Periñón.

Se había recostado en una hamaca y se mecía empujándose con el pie, se había quitado el saco para estar más fresco y platicaba con unos chiquillos. Dos sacerdotes que iban en la diligencia se acercaron a saludarlo.

—¿Domingo, qué andas haciendo?

—Estoy esperando a que la señora ventera saque el cabrito que me ha hecho el favor de meter en el horno —dijo él y se siguió meciendo.

Al poco rato, en la diligencia, supe quién era, porque los que lo habían saludado dijeron:

—¿Si el padre Periñón es tan listo por qué se queda en el curato de un pueblo tan feo?

—Porque así lo dispuso Dios —dijo el otro, que no quería tocar el tema.

El que contestó era el presbítero Concha, que ya llevaba en la cara las huellas de la enfermedad que habría de ponerlo en la tumba: delgadez extrema, ojos llorosos y piel transparente. Desde hacía tiempo le daban soponcios en momentos inoportunos —había rodado los escalones del presbiterio con una hostia en la mano—, pero siempre que alguien le preguntaba cómo se sentía contestaba «divinamente». Era un

viejo simpático, diminuto, bien proporcionado. Después me contó que lo habían invitado a dar un sermón en un pueblo lejano y como no se sentía bien, había querido que lo acompañara el padre Pinole, a quien no quería, pero que en un momento de mala suerte le hubiera servido de sustituto o para\_ ayudarlo a levantarse del suelo. Iban en la diligencia de regreso a Cañada en donde los dos oficiaban.

El padre Pinole era prieto, grande, con una boca que fruncía para hacer parecer más chica. Después supe que en Cañada tenía fama de indiscreto y que no se confesaban con él más que los que eran casi santos. Llamaba al presbítero «su reverencia» y era muy atento con él. Amarró en la ventanilla un trapo para que al otro no le pegara el sol, extendió en el asiento un paliacate en donde echaron las cascara de los cacahuates que se comieron y cuando terminaron lo sacudió contra el viento, llenándonos de hollejos a los otros dos viajeros que íbamos en el coche, que éramos yo, que tenía veinticinco años y uniforme de oficial de dragones y un viejo de anteojos cuadrados y tricornio, quien cuando el coche no daba brincos leía un librito intitulado Manual del inquisidor. Era el licenciado Manubrio. Es decir, que el día que conocí a Perión conocí también a quien poco más de un año después iba a decidir su suerte.

El licenciado llegó a la Nueva España ya viejo y pasó diez años en Veracruz, él decía que trabajando en la Aduana, pero no es cierto. Sabía como nadie lo que pasaba en San Juan de Ulúa. Ha de haber formado parte del Tribunal Negro y luego inventó el trabajo en la Aduana para evitarse inquinas. Después muchos dijeron que había sido agente secreto y que había ido a Cañada en esa función, enviado por la Audiencia de México. No lo creo. Más me parece verdad lo que él decía: le habían dado fiebres tercianas y había tenido que dejar el empleo y la costa para radicarse en un clima benigno. Quiso nuestra mala suerte que alguien le ofreciera en Cañada una escribanía a buen precio.

El cuarto viajero era yo. Me llamo Matías Chandón, soy artillero, pero servía entonces en un regimiento de dragones. Teníamos dos años acantonados en Perote. Hacía unas semanas que había sabido que en Cañada estaba formándose un batallón provincial y que estaba vacante la plaza de comandante de la batería y jefe de artificieros, la había solicitado por escrito y el coronel me contestó ordenándome que me prestara a pruebas de oposición el día doce de junio. Por otra parte, el corregidor de Cañada, que era amigo de un amigo mío, al saber que yo había solicitado el puesto, me había hecho el favor de invitarme a pasar unos días en su casa.

Durante el camino los padres hablaron entre ellos, pero el licenciado y yo nomás para comunicarnos lo más indispensable. Era de noche y estaba lloviendo cuando llegarnos a la venta de Toma de López. El ventero nos dio la mala noticia:

—Aquí no hay más que un cuarto.

Era enorme y tenía siete camas. Mientras el padre Pinole y yo recorríamos rincones aplastando alacranes, el presbítero y el licenciado tentalearon las camas y se quedaron con las mejores, después nos dimos la mano y dijimos quiénes éramos y de

dónde veníamos. El licenciado sacó baraja y propuso jugar paco chico mientras nos arreglaban la cena, los demás aceptamos y en un ratito nos ganó veinte reales, cosa que el presbítero Concha nunca le perdonó.

Para llegar a donde estaba la cena tuvimos que atravesar un corral a oscuras, porque un ventarrón apagó la vela. Cuando entramos en la cocina el presbítero me dio un codazo y me dijo, aparte:

—El licenciado ya metió la bota en el lodo. Me alegro.

Antes de sentarse a la mesa los padres rezaron y yo hice como que pensaba en Dios, el licenciado Manubrio, en cambio, se sentó, se amarró en el pescuezo una servilleta que tenía una mancha de mole, y dijo:

—Que nos traigan vino.

El padre Pinole quería agua de chía, pero en aquella venta no había más que hojas de naranjo, que fue lo que bebimos. Cuando en la conversación salió que yo iba invitado a casa de los corregidores el padre Pinole se estremeció de envidia.

—Pues tiene usted buena suerte —me dijo— porque yo nunca he entrado en ella.

No era amigo de los corregidores pero conocía su vida y milagros, que expuso: aquellos eran los meses que los Aquino pasaban en la casa de La Loma, que era un palacio: allí estaba la mesa mejor servida del Plan de Abajo.

—Los que se sientan en ella —agregó— beben vinos que uno ni se imagina que existan. Dicen que hay noches en que llegan de visita señoritas decentes y bailan danzas modernas —y volviéndose al presbítero, preguntó—: ¿Verdad, su reverencia, que así es la vida en la casa de La Loma?

—Así es, más o menos —dijo el presbítero y se comió un pedazo de tortilla, dando por terminado el tema.

Cuando salimos de la cocina se habían quitado el viento y la lluvia. Al ver la noche serena, el licenciado propuso «dar unos pasos para ayudar a la digestión». A los padres les pareció que estaba como boca de lobo y prefirieron irse a acostar, yo acepté.

Fuimos por campos iluminados nomás por chupiros, tropezamos con unas trancas, un perro salió a ladrarnos, oímos ruidito de agua y después sentimos que ya habíamos metido los pies en el arroyo, por fin dimos con un obstáculo tan grande que no pudimos rodear y optamos por sentarnos en él: era una piedra. Allí el licenciado Manubrio me relató la historia de la conspiración de Huetámara.

Había ocurrido el año anterior. Cinco oficiales de las milicias y tres sacerdotes, todos criollos, se juntaban en uno de los salones del obispado para tramar una revolución. Querían proclamar la independencia de la Nueva España, abolir los tributos reales y, lo que al licenciado Manubrio le parecía más espantoso, incautar los bienes de los españoles para distribuirlos entre los mexicanos —¡incluyendo las comunidades de indios!—.

Pero sucedió que dos de los conspiradores habían tenido un pleito, el licenciado ignoraba si por cuestión de mujeres o deudas de juego, el caso es que uno, por hacerle



un mal al otro, fue con el intendente y delató la conspiración. El intendente actuó como rayo: apresó a los conspiradores, los puso en dos coches y los mandó a México con escolta, allí la Audiencia dispuso que fueran juzgados en secreto pero con rigor. Las sentencias habían sido severas y todos estaban en San Juan de Ulúa.

Todos, claro, menos el delator, a quien el intendente había prometido indulto y discreción.

—Le he contado este caso, don Matías —terminó diciendo el licenciado—, para que sepa qué terreno pisa. Usted viene de Perote en donde la vida será aburrida, pero se respira un aire mejor, las tropas de allí son leales a la Corona. Ahora va usted a un nido de víboras. Esta región está llena de criollos resentidos: gente incompetente que se siente postergada. He querido abrirle los ojos.

Y me los abrió, porque hasta ese momento yo había creído que las revoluciones eran sucesos que ocurrían en el extranjero.

AL DÍA SIGUIENTE, CUANDO ME BAJABA DE LA DILIGENCIA en Cañada, se acercó un hombre a decirme:

—¿Usted es don Matías Chandón? Soy el cochero de los señores Aquino y estoy aquí para ponerme a sus órdenes y llevarlo a la casa de La Loma.

Me llevó cuesta arriba, entre dos hileras de casas de ricos, hasta llegar a la última, que era la más elegante. Un mozo abrió la verja, el coche entró en un patio y se detuvo ante una escalera de piedra por la que iban bajando un hombre, una mujer y un perrito.

Confieso que me deslumbraron. Diego era alto y delgado, llevaba una gorguera blanquísima y un traje perfectamente cortado. Hasta mucho tiempo después comprendí que a su rostro, de buenas facciones, le faltaba vida. Carmelita estaba sonrosada, tenía la boca carnosa, su mirada refulgía, el pelo era como azabache, iba vestida de azul.

—Don Matías —dijo el corregidor—, sea usted bienvenido a Cañada.

Mientras yo les daba la mano, el perrito, furioso, mordió mi bota sin que nadie lo regañara.

A Carmelita le interesaba mi viaje:

—¿Le llovió en el camino? ¿Hubo lodazal en la cuesta del Tecolote o polvareda? ¿Se rompió la muelle de la diligencia como a veces sucede? ¡Ha de estar agotado!

Mientras yo trataba de explicarle que no estaba cansado, ella se volvió a su marido.

—Acompaña al teniente al cuarto que le hemos preparado. Apenas habíamos dado tres pasos a ella se le ocurrió otra cosa:

—No se tarden, que yo estaré esperándolos en el mirador.

La recuerdo como si estuviera viéndola: había cogido al perrito para que no nos siguiera, sonreía mostrando sus dientes magníficos, me miraba a los ojos. Parecía que realmente tenía ganas de platicar conmigo.

El corregidor y yo fuimos tras el mozo que llevaba la maleta por un corredor lleno de vericuetos. Él me tomó del brazo y me lo apretó diciendo:

—Viene usted bien recomendado. En la carta que me escribió Paco Pórtico lo pone por las nubes.

Paco Pórtico era el amigo común que yo tenía con los Aquino. Empezaba a sentirme halagado cuando me di cuenta de que el corregidor andaba desorientado y no hallaba para donde jalar. Habíamos llegado a una bifurcación del pasillo y el mozo que iba adelante se había perdido de vista. Diego hizo que me detuviera y se adelantó a explorar: miró por un lado, miro por el otro, vio al mozo de lejos y dijo:

—Es por aquí —parecía muy contento de haber encontrado el camino.

Llegamos a un cuarto elegante. El más elegante que yo había visto. La cama tenía dosel y estaba en un estrado, en el tocador de mármol había aguamanil y jarra de

porcelana con nomeolvides pintados, la cómoda era monumental y el ropero tenía cuatro puertas. El mozo había abierto mi maleta y estaba poniendo sobre la cama espléndida mi ropa, que se veía muy modesta. Diego fue a la ventana, la abrió de par en par y respiró con deleite el aire que entraba.

—Cuando caen los primeros aguaceros —dijo— el centro de la ciudad se llena de moscas. Por eso a Carmelita y a mí nos gusta venir a pasar esta temporada en La Loma.

En la pared había un retrato casi negro. Por quedar bien con el dueño de la casa di unos pasos para verlo de cerca y aunque el cuadro no era bueno ni me interesaba, pregunté:

—¿Quién es este señor?

Ocurrió algo que me pareció un poco raro: Diego miró el cuadro como si nunca lo hubiera visto, después se encogió de hombros y dijo:

—Algún pariente.

Fue a la puerta, la abrió y me dijo:

—Vamos al mirador.

La corregidora nos esperaba ante una mesita cubierta por un mantel blanco en la que había dos jarras de barro y tres vasos de cristal.

—¿Qué quieren, agua de chía o de jamaica?

El perrito volvió a atacar mi bota hasta que el corregidor se puso a jugar con él. Carmelita me tomó del brazo y me llevó a la balaustrada para que viera mejor el paisaje.

—Mire nomás qué acantilados tan bonitos. Se llaman «el Ala del Ángel». Está bien el nombre, ¿no le parece? Son como un ángel que volara sobre la ciudad. En la luz del atardecer se ponen color de rosa.

Estábamos tan cerca que yo podía oler el perfume de heliotropo que ella exhalaba. Miré la cresta escarpada con el ribete de encinos hasta que la corregidora me llevó ante un arco que abría en otra dirección.

—Mire las casas de la gente pobre. Qué bonitas son, ¿verdad? Son muy sencillas pero están muy arregladitas. Si usted se fija en ninguna falta una macetita con flores.

Era otro cerro, el del barrio de San Antonio, un apiñamiento de casas de adobe con cercas de nopal. Había montones de estiércol, humaredas, hombres dormidos, mujeres cargando rastrojo, niños jugando en el lodo, perros ladrando. La corregidora exclamó:

—¡Qué dignidad hay en la pobreza!

Me llevó a un tercer arco que daba a un jardín interior.

—Ese es mi cuarto —me dijo—, aquella es mi ventana. En aquella palma hay un nido de calandrias que al amanecer me despiertan con sus graznidos. Apenas las oigo pego un brinco en la cama y salgo corriendo al balcón a ver despuntar el nuevo día.

Comimos, según el corregidor, en confianza; es decir, los tres y el perrito en una mesa en la que hubieran cabido catorce. Gracias a la corregidora supe que aquel techo

era artesonado, que el mantel había venido de Flandes, las copas de Aranjuez y los platos de Talavera. ¡Parecía tan enterada! Nunca se me hubiera ocurrido que aquellos ojos verdes que me miraban con insistencia nunca habían visto el mar.

Tres mozos sirvieron la mesa. En la primera parte de la comida, es decir, hasta que se llevaron los platos en que habíamos comido el arroz, la corregidora dominó la conversación. Describió, entre otras cosas, los padecimientos de los que trabajaban en los telares. Eran indios que traían de lejos, a fuerzas, vivían separados de sus familias, trabajaban de sol a sol y no les pagaban sueldo.

—Cuando alguno escapa los capataces lo persiguen por el cerro, y si no lo encuentran agarran al primero que pasa y lo obligan a sustituir al que se fugó.

Oí esta relación asombrado. La corregidora hizo con las cejas una seña a su marido para que él terminara de hablar:

—Los dueños de los telares son españoles —dijo.

Pasamos a hablar de apellidos.

—El de usted me suena —dijo Carmelita—. Si no me equivoco viene usted de familia distinguida. ¿No son los Mejillón Chambón condes de Casaplana?

—No, Carmelita, de Otumba —corrigió su marido. A ella no le cayó en gracia la interrupción.

—Es lo mismo —y dirigiéndose a mí continuó—. Y esa otra familia, los Chambón Alcocer, ¿no tienen grandes alcundias en la región de Mezcala? ¿Y no fue un Chambón el que abrió la mina de Joropo? —se volvió a Diego y comentó como si yo no hubiera estado presente—. Se me hace que don Matías es un hombre riquísimo. Hasta entonces pude meter mi cuchara para advertir que no me llamaba Chambón sino Chandón.

—Mi familia no es distinguida ni rica —seguí—, no tenemos parientes condes ni alcundieros ni ninguno de nosotros ha abierto una mina. Somos de Chiriguato.

Cuando hablé ella nomás parpadeaba, cuando terminé me dijo:

—Bueno, pero es usted un hombre sincero.

El corregidor me miró a los ojos y dijo con cierta solemnidad:

—Nosotros también somos criollos de corazón.

Entonces los mozos se llevaron los platos del arroz y don Diego tomó las riendas de la reunión:

—Debo advertirle que yo, por ser corregidor, soy capitán honorario del batallón provincial y, en consecuencia, seré miembro del jurado que va a examinarlo mañana.

Dije que me alegraba y él, en vez de esperar al día siguiente, empezó a examinarme en ese momento:

—¿En qué regimientos ha servido?

Dije que había servido en el de artillería del marqués de Lagunas y que en esa época estaba adscrito al 2.º de Huehuetoca.

—¿En el manejo de qué armas está mejor versado?

—He usado la de ocho, la de doce y la de seis, pero la que conozco mejor es la de

catorce y medio.

—¿Ha leído el libro sobre explosivos del conde de Ballina?

—Lo consulto con mucha frecuencia —arriesgué. Después me enteré de que Diego tampoco lo conocía.

Así seguimos hasta que los mozos sirvieron el dulce de tejocote. Entonces Diego me preguntó:

—¿Cuando fue al cantón de Perote tenía nombramiento disciplinario?

Era una pregunta natural: quería saber si yo había ido a Perote por castigo, como era el caso de muchos. Respondí con cierto orgullo:

—Fui a Perote con mi regimiento, por ordenes del virrey Iturrigaray.

Entonces el rostro del corregidor ensombreció, su mano tembló, un tejocote rodó por el suelo, los tres mozos se precipitaron a recogerlo, el perrito ladró, la corregidora me pidió en un susurro:

—No vuelva a pronunciar ese nombre delante de Diego.

Contemplé boquiabierto el efecto de mis palabras: el corregidor parecía traspadado por un dolor intenso, apoyó la frente en el puño crispado con que apretaba todavía la servilleta. Creí que iba a caerse de la silla. Al ver que los mozos no lo ayudaban por estar ocupados sacando el tejocote del comedor, hice por levantarme para ir en su auxilio cuando Carmelita me detuvo con un gesto y me dijo:

—Déjelo. Al ratito se le pasa.

Y así fue. Al cabo de unos minutos de tensión incomodísima, Diego volvió en sí. Abrió los ojos, parpadeó, se secó con la servilleta una poca de baba que le escurría y dijo a su esposa:

—Perdóname, Carmelita.

Durante un instante horrible me miró, al parecer sin reconocerme, después se repuso y me dijo:

—Don Matías, lo siento, me obnubilé.

Se puso de pie y frotándose el caballete de la nariz como quien ha trabajado muchas horas, anunció:

—Creo que lo mejor será que vaya a descansar un rato.

Salió del comedor caminando muy tieso, seguido por el perrito. La corregidora y yo nos quedamos solos.

—¡Señora, perdóneme, yo no sabía...!

—Cállese, don Matías, ¿cómo iba usted a saber que mi marido se traba? Al contrario, usted perdónelo a él por haber hecho el ridículo.

—¿Pero cuál ridículo, señora?

Ella se levantó de la silla.

—Vamos a dar un paseo por la huerta —propuso.

Salimos a una explanada de donde se veía la huerta, que era enorme, abarcaba toda la ladera del cerro. Carmelita me llevó cuesta arriba por un sendero que había entre dos hileras de chirimoyos y me fue contando:

—Déjeme decirle primero que mi marido es un maniático de la honradez y que estoy convencida de que es incapaz de robarse un peso. ¿Qué cree usted que le pasó? Que después de diez años de servicios distinguidísimos como corregidor de Cañada, alguien, no sabemos quién, pero es un infame, alguien, digo, fue con el virrey a contarle el chisme de que Diego estaba robándose el dinero de las alcabalas. ¿Qué le parece? Claro que este infundio en los oídos de un hombre sensato provocaría inmediatamente una respuesta: «¿qué pruebas hay de esta acusación que están haciendo?» No fue así. El virrey, que era Iturrigarri, se dio por satisfecho y mandó una carta a Diego, cesándolo. ¿Cuál cree usted que fue la razón que le dio para quitarlo del puesto?: que «corrían rumores», decía, de que gastábamos demasiado. Puras mentiras. Vivimos bien, como puede ver, pero siempre dentro de los límites del sueldo que tiene mi esposo, que es lo único que tenemos. Una cosa es que el dinero nos luzca y otra muy diferente que gastemos más de la cuenta, ¿no cree usted?

Mientras ella hablaba yo había estado calculando el sueldo de corregidor a juzgar por la vida que yo veía que se daba: la casa, la huerta, la mesa, los criados, los vestidos de la señora, etc. Ella siguió:

—Lo más terrible de la situación fue que no hubo manera de demostrar que las sospechas eran infundadas y que éramos víctimas de la maledicencia, puesto que no hubo juicio de residencia ni manera de apelar: un día llegó la carta de Iturrigarri en la que cesaba a Diego y le daba órdenes de entregar de inmediato la corregiduría a un suplente, que para colmo de nuestra humillación fue el alcalde Ochoa, un español chocantísimo a quien siempre hemos aborrecido. Como era de esperarse, Diego se trastornó: no se atrevía a salir a la calle, por vergüenza. Los meses que siguieron fueron una pesadilla: la noticia de nuestra desgracia llegó hasta la escuela de Minas, en México, donde estudia nuestro hijo, tuvimos que mudarnos de casa y no teníamos ingresos.

Carmelita relataba siempre de la misma manera la historia del cese de Diego: presentaba primero la situación como desesperada para luego dar el desenlace:

—Afortunadamente la Divina Providencia y nuestros amigos acudieron en nuestro auxilio. Primero la Junta de Cádiz ordenó a Iturrigarri regresar a España. Y no sólo regresó a España sino que se murió de cólera y morbo cuando apenas estaba poniendo un pie en la tierra. Luego, nuestros amigos que tenemos en México, que son poderosos, intervinieron en favor de Diego ante la Audiencia, la cual reconsideró su caso y lo restituyó en el puesto.

Ya nomás faltaba una cosa para que la dicha de los Aquino fuera completa: que la Audiencia le pagara a Diego el sueldo de los once meses en que había estado cesante.

Habíamos llegado a lo que llamaban «el belvedere», un quiosco que estaba en la parte más elevada de la propiedad, desde donde se dominaba la huerta, la casa, la ciudad y, a lo lejos, el valle. Carmelita puso una mano en la balaustrada y con la otra señaló.

—Aquella arboleda es la margen del río Bronco.

Ella era una mujer muy bella, la historia que me había contado me había conmovido, estábamos solos. Cuando menos pensé ya había tomado entre mis manos la que ella había puesto en la balaustrada y la estaba besando en la palma. Nunca olvidaré su expresión: aquellos ojos verdes abiertos como platos, la boca entreabierta, las cejas arqueadas, se puso roja y por fin retiró la mano. Yo estaba desconcertado. No entendía por qué había hecho lo que acababa de hacer ni tenía la menor idea de cómo salir del paso. Por suerte ella se recuperó muy pronto y me dijo con serenidad.

—Vamos a regresar por aquel lado de la huerta, que usted no ha visto.

Caminamos entre dos hileras de limoneros, pausadamente, en silencio, uno al lado del otro, ella respirando muy hondo, como para absorber mejor el perfume de los azahares, yo cabizbajo, pensando que lo que acababa de hacer iba a costarme el puesto de comandante de la batería y jefe de artificieros.

Cuando nos despedimos en el pasillo ella me dijo, completamente serena:

—Lo que pasó en el belvedere no debe repetirse, Matías, porque yo soy una mujer casada que respeta a su marido y que tiene un hijo. Pero no tenga remordimientos, porque ni me ofendí ni me disgustó.

Se alejó por el pasillo riendo musicalmente. Yo, lleno de agradecimiento fui a mi cuarto y me dormí profundamente.

CUANDO DESPERTÉ CREÍ QUE ESTABA SOÑANDO. NO reconocí el cuarto hasta que vi el aguamanil con los nomeolvides pintados. El sol se estaba metiendo y alguien tocaba a la puerta. Cuando abrí entró el perrito ladrando y después el corregidor con un candelero. Al verme amodorrado Diego me pidió disculpas: pretendió que no le había pasado por la cabeza que alguien durmiera un rato después de un viaje de tres días. Pero acabó diciéndome algo que no admitía réplica:

—Están en la casa unos amigos que quieren conocerlo, ¿puede venir a la sala? Me alegro. No hay prisa. Tiene tiempo para arreglarse un poco, pero no se tarde.

Dejó el candelero en la cómoda y se llevó cargando al perrito que hubiera querido quedarse ladrando.

Me lavé vigorosamente y me eché encima un chorro de agua de rosas de un pomo que encontró en el tocador, me puse el uniforme de gala —casaca roja con vueltas verde botella— y cuando estuve seguro de que mi aspecto coincidía con lo que pide la ordenanza, salí al pasillo. Oí música y fui siguiéndola hasta la sala. Me paré en el umbral y escuché la siguiente copla:

*El amante apasionado  
se revolcó en el pasillo  
y escribió en la pared, con su sangre,  
«así es el amor», etc.*

La corregidora cantaba —tenía una voz potentísima—, se había puesto un vestido de los que yo no sabía que estaban de moda en Francia, que dejaba al descubierto el pescuezo, los brazos y hasta parte del pecho, había cambiado de peinado y llevaba unos aretes muy largos. La canción salía de su boca como un lamento y cuando llegué parecía ir dirigida a un militar de patillas alborotadas que estaba tocando el piano.

Entonces me di cuenta de que el hombre a quien yo había visto tres veces el día anterior en el camino a Cañada estaba en la sala y tocaba la mandolina. Lo hacía inclinado sobre el instrumento, poniendo mucho cuidado a las notas y moviendo al compás de la música el rodete de pelos blancos que le quedaban alrededor de la calva. Para estar más cómodo había levantado la pierna y apoyaba la bota polvosa en el asiento de una silla que, se veía luego luego, era obra maestra de la ebanistería.

Más lejos, en un sillón de respaldo muy alto, cabeceaba a pesar del ruidero el presbítero Concha. En un rincón de la sala el corregidor y un señor colorado hojearan un libro grande que había en un atril.

Cuando Carmelita me vio parado en la puerta, se volvió hacia mí e hizo como que me cantaba. Cuando terminó la canción, con la muerte del amante apasionado, yo



aplaudí. La corregidora y el que tocaba el piano me habían visto y no se inmutaron, pero los otros tuvieron un susto: Periñón bajó el pie de la silla, el presbítero despertó, el corregidor cerró el libro de golpe y el que estaba con él pegó un brinco.

La corregidora fue sonriendo hacia mí, me tomó del brazo y me dijo:

—Voy a presentarle a nuestros mejores amigos.

Fuimos primero con Periñón:

—El señor cura de Ajetreo. Luego con el que estaba detrás del piano:

—El capitán Ontananza, de los lanceros de Abajo. El presbítero y yo nos saludamos como viejos amigos. El que había estado mirando el libro con Diego era Aldaco, también capitán de lanceros, que esa noche no llevaba uniforme y estaba vestido de rico. La mano que me dio a estrechar Periñón era firme, la de Ontananza era larga y su dueño la retiró antes de tiempo, la que me dio Aldaco parecía acojinada.

—¿Usted es el que ha pasado dos años en Perote? —me preguntó Aldaco—. Pues no hallo por dónde empezar, si decirle que lo compadezco o que lo admiro, porque yo pasé quince días acantonado y ya no hallaba la puerta.

Dije que yo también estaba harto y que trataba de irme a otro lado. Inmediatamente me arrepentí de haber hablado, porque Ontananza, con la mala voluntad que tenía entonces hacia mí, aprovechó para preguntarme:

—¿Es esa la razón que lo impulsa a solicitar la plaza en el batallón de la Cañada?

Yo no hallaba qué contestar cuando Aldaco salió en mi ayuda. Dijo a Ontananza:

—Tú no sabes lo que estás diciendo porque nunca has estado en Perote. En el día no hay nada qué hacer más que ver volar zopilotes, y en las noches, te juro, las nubes se metían en mi cuarto.

En vez de responder Ontananza tocó una floritura. Periñón me dijo:

—Hace usted bien, teniente, haga todo lo que pueda por salir de ese hoyo. Solicite plaza en el batallón de Cañada o de donde sea, pero no se quede en Perote, que la vida es corta y no fue hecha para cumplir con el deber militar. El corregidor me puso una mano en el hombro y me dijo:

—Le advierto, don Matías, que el capitán Ontananza y el capitán Aldaco son miembros del jurado que va a examinarlo mañana.

Nos sentamos a platicar. Ellos se trataban con mucha familiaridad: «Pepe» era Aldaco, «Luis» era Ontananza, Periñón era «Domingo» y el presbítero Concha, «Juanito». La corregidora era para todos «Carmelita». Yo estaba en otro nivel y me llamaban «teniente» o «don Matías». Me enteré de que Aldaco había comprado un caballo fino al que estaba tratando de adiestrar para rejonear con él, que Periñón tenía cultivo de gusanos de seda y que los que le habían mandado de Manila habían llegado muertos, que de joven Ontananza había estudiado «estrategia» en «España» y que a Juanito le daban soponcios.

—Que me dan no lo niego —admitió el presbítero Concha— pero aparte de eso, me siento divinamente.

Al llegar a este punto el corregidor sacó de la manga la carta de Paco Pórtico y la conversación se llenó de trampas.

—Dice Paco que usted participó en un consejo de guerra —dijo el corregidor. Se refería al que se le formó al capitán Serrano, un oficial de mi regimiento.

—Dice aquí que usted fue testigo de la defensa.

—Sí, pero mi testimonio de nada sirvió —confesé.

—El resultado del juicio no nos interesa —me corrigió Ontananza.

Diego me pidió que explicara el caso. Dije que una noche estábamos varios oficiales de sobremesa y que Serrano había dicho que el país estaba mal gobernado y que si de gobernar mal se trataba, lo mismo podía hacerse desde México que desde Cádiz. Los españoles que oyeron esta frase fueron con el coronel y acusaron a Serrano de traición a la Corona de España.

—¿Y qué defensa hizo usted de la posición de Serrano? —quiso saber Aldaco.

—Dije que estaba borracho cuando había dicho la frase ofensiva.

Sentí que no había contestado bien, que todos habían estado esperando otra respuesta, pero yo no sabía cuál.

—No es buena defensa —dijo Ontananza.

—Ya lo sé —dije.

El coronel había arrancado a Serrano las insignias, las charreteras y hasta los botones dorados de la bragueta, había echado todo al suelo y brincado encima.

Aldaco volvió a salir en mi ayuda.

—Como tú dijiste, Luis, lo que importa no es el resultado, sino que el teniente haya salido en defensa de un oficial independentista.

Hasta entonces comprendí que Serrano y sus opiniones eran «independentistas». Gracias a esto logré capotear la siguiente pregunta de Ontananza:

—¿Defendió a Serrano porque está de acuerdo con lo que él dijo o porque él estaba borracho cuando lo dijo?

—Porque estoy de acuerdo con lo que dijo y porque estaba borracho cuando lo dijo.

Sentí que había acertado. Aldaco rio, la corregidora aplaudió.

El corregidor pasó a otro asunto:

—Dice Paco que en otra ocasión usted protestó ante la intendencia del cantón porque en una promoción se dio ascenso a un español cuando había un mexicano que tenía mayor antigüedad.

Era un asunto embrollado: el español era Topete, a quien en el cantón conocíamos como «Eligió», para no tener que decirle Eligió de Puta. Para evitar que Eligió fuera mi superior inmediato yo había recurrido a todos los medios y el último había sido alegar que había otro con mayor derecho a ascender, Meléndez, un pobre diablo. No me había pasado por la cabeza considerar que uno fuera español y el otro mexicano, pero, claro, esto no lo dije aquella noche, porque ya iba aprendiendo.

—Protesté para defender un principio —dije—. Según la ordenanza todos somos

iguales, pero en la realidad a un oficial nacido en el país le cuesta mucho trabajo ascender: cada vez que una oportunidad se presenta aparece un español recién llegado con graduación más alta o bien se le da preferencia a un gachupín radicado.

Hasta Ontananza estuvo de acuerdo. Advierto que no fui original al presentar el problema de esta manera, porque lo que dije era lo que entonces decían todos los días todos los oficiales criollos que había en todos los cuarteles.

Aldaco preguntó qué efecto había tenido la protesta y contesté que, igual que mi testimonio en favor de Serrano, no había servido de nada. Ontananza y Aldaco se felicitaron mutuamente: «Ya nos lo imaginábamos, ya lo decíamos, la Intendencia está contra nosotros», etc. Diego guardó en la manga la carta de Paco Pórtico y, volviéndose al presbítero Concha, le dijo:

—Ahora tú preguntas, Juanito.

Este no se hizo esperar:

—¿Qué le dijo el licenciado cuando se quedaron solos?

Ni el perrito chistó. Comprendí que todos estaban al tanto de mi paseo con el licenciado Manubrio.

—Me habló de la conspiración de Huetámara —dije.

Juanito paseó por el cuarto una mirada triunfal. Pareció que de pronto hacía más calor: la corregidora se abanicó, Periñón sacó un paliacate colorado y se lo pasó por la calva, Diego se levantó y fue a abrir una ventana. Pregunté:

—¿Ustedes los conocían?

—Claro, son amigos nuestros —dijo el presbítero, y me preguntó, a su vez—: ¿le dijo el licenciado quién fue el delator?

Cuando dije que no había dicho nada volví a sentir que los defraudaba. La corregidora se levantó y dijo que si queríamos escoger los vinos fuéramos de una vez a la bodega.

(Debo admitir que me tomó veinte años comprender el significado de esta escena. Ahora la entiendo así: el presbítero Concha fue el primero en Cañada que sospechó que el licenciado era agente de la Audiencia. La circunstancia de que estuviera tan bien enterado de la conspiración de Huetámara pareció confirmar su sospecha. En cambio, las dudas que el presbítero y los demás podían tener respecto a mi buena fe y a la relación que yo pudiera tener con el licenciado, se borraron en el momento en que dije que la conspiración había sido el tema de nuestra conversación durante el paseo nocturno.)

Al rato pasó algo que fue como una advertencia del destino. Bajamos a la bodega por una escalera estrecha que terminaba en la cava enorme llena de barricas y estantes con botellas. Yo estaba admirado del tamaño del lugar y de la cantidad de vino, Ontananza y Aldaco, en cambio, estaban encantados viendo los orígenes y las cosechas, Diego iba de un lado para otro enseñando botellas notables, Periñón me dijo que había sembrado parras en Ajetreo y que tenía unas barricas que quería abrir en septiembre. Me estaba invitando a la prueba, cuando de pronto se interrumpió y

miró a su alrededor como buscando algo.

—¿Dónde se quedó Juanito? —preguntó.

El presbítero no estaba en la bodega. Los demás se inquietaron. Sugerí que podría haberse quedado en la sala, acompañando a la corregidora, pero Ontananza dijo que lo había visto bajando la escalera. Allí estaba Juanito. El perrito lo descubrió y empezó a ladrar. Juanito se había ido de cabeza y estaba despatarrado. No se descalabró de milagro.

Era el soponcio. No causó confusión. Los demás actuaron como quien tiene experiencia en revivir a un enfermo: Diego le dio palmaditas en las manos, Periñón lo desfajó, Ontananza y Aldaco lo agarraron de las piernas y lo levantaron hasta dejarlo de cabeza, la corregidora, advertida, fue a buscar alcanfor. Cuando se lo dio a oler, el presbítero abrió los ojos.

—Ya vuelve —dijo ella.

Pero se adelantaba. Juanito estaba divagando. Dijo:

—Acusóme, padre, que he pecado.

Entonces nos pareció chistosa la obsesión de Juanito por confesarse. Cuando reímos volvió en sí completamente.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Periñón.

—Divinamente.

AMANECIÓ NUBLADO. ESTÁBAMOS DESAYUNANDO cuando Diego me dijo:

—No vaya a creer que es grosería, teniente, pero es necesario que ni el coronel ni el mayor se den cuenta de que es usted nuestro amigo, para que no vayan a imaginarse que vamos a ser parciales.

—Comprendo —dije—. No diré nada.

—Yo le aconsejo que se adelante —dijo Ontananza—, para que no lleguemos juntos al cuartel.

—Buena idea —dijo Diego.

Aldaco cerró la conversación diciendo:

—Si se va a adelantar ya váyase yendo, porque el camino es largo para hacerlo a pie.

Dejé el chocolate a medias y me levanté de la mesa.

—Buena suerte —me dijeron.

Se quedaron sentados, comiendo tranquilamente.

En el camino un viento chivero sopló y se espantaron las nubes. Creí que era buen augurio, pero cuando llegué al cuartel encontré en el patio a dos oficiales que eran los otros aspirantes: eran españoles. Si gano esta prueba, pensé, será un caso único.

—Me llamo Pablo Berreteaga —dijo uno de ellos y me dio la mano, le dije mi nombre, él me preguntó—: ¿Has leído el libro sobre fortificaciones del marqués de Santa Cruz?

—No.

—Yo sí. Son doce tomos.

El otro oficial se llamaba Pepe Caramelo. Tenía un dedo de frente. Ambos rieron cuando supieron que yo había pasado dos años acantonado en Perote.

A las nueve nos formamos. El batallón estaba todavía incompleto: había banda de guerra, dos compañías de fusileros y un grupo de desarrapados que, supe después, era el personal de la batería. De los oficiales que había sólo hablaré de tres: un hombre de ojos verdes y cejas tupidas, que iba de un lado a otro, muy afanado, taconeando: era el capitán Adarviles; el mayor Trujano era un hombre muy largo, muy flaco y muy tranquilo, pero tenía una barriguita; el coronel Bermejillo tenía una pierna tiesa y la cara llena de cicatrices. Era muy chaparrito y para contrarrestar su estatura, hablaba con un vozarrón:

—El batallón de Cañada, señores, es un batallón de hombres. El que gane esta prueba será de entre vosotros el que más hombre sea —dijo.

Anunció que iba a hacer siete pruebas y que los jurados iban a ser los tres que yo había conocido el día anterior, más el coronel, el mayor y Adarviles.

Para la prueba de destreza con arma blanca entramos en la sala de armas, echamos suertes y me tocó el primer lance con Berreteaga, Adarviles dio las órdenes en francés.

Durante el combate se trabaron espadas, quedamos casi abrazados y Berreteaga aprovechó para darme un puñetazo en el hígado. Entre que perdí el aliento y la sorpresa, me quedé indefenso. Berreteaga destrabó y se tiró a fondo con una estocada que casi me rompió las costillas.

—Touché —dijo Adarviles.

Me acerqué al juez y le dije:

—El contrincante me dio un puñetazo, señor. Adarviles me miró frunciendo el ceño tremendo y me dijo algo que nunca le perdoné:

—No venga a quejarse conmigo, teniente. Cuando estemos en el campo de batalla no tendrá a quién reclamarle.

Fui a sentarme en una banca para ver el siguiente lance. Pablo Berreteaga despachó a Pepe Caramelo en un ratito.

El coronel Bermejillo aplaudió, Aldaco se acercó y me dijo:

—Pablito es hijo del Intendente del Plan de Abajo. Sin decir más, se alejó.

Nos hicieron entrar uno por uno en un cuarto en donde estaba el jurado.

—¿Cómo se hace la pólvora? —me preguntó el mayor Trujano. Dije cómo se hacía. El mayor tenía un libro en la mano en donde leía si mis respuestas eran correctas. Me preguntó cómo se prepara una mezcla incendiaria, qué grano se recomienda para disparar contra caballería, *etc.* Unas respuestas las sabía, otras, las inventé. No supe cómo salí.

El coronel me examinó de táctica militar:

—Usted va a la cabeza de una compañía al asalto de un enemigo parapetado y de pronto se da cuenta de que un escuadrón de caballería enemigo se le acerca por retaguardia, ¿qué hace?

Si una situación así se me presentara en la vida, iría a esconderme en la nopalera más cercana. Contesté:

—Formaría dos líneas de tiradores y trataría de salvar parte del efectivo por el flanco derecho.

El coronel quedó complacido.

Prueba escrita. Entramos los tres aspirantes en un despacho y Diego nos dio el cuestionario. «Cosas que debe saber todo oficial de milicias»: ¿qué parentesco tienen el conde de Salamanca y el Infante de Aragón por parte de madre?, *etc.* Ya me daba por reprobado cuando Diego, que se paseaba por el cuarto aprovechó un momento en que nadie miraba para acercarse a mi mesa y dejar un papelito doblado. Eran las respuestas. Todavía se lo agradezco.

En la cuadra había tres caballos. Se llamaban el Loco, el Tuerto y el Negro. Aldaco hizo el sorteo. Metí una mano en su sombrero y saqué un papel que decía «Loco».

Era un caballo que le tenía miedo a las zanjas y se negaba a cruzarlas por angostas o superficiales que fueran. En cambio le daba por brincar todo lo que estaba por encima del suelo. A estas características se debió que en la prueba de los doce

obstáculos, diéramos doce brincos en los primeros siete y que al llegar al octavo, que era zanja, el Loco se parara en seco y me echara de cabeza en el lodazal. Me puse de pie como pude y monté, desmonté, fustigué, espoleé, jalé y empujé, pero el Loco no brincó la zanja.

Aldaco se me acercó con la hoja de los resultados en la mano y me dijo:

—Va a tener que dispensarme, pero no me queda más remedio que ponerle aquí «incompleto».

Aldaco volvió a sortear y me tocó mejor suerte. Me tocó el Negro. Era un gran caballo pero de nada me sirvió. La prueba era de «lectura de mapas». Leí mal el mapa y fui a dar a media legua de donde estaba la meta. Aldaco volvió a apenarse.

—Va a tener que volver a dispensarme. Es mi deber escribir aquí «se perdió» — me dijo.

Nos llevaron a una loma en donde habían puesto los tres cañones. En el llano, en medio del cascajal, estaba el blanco. Era un círculo formado con piedras encauchadas. Ontananza se quitó el bicornio, echó adentro tres papelitos doblados y nos dio a escoger. Me tocó el primer disparo y la pieza número uno, junto a la cual fui a pararme.

Frente a mí estaba el llano, a mi izquierda estaban los colores del batallón y de España, los señores del jurado y, un poco más lejos, los curiosos —«lo mejorcito de Cañada», me explicó después la corregidora, había ido a ver los cañonazos, las señoras habían abierto sombrillas—, a mi derecha, detrás de una mezquitera, había un caserío y una iglesia.

Soplaba un airecito tibio, en el cielo pasó una nube como un borrego perdido, un cabo y cuatro desarrapados llegaron a donde yo estaba y se cuadraron.

—Venimos a cargar la pieza, mi teniente —dijo el cabo.

—Muy bien, cárguela.

Habían empezado la maniobra cuando vi que se acercaban un hombre de negro y una mujer con sombrilla. Eran Periñón y la corregidora. Él se había quitado el sombrero de copa y lo llevaba en la mano, le daba el otro brazo a Carmelita que caminaba con trabajos en el tepetate.

—Venimos a preguntarle cómo le ha ido —me dijo ella, sonriente.

—Muy mal —empecé a decir.

Los que estaban cargando el cañón me interrumpieron: dejaron la baqueta, el taco y la pólvora para ir a besarle la mano a Periñón, quien, un poco apenado conmigo, les dio la bendición y les dijo:

—Váyanse a terminar su trabajo, muchachos, que yo vine a hablar con el teniente, que es amigo mío. —Cuando se alejaron explicó—. Son buena gente, vienen del Paso de Cabras —y agregó en voz más baja—. Tenga cuidado cómo le cargan la pieza porque nunca han visto un cañón.

Fue la segunda vez que vi a Periñón tratar con gente pobre: los conocía, los comprendía y los dominaba.

Hablamos del examen de oposición, que yo daba por perdido.

—Además de que los otros son españoles —dije—, lo han hecho mejor que yo.

Entonces Carmelita dijo:

—No pierda todavía esperanzas —y sonrió.

Cuando ellos se fueron me volví a donde estaba el cañón y vi que el cabo estaba metiéndole puños de tierra por la boca.

—¿Qué está haciendo? —le pregunté.

—Poniendo el adobe, mi teniente.

Me explicó que el adobe «era la tierra que se le ponía a la pieza para que amacizara el retaco y la bala saliera con mayor fuerza». Yo dije:

—En otra ocasión le preguntaré quién le enseñó a poner adobe, por lo pronto, descargue esa pieza y vuelva a cargarla según le vaya yo diciendo.

Así se hizo y cuando me di por satisfecho despedí la tropa y ellos se fueron a cargar las otras piezas.

Me hiqué y apunté la mía, inclinándola un poco a la izquierda para que el airecito que soplabla empujara la bala al mero centro del blanco, después me levanté, preparé la cañuela y encendí el mechero.

Ontanza había montado a caballo y tenía la espada desenvainada, el trompeta de órdenes estaba parado a su lado, las banderas ondeaban, todo parecía expectante. Entonces vi algo que me asombró: Perión y Carmelita platicaban con Pablo Berreteaga quien daba la espalda a su cañón y no se daba cuenta de que en ese instante el cabo estaba «poniéndole adobe». La trompeta tocó «listos la primera pieza» y Ontanza levantó la espada.

Cuando dejó caer el brazo metí la mecha en el plato, se oyó el traquidazo, me quedé sordo, vi el fogonazo, se cimbró la tierra, reculó la pieza y antes de que se disipara la humareda oí un ruidito que resultó ser aplausos. Había un agujero en el blanco.

—Tiró en el blanco —gritó Ontanza.

Me tocó ver el tiro de Pepe Caramelo con mucha claridad: la bala, en el aire, describió una curva abierta y fue a enterrarse en una nopalera.

—Tiro fuera del blanco —gritó Ontanza.

El disparo de Pablo Berreteaga fue en cierto sentido el más notable: se vio el fogonazo, se oyó el «trac», se cimbró la tierra, etc., pero ninguno de los que estábamos mirando alcanzó a ver la bala ni se supo de momento en dónde había ido a parar. Nos quedamos mirando el llano. Ontanza y el coronel Bermejillo levantaron catalejos pero nada vieron. Ontanza hizo que dos de a caballo fueran a reconocer el terreno: anduvieron un rato trotando por el cascajal hasta que se cansaron y regresaron moviendo la cabeza. Ontanza gritó:

—Tiro fuera del campo visual.

Después se supo que fue la bala que más lejos llegó: salió desviada hacia la derecha, pasó volando sobre la mezquitera, rebotó en uno de los contrafuertes de la



iglesia del Santo Niño, rompió una ventana, desfundó el púlpito y fue a enterrarse en el piso, junto al cepo de la Vela Perpetua. Cincuenta pesos tuvo que pagar Berreteaga para componer los daños.

Pero antes de que se supiera la suerte de esa bala nos hicieron formar en el patio del cuartel: la banda frente a los fusileros, los jurados con las banderas y los aspirantes frente a ellos. Los jurados tardaron un rato en ponerse de acuerdo: consultaban sus hojas de calificaciones, las comparaban, discutían un rato y volvían a consultar sus hojas.

Por fin el coronel Bermejillo se puso morado y se dio por vencido.

—Teniente Matías Chandón —gritó.

Pasé al frente, él me dijo que el jurado había decidido que mi prueba había sido la mejor y me ofreció el puesto de comandante de la batería y jefe de artificieros.

—¿Acepta? —Acepto.

Me hizo jurar defender con mi vida la bandera, el honor del batallón de Cañada y la Corona de España.

—Juro —dije.

La banda tocó la diana, los fusileros presentaron armas, el coronel echó un discurso, luego rompimos filas y yo fui al despacho del mayor Trujano para que me inscribiera en la nómina. Cuando atravesaba el patio para salir del cuartel vi al cabo que había cargado mi pieza y le hice seña de que se acercara.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Berrueco, señor —me dijo.

Le di cuatro reales.

—Toma —le dije—. Esto te lo doy no por el servicio que me diste a mí sino por el que les diste a los otros.

No entendió, por supuesto, pero quedó agradecido.

SUBIMOS EN LA CUESTA TODOS EN EL COCHE, DE BUEN humor. La gente salía a los balcones a ver de quiénes eran las carcajadas, íbamos bien apretados. La corregidora, a mi lado, se abanicaba y me hablaba como si fuéramos solos, sin hacer caso de los demás. Ahora que yo iría a vivir en Cañada, me dijo, ella me ayudaría a encontrar casa.

—Ya verá cómo damos con algo que sea digno de un caballero y que usted pueda pagar con su sueldo.

Qué buena es, pensaba yo, a ella nada le falta y sin embargo por tratarse de mí hace consideración del dinero.

Ontanza nomás nos miraba desde al asiento de enfrente.

Diego, para celebrar, bajó a la bodega y regresó con una brazada de botellas de vino que a todos les pareció magnífico. Durante los brindis noté, con cierta extrañeza, que los que los proponían no sólo me felicitaban sino que se felicitaban entre ellos. Yo creo que esto me mosqueó un poco. Bebí más de la cuenta y sin haber hecho ningún desmán tuve que ir a acostarme antes de llegar a los postres. Aldaco me acompañó a mi cuarto y me ayudó a quitar la chaqueta.

—Cuando despierte —me dijo— va a sentirse como nuevo.

Y así fue. Era otra vez el atardecer.

—Eres comandante de la batería y jefe de artificieros en el batallón de Cañada —me dije y de un brinco me levanté.

Me lavé, me vestí, hice un buche de agua de rosas y salí del cuarto con intención de abrazar al primero que encontrara.

Pero no había nadie. La sala estaba desierta, en la huerta un jardinero estaba regando un rosal, el comedor, vacío, el mirador igual. En la loma de la gente pobre el ganado iba regresando al corral, se oían mujidos, ladridos y el canto de una mujer. Por la calle pasó un rebaño de chivas. Tocaron campanas. En la casa un mozo empezó a encender velas.

—¿Dónde están los demás? —pregunté.

—Se fueron a la tertulia, señor.

Fue la primera vez que oí hablar de la tertulia. Estoy seguro de que nadie la había mencionado delante de mí. Los señores, me dijo el mozo, habían dejado el encargo de que cuando despertara me dijeran que esperara un rato, que iban a mandar por mí.

Regresé al mirador sintiéndome desairado y esperé. En la luz del crepúsculo distinguí el coche que subía la cuesta con la capota bajada. En el asiento trasero, con la pierna cruzada y los brazos abiertos descansando en el respaldo iba un solo pasajero: era Periñón. Cuando me vio en el mirador me llamó con el brazo e hizo que el coche, en vez de entrar en la casa, diera vuelta en la plazuela y quedara listo para regresar cuesta abajo.

—¿A dónde vamos? —le pregunté cuando me senté a su lado.

—A la casa del Reloj.

El cochero hizo tronar el chicote.

—¿Qué hay allí?

Me describió la tertulia de la casa del Reloj. Era un grupo de amigos, me dijo, que se juntaban de vez en cuando para platicar, leer algo que hubieran escrito, ensayar alguna comedia o «discutir algún asunto que les pareciera importante».

—No es nada del otro mundo —me dijo— porque en Cañada no hay nadie del otro mundo, pero se pasa el rato.

Cuando pienso en esta manera de presentar el asunto me admira cómo Periñón, sin decir mentiras, evitó decirme la verdad.

—Nos pareció —siguió diciendo— que ahora que vivirá en Cañada, lo más natural es que asista a la tertulia. Por supuesto, si usted quiere.

Dije que me parecía bien.

—Me alegro —dijo él—, porque Diego y yo nos tomamos la libertad de proponerlo como socio y los demás quieren conocerlo.

Comprendí que todavía no había sido aceptado. Le dije que, francamente, no me sentía con ánimos de pasar otra prueba aquel día y él me contestó, como solía hacer a veces, dándome confianza, pero sin comprometerse:

—Don Matías, está usted entre puros amigos. Una bandada de murciélagos salió de una casa vieja y se perdió en lontananza. Periñón me advirtió:

—Usted tiene una manera de expresarse que a veces desconcierta.

Volvió a lo que yo había dicho la noche anterior sobre el capitán Serrano.

—No vuelva a decir que lo defendió porque estaba borracho, diga nomás que lo hizo porque está de acuerdo con él.

Para excusar la advertencia, me explicó:

—No todos los que va a conocer dentro de un momento son listos.

El coche salió a la plaza principal, dimos vuelta en la banqueta, pasamos frente a la iglesia y nos detuvimos en los portales, ante una de las mejores casas del pueblo. En la cornisa había un copete con un reloj. Cuando apeábamos vi que un hombre que iba cruzando la plaza se había detenido y se quitaba el tricordio para saludarme. Era el licenciado Manubrio.

La casa del Reloj era la única en todo Cañada que a aquellas horas tenía el portón cerrado. Periñón dio cuatro aldabonazos pausados y un mozo, que ha de haber tenido la mano en la tranca, nos abrió inmediatamente. Pero una vez que entramos, en vez de acompañarnos, se quedó echando la tranca al portón.

Periñón y yo cruzamos el patio en penumbra. Había una fuente y macetas con geranios. Cuando empezábamos a subir la escalera oí voces.

—¡Qué delicia respirar este aire fresco! —dijo la corregidora apareciendo en el corredor del primer piso—. Yo vivo cautiva. Nunca salgo ni siquiera a este balcón.

Hablaba en un tono que me pareció artificial. El presbítero Concha llegó junto a ella y le habló:

—¿Y ese papel que tienes en la mano?

Ella lo miró sin comprender.

—¿Papel? ¿Cuál papel? ¡Ah, este que tengo en la mano! Es una canción que el maestro de canto me dejó aprender para la próxima clase.

—Daca pa acá —dijo el presbítero queriendo quitárselo— que quiero ver la letra. La corregidora echó el papel al patio.

—¡Ay, ya se me cayó el papel donde está la canción! —dijo.

—Pronto, ve a recogerlo antes de que se lo lleve el viento.

—¡Que los diablos me carguen! —dijo Juanito y empezó a bajar la escalera.

Ella asomó a la balaustrada y dijo:

—¡Recoja el papel y escóndase!

Fui a donde estaba el papel y lo recogí, pero cuando me incorporaba vi que Ontananza estaba frente a mí con la mano extendida.

—Esa carta es para mí —dijo, me la quitó y luego, mirando hacia arriba, explicó—. Aquí apareció otro Lindoro.

Se oyeron risas. En el corredor asomaron una docena de caras. Periñón me puso una mano en el hombro y me dijo:

—Están ensayando La precaución inútil, una comedia. Subí la escalera entre Periñón y Ontananza —he de haber estado rojo de vergüenza— y Diego fue a encontrarme al descanso, con los brazos abiertos.

—¡Bienvenido a la tertulia de la casa del Reloj! —me dijo y me dio un abrazo.

Después fuimos a un salón en el que había un candil muy grande y allí me presentaron a la reunión. Al recordar este acto a la luz de los treinta años pasados, me asombra la variedad de suertes que el destino nos reservaba a los que estábamos allí. La mayoría están muertos, pero mientras unos descansan en el altar de la Patria, los huesos de otros yacen en tierra bruta porque en ningún cementerio quisieron recibirlos.

Aparte de los que habíamos comido aquel día en la casa de La Loma estaba el capitán Adarviles, pero no el mayor ni el coronel, estaba el presbítero pero no el padre Pinole, todos eran gente decente, pero no había ningún español; había dos mujeres: la corregidora y Cecilia Parada, hoy mi esposa, que era entonces una muchacha callada, de ojos verdes, vestida de negro.

—La señorita viene aquí en representación de su padre, que está enfermo —dijo Diego. Cecilia no dijo nada.

Estaban don Emiliano Borunda, un señor sin pescuezo que era dueño de la casa, don Benjamín Acevedo, el médico de Cañada, el señor Mesa, que entonces tenía negocio de cueros y es ahora héroe nacional, y el joven Manrique, de triste memoria, que trabajaba en los correos. Los demás no entraron en la historia Patria y no tienen por qué aparecer en esta.

Me hicieron muchas preguntas, me dieron a comer soletas y luego volvieron a ensayar la comedia.

—Vamos a representarla el día del santo de Carmelita —dijo Diego que era traspunte.

Carmelita hacía el papel de Rosina, una muchacha tonta, bella, huérfana, heredera y rica, el presbítero Concha era don Baldomero, el villano, un viejo tramposo, avaro y libidinoso, que quería casarse con ella —sin que ella se diera cuenta—, Ontanza era Lindoro, el galán, un noble que para cortejar a Rosina se disfrazaba de aldeano, Periñón era López, criado de Lindoro y el personaje más interesante de la comedia, él enredaba y desenredaba la acción, resolvía todos los problemas y al final recibía todos los castigos. El señor Borunda, el doctor Acevedo y el capitán Adarviles representaban personajes secundarios —e infames—. Cecilia era Cerlina, la criada de Rosina y Diego se empeñó en que yo leyera un papelito breve, de Bromudio, un criado, de quien Cerlina está enamorada. Al llegar al final de la escena, ella tenía que decir, aparte:

—¡Bromudio de mis entrañas!

Cecilia dijo esta frase francamente muy mal. La corregidora interrumpió el ensayo.

—No es así —dijo.

Pasó al centro del salón y explicó cómo debería actuarse la escena —diciendo la frase con fuego—, después se volvió a Cecilia como invitándola a que ella siguiera la muestra, pero Cecilia, en vez de hacerlo, fue a buscar su mantilla, se la puso y se fue. La corregidora se encogió de hombros.

—Esta muchacha nunca va a aprender —dijo.

Más tarde, cuando terminó la reunión e íbamos bajando por la escalera, Carmelita me tuteó por primera vez:

—Ya eres de los nuestros —dijo.

Pero poco después ocurrió algo que puso en duda esta afirmación. Cuando salimos a los portales encontramos a un mozo que había bajado de la casa de La Loma con un recado para los corregidores. Se lo dio aparte y los demás notamos que no les caía bien. Diego se puso tieso y pareció que iba a trabarse otra vez, pero Carmelita lo tranquilizó:

—Deja que yo arregle esto —y yendo a donde yo estaba me dijo: ven conmigo un momento.

Caminamos por los portales tomados del brazo. Ella dijo:

—Ha ocurrido algo muy desagradable. Acaba de llegar a Cañada el obispo Begonia. Nos avisan que está esperándonos en la casa. Te juro, Matías, que no tenemos ganas de verlo, ni lo habíamos invitado ni nos avisó que venía. ¡Pero es el señor obispo! Estamos en un aprieto, porque todos los cuartos están ocupados: no tenemos dónde meterlo. Pero gracias a Dios estás tú. Te tengo tanta confianza que me atrevo a pedirte un favor muy grande: Matías, duerme esta noche en la corregiduría.

—Carmelita —le dije—, si de algo te sirve yo duermo a campo raso.

La tengo presente. Sonrió y me dio un apretoncito de mano.

—Ya sabía que podía contar contigo —dijo y regresamos a donde estaban los otros.

Subimos la cuesta de buen humor, tan ruidosamente como al medio día, pero al llegar a la casa de La Loma vi algo que me molestó un poco: era mi maleta, ya hecha, en un rincón del vestíbulo.

En la sala encontramos al señor obispo que se había quedado dormido en la silla del respaldo alto. Era moreno, de papada, labios gruesos y ojos claros. En vez de llevar sotana llevaba un traje morado. Desde que lo vi me antipató.

¿Y por qué no? Iba a dormir en mi cuarto, ¿por qué había de caerme bien? Me negué a besarle el anillo. Él casi ni me miró. Dijo que iba de paso, pero que no había querido llegar a Cañada sin saludar a los Aquino.

Después de cenar me retiré sin dar a entender que no iba a dormir en la casa. Los corregidores fueron a despedirme en la escalera.

—La llave grande —me dijo Diego— es del portón, la chica, de la recámara.

Carmelita me dijo cómo había que llegar a ésta: subiendo al primer piso, la tercera puerta a la derecha.

—Ya verás qué a gusto duermes —me dijo.

—En el patio de atrás hay un perro —advirtió Diego—, pero no tengas pendiente, porque está bien encerrado.

A juzgar por los ladridos era enorme. Se puso furioso cuando metí la llave en el portón y no dejó de ladrar todo el tiempo que anduve por la corregiduría con la linterna en la mano. Había algo en aquella casa que me parecía interesante. Me metí hasta el último rincón.

«Casa del fiel administrador», decía en el arco principal del patio. En la planta baja había despachos y en el primer piso, las habitaciones, que eran cinco nomás. El contraste con la casa de La Loma era notable. Encontré una mesa con pata coja, una silla desvencijada, el asiento del sofá empezaba a despanzurrarse. En el ropero vi las pantuflas de Diego, muy usadas, y una bata que olía a heliotropo. La cama era enorme y las fundas tenían holanes. Al levantar las cobijas vi una de las sábanas, que estaban limpiísimas, tenía un remiendo.

Al día siguiente, en un rato en que estuve solo con Aldaco, le pregunté:

—¿Por qué los Aquino, que tienen una casa espléndida en La Loma, tienen una tan modesta en el centro?

—Porque ninguna de las dos es de ellos —me contestó—. La corregiduría es del gobierno y la usa quien tenga el puesto, y la casa de La Loma es del marqués de la Hedionda, que es amigo de ellos y se las presta durante el verano.

PASADOS DOS DIAS EL OBISPO SIGUIÓ SU CAMINO, PERIÑON volvió a su parroquia, Ontananza y Aldaco a Muérdago y yo a la casa de La Loma en donde fui otra vez huésped del marqués de la Hedionda sin que él se diera cuenta.

Cuando recuerdo esta temporada no hallo qué pensar: ¿habré estado todavía a prueba o ya se habría decidido lo que iban a hacer conmigo? No sé.

En las mañanas desayunaba con Diego: en las puntas de la mesa, yo uniformado, él en camisa pero sin gorguera, para no correr el riesgo de chorrearla —tenía un pescuezo largo y blanquísimo que a mí siempre me pareció un poco indecente—. Cada mañana, sin fallar, Diego me hacía una pregunta:

—¿Cómo se caza un mapache?

—¿Que quiere decir la palabra «chacamotear»? *etc.*

La mayoría de las veces no se las podía contestar, pero cuando lo hacía me daba la impresión de que a él no le interesaba la respuesta. Estas preguntas pudieron ser parte de la prueba que yo estaba pensando sin saberlo, aunque más me inclino a creer que Diego las inventaba nomás para tener de qué hablar mientras estaba solo conmigo. Ahora sé que es un hombre de timidez ejemplar. Después de desayunar yo esperaba un ratito a que Diego acabara de vestirse, luego los dos bajábamos en el coche hasta la fuente del Agua Prieta en donde yo apeaba.

—Que Dios te acompañe —me decía Diego y se quitaba el sombrero.

No se lo volvía a poner hasta que el coche estaba a diez varas. Yo me iba caminando por la calzada al cuartel.

Recuerdo que todas las mañanas veía un cardenal que volaba alrededor de un mezquite. Fueron para mí días felices.

Carmelita, que pretendía levantarse al alba, nunca apareció en la mañana, pero en las tardes, cuando iba yo subiendo la cuesta de regreso del cuartel, la veía en el mirador esperándome sonriente.

—Cuéntame —me decía cuando yo llegaba al mirador, y me daba un vaso de agua fresca.

Nos sentábamos en el sofá de bejuco, yo le contaba lo que me había pasado en el día y ella me escuchaba sin despegar la vista. Lo que no sé ahora es si esta curiosidad era parte de su obligación o si realmente le interesaba lo que yo le decía.

Otro incidente cuyo significado no he podido precisar es mi visita a la iglesia. Una noche alguien dijo que la iglesia de San Francisco al ser fundada había sido monasterio y el presbítero Concha, al ver que yo mostraba cierto interés, me invitó a visitarla, para enseñarme algunas partes del edificio que él consideraba notables y que estaban cerradas a los fieles.

El padre Pinole se nos pegó. Fuimos al claustro en donde había murales: martirios de franciscanos, fuimos al coro, en donde se estaban pudriendo los doce apóstoles en relieve, cuando el padre Pinole quiso llevarme a ver un cuadro de la Asunción que él

estaba pintando, el presbítero intervino:

—Pinole, es hora de que vayas a confesar a la señora de Ochoa.

Era una clave que entre los dos usaban para decirle al otro que estaba estorbando y que se fuera. El padre Pinole se fue a confesar a la señora de Ochoa y el presbítero y yo seguimos nuestro paseo. Me explicó que el padre y él vivían en la mitad del claustro y la otra mitad, donde se veían las gallinas caminando por los corredores, la usaban unas monjas del Divino Verbo que les hacían casa.

Subimos al campanario y cuando Juanito se repuso de la sofocación que le había causado subir la escalera, me preguntó:

—Tú, que eres militar, dime si este campanario tiene valor estratégico.

La pregunta me pareció rara por venir de un sacerdote, pero no tuve inconveniente en contestarla. Asomé al parapeto y le dije que sí, que el campanario era un punto estratégico, porque desde donde estábamos se dominaban las cuatro entradas a la plaza, que era donde estaban los poderes civiles: la corregiduría, la alcaldía y los juzgados.

Pero no era el más importante de la ciudad, puesto que estaba a su vez dominado por un tirador apostado en la estribación del cerro del Tecolote que se llamaba Los Balcones. ¡Con cuánta atención me escuchó Juanito! Luego me invitó a comer.

Los jueves, día en que yo no iba al cuartel, iba con Carmelita a buscar casa. Vimos una que se inundaba cada vez que se desbordaba el río, otra que no tenía ventanas, una tercera que tenía fama de que todos los que habían vivido en ella habían muerto de anemia, *etc.* ¿Serían éstas las únicas casas que estaban desocupadas, o eran las que ella me quiso enseñar para llegar con más fuerza a la conclusión a la que había que llegar?

—No hay, en Cañada una casa donde pueda vivir una persona decente —dijo Carmelita a Diego después de un jueves infructuoso. Diego contestó como si en ese momento se le estuviera ocurriendo:

—¿Por qué no alquilarle a Matías una parte de la corregiduría? Los cuartos que están alrededor del patio de atrás.

Recuerdo a Carmelita abriendo la boca, admirada con esta idea.

Al día siguiente pedí licencia y fuimos a ver la casa. Era donde había estado encerrado el perro. Por fortuna ya se lo habían llevado y nunca volví a verlo. En el centro del patio había un aguacate y cerca de la pared un plumbago.

Los cuartos estaban alrededor. Los del primer piso eran oscuros y por ellos corrían hilos de hormigas que al ser aplastadas despedían un olor peculiar, ligeramente nauseabundo.

—Esta parte de la casa da a la calle de La Hondonada —dijo Carmelita, y abrió la puerta.

Estábamos a una cuadra de la plaza, pero cuesta abajo, del lado de la gente pobre.

Salimos al patio, Carmelita me dijo cuánto iba a tener que pagar de alquiler. Era muy poco —como que la casa no era suya—.



—Después vamos al cuarto de los triques —me dijo— y escoges tu mobiliario.

Yo recogí un aguacate del suelo y lo abrí: estaba podrido. Carmelita desvió la mirada y no me dijo que todos los aguacates que había dado aquel árbol habían estado podridos. Tiré el aguacate y subimos al primer piso por la escalera de madera pintada de verde. Entramos en un cuarto, abrimos una ventana y asomamos: a lo lejos alcanzaba a verse el valle. Tal como había ocurrido la primera tarde en el belvedere, Carmelita señaló la margen del río Bronco, yo tomé su mano entre las mías y la besé en la palma, pero esta vez ella no la retiró ni se ruborizó. Después de este momento tan cargado de emoción nos miramos a los ojos, yo cerré la ventana y al darnos la vuelta comprendí que se nos había olvidado cerrar la puerta del cuarto, y que del otro lado del patio, en el mirador de la corregiduría, estaba Diego. Miraba en nuestra dirección pero era imposible saber si nos había visto.

—¿Qué te parece la casa? —me preguntó a gritos cuando salimos al corredor.

—Perfecta —le contesté.

Yo estaba tartamudeando, Carmelita, en cambio, parecía la serenidad misma. Bajamos por la escalera. Diego siguió hablando a gritos:

—Tiene ventajas estar tan cerca. Si alguna cosa se ofrece nomás nos pegamos un grito.

Al día siguiente yo estaba en el cuarto de guardia esperando a que acabaran de lustrarme las botas, cuando entró el cabo Berrueco, que era el que estaba de turno, y me entregó un sobre que un mensajero acababa de darle. Era un sobre chiquito, estaba amarrado con un cordel y lacrado, iba dirigido a mí. «Corregiduría de Cañada» decía el sello.

Lo abrí lleno de aprehensión. El recado estaba escrito por Diego: tenía una letra con patas muy largas y pies diminutos, casi ininteligible. «Querido Matías», me decía:

«Me urge hablar contigo a solas para tratar un asunto que no admite dilación. Te espero a las doce en el Chorro.»

Firmaba «Diego».

Me quedé pensando: ¿sería Diego capaz de retarme a duelo por haber besado a su esposa en la palma de la mano, o estaría preparando nomás una recriminación severa? «Yo, que he sido tan bueno, que te invité a la casa de La Loma, que te ayudé en el examen, etc., y tú me estás poniendo los cuernos.» Me lo imaginé con espuma en la boca, diciendo: «no vuelvas a poner un pie en la casa de La Loma», o bien: «no te alquilo siempre la parte de atrás de la corregiduría». Pero si no era para retarme a duelo o para hacerme una recriminación, ¿qué caso tenía aquel sobre amarrado y lacrado que me mandaba un hombre a quien yo veía todas las tardes y con quien desayunaba a solas todas las mañanas?

A las doce en punto llegué al Chorro (es la cascada que forma el agua al pasar del acueducto al depósito que abastece los hidrantes de la ciudad, alrededor de la cual crece un bosque sombrío). Diego parecía nervioso: estaba aplastando violetas con el

bastón.

Al verme se tranquilizó.

—Vamos a dar una vuelta —dijo y me agarró del brazo.

Caminamos entre helechos.

—¿Tú sabes, Matías, por qué has venido a vivir en Cañada?

En vez de comprender que la entrevista iba a ser diferente de la que yo había imaginado, la pregunta me pareció diabólica.

—Sí sé —contesté—. Había una plaza abierta en el batallón provincial.

Cosa rara, Diego no esperaba esta respuesta. Se destanteó un poco y después se repuso.

En efecto —dijo—. ¿Pero sabes cuál fue la razón por la que obtuviste la plaza?

—Hubo una prueba de oposición que yo gané. Volvió a destantearse y a reponerse.

—De acuerdo, ¿pero sabes por qué ganaste la prueba?

—Porque ustedes, los del jurado me hicieron el favor de pensar que mis resultados eran mejores que los de los otros aspirantes.

Me miró triunfal.

—Allí es donde te equivocas. Tus resultados no fueron necesariamente mejores que los de los otros aspirantes. Los de Pablo Berreteaga fueron excelentes.

Yo no sabía a dónde llevaba aquella discusión. Me detuve en el sendero de grava, Diego se detuvo un paso más adelante, yo lo miré a los ojos, desafiante, pero él estaba tan sumergido en su razonamiento que no entendió el desplante. Siguió hablando.

—Ganaste el puesto de comandante de la batería y jefe de artificieros por una sola razón: eres de los nuestros.

Comprendió que yo no entendía y me explicó:

—Tú eres criollo de corazón, Matías.

Con esta frase me dejé más confuso, me tomó del brazo y seguimos paseando.

—Paco Pórtico te recomendó, viniste a Cañada, te tratamos, te conocimos y decidimos que eras el hombre que nos hacía falta. Aunque hubieras cometido el doble de errores en el examen, hubieras ganado la prueba, porque así lo habíamos decidido.

—No entiendo —dije.

Como dándome la respuesta que iba a aclararlo todo, me dijo:

—Es que necesitamos un artillero.

—¿Quién necesita un artillero?

—La Junta.

Entonces me presentó aquel panorama que debería haberlo hecho famoso. Primero expuso las causas del descontento: las desigualdades, las injusticias, la frustración de los criollos en todas las disciplinas —yo, por ejemplo, no podía aspirar a ser coronel ni aunque viviera cien años—, el mal gobierno, *etc.* Pero si en México la situación era mala, en España la cosa estaba peor: el rey prisionero, el país ocupado

por los franceses, la Junta de Cádiz no sabía lo que quería...

—¿Estás de acuerdo o no?

—Sí estoy de acuerdo.

Al oír esto presentó la solución:

—Unos amigos y yo hemos decidido acabar con este desorden. ¿Para qué obedecer a una Audiencia que tiene que pedirle parecer a una Junta que está del otro lado del mar? ¿No seremos capaces de gobernarnos nosotros mismos?

Vamos a formar una Junta en Cañada. La Junta de Cañada se va a llamar.

Expuso el mecanismo legal:

—Yo soy corregidor, fui nombrado por la Audiencia —me dio la fecha de su nombramiento—. La Audiencia tiene autoridad real —me dio el número de la cédula y la fecha en que había sido expedida.

De lo anterior se desprendía que Diego tenía autoridad real. Por consiguiente, si él nombraba a los miembros de la Junta de Cañada ésta iba a tener autoridad real. ¿Y qué iban a hacer con la autoridad real? Desconocer a la Junta de Cádiz —y por consiguiente, la autoridad real— y proclamar la independencia de la Nueva España.

—Va a ser de lo más sencillo. Basta con firmar un documento.

Entonces nos detuvimos, nos miramos a los ojos y él me preguntó:

—Dime, Matías, ¿estás con nosotros?

Comprendí que si le decía que no él y Carmelita iban a hacerme la vida imposible.

—Estoy con ustedes.

Me dio la mano, emocionado.

—Es la única actitud sensata. Piensa en que perspectivas te abre esta invitación: ¡Matías, estás llamado a ser uno de los padres de la patria. Vamos por un camino que con el tiempo han de recorrer cientos de miles de hombres, pero nosotros vamos a la cabeza, mero adelante. Esto quiere decir que tendremos oportunidad de hacer las cosas a nuestro modo: sin violencia, sin empujones!

Caminamos unos pasos en silencio. Diego parecía transportado a un mundo superior.

—¡Se pueden hacer cosas tan interesantes! —exclamó al cabo de un rato—. Por ejemplo, podemos invitar al príncipe don Fernando.

No entendí lo que él quería.

—¿Para qué? —pregunté.

—¿Cómo que para qué? ¡Para que venga a reinar en México, por supuesto!

No sé si le pareció que había ido demasiado lejos, porque dijo:

—Claro que ésta es cuestión que habrá que discutir más tarde. Cada cosa a su tiempo.

PERIÑÓN FUE EL PRIMERO EN VISITARME EN LA CASA del aguacate. Reconocí los cuatro golpes pausados, abrí la puerta y lo vi parado en la calle de tierra, sin sombrero, con la vara de espantar perros y el capote enlodado, porque acababa de llegar a Cañada.

—Yo voy a ser tu padrino —me dijo muy serio, antes de entrar, como para explicar su presencia.

Quise enseñarle mi casa nueva y él aceptó de buen grado. Me siguió por los cuartos dócilmente pero sin poner mucha atención. Se apoyó en una mesa que temblaba, jaló una silla a la que se le desprendía el respaldo y cuando fuimos a la ventana para que yo le enseñara el valle, él recogió polilla con el dedo y se quedó mirando la yema.

—Dentro de un rato —me dijo— vamos a participar en una ceremonia que te va a parecer un poco rara, por no decir ridícula. Pero no vayas a reírte ni hacer ningún comentario burlón, porque fue ideada por Diego y Ontananza y ellos la toman en serio.

Fue el día de mi investidura como miembro de la Junta de Cañada.

Como había ocurrido la vez anterior el portón de la casa del Reloj estaba cerrada, Periñón llamó y el mozo nos abrió inmediatamente. No había nadie en el patio, nadie en las escaleras, nadie en los corredores, la puerta del «salón del candil de prismas» estaba cerrada. Periñón dio con el puño otros cuatro golpes pausados. Alguien preguntó desde adentro:

—¿Quién llama a nuestras puertas?

Era la voz de Ontananza, impostada, casi irreconocible. Periñón contestó con voz natural:

—Un hombre que quiere pertenecer a la Junta y un amigo que lo respalda.

Pasó un momento, como si adentro hubiera consulta, luego oímos la voz de Diego, lejana, que decía:

—Abridles.

Lentamente se abrieron las dos hojas de la puerta y apareció el portero: era Ontananza de bicornio emplumado y capa dragona. Nunca lo había visto tan elegante. Ordenó a Periñón:

—Conducid al aspirante ante la Junta.

Periñón y yo avanzamos cuando las puertas se cerraban a nuestra espalda. Diego nos esperaba de pie ante un cojincito morado, detrás de él estaban los demás en grupo compacto: todos de negro, Carmelita y Cecilia de mantilla y los hombres de sombrero. Las ventanas del salón estaban cerradas, los oscuros echados, las cortinas corridas y todas las luces del candil encendidas. Hacía un calorón. Periñón hizo que yo me parara ante el cojincito, frente a Diego, quien me estaba mirando de arriba abajo.

—¿Que no trajiste tu espada? —me preguntó en un susurro. En el mismo tono le contesté:

—No, ¿por qué?

Periñón se dio una palmada en la calva.

—¡Se me olvidó decirle que la trajera! —dijo.

Hubo que descolgar de la pared un sable que había sido del padre de don Emiliano Borunda.

—Hincaos —me dijo Diego, señalando el cojincito morado. Hizo que yo pusiera la mano en la empuñadura del sable que Periñón sostenía a medio desenvainar y luego me hizo jurar, si mal no recuerdo, guardar lealtad eterna a la Junta «y a cada uno de sus miembros», no revelar jamás lo que se tratara en las reuniones y librar a mi Patria del yugo español. Cumplí mal ese juramento pero otros lo cumplieron peor.

Cuando terminé de jurar Diego desenvainó el sable con una floritura y me dio un espaldarazo en el hombro.

—Levántate independiente, Matías Chandón —me ordenó.

Carmelita fue la primera en abrazarme.

—Bienvenido a la Junta del Reloj —me dijo.

Diego la regañó.

—Quedamos en que se llamaba Junta de Cañada —le dijo apretando los dientes.

Ella le echó una mirada venenosa.

—Da igual —dijo y me dio el abrazo.

Era parte del ritual. Uno por uno los miembros de la Junta fueron a donde yo estaba y me dieron la bienvenida a la Junta y un abrazo. Fue la primera vez que abracé a Cecilia Parada, hoy mi esposa.

Todos acabamos sudando. Los demás se quitaron los sombreros y las mantillas, Ontananza, la capa dragona, apagaron la mayoría de las velas que había en el candil de prismas, pero no abrieron ni ventanas ni puerta. Diego, Ontananza y Periñón presidieron la reunión que siguió desde una mesa, en un ángulo de la cual se sentó el joven Manrique con papeles, tintero y plumas; los demás nos sentamos en sillas que pusimos frente a la mesa. Yo iba a sentarme en una que estaba junto a Cecilia Parada cuando Carmelita ordenó:

—Ven a sentarte a mi lado, Matías.

Cuando nos acomodamos, el joven Manrique sacó una lista de los asuntos que había que tratar y leyó:

—Machetes.

El señor Borunda informó que el hombre que los hacía había prometido cien y nomás le había entregado sesenta.

—Propongo que busquemos otro abastecedor —concluyó— porque el tiempo se va como agua.

Los demás parecían de acuerdo pero ninguno sabía decir dónde conseguir en Cañada los cuarenta machetes que faltaban. Aldaco dijo:

—Yo conozco un cuchillero de confianza en Muérdago.

—Recuerdo que Borunda aceptó que Aldaco mandara hacer los machetes en Muérdago y que luego hubo una discusión en que intervinieron varios y que yo no entendí. Quizá porque estaba recién llegado, pero más bien sospecho que no se dijo todo lo que había que decir. Ahora sé que el problema estaba en que nadie se atrevía a llevar los machetes de Muérdago a Cañada. Pero estoy seguro de que en aquella reunión nadie confesó tener miedo ni se dijo que había un riesgo ni se pronunciaron las palabras «ronda aduanal». Se aprobó el cuchillero y se dejó pendiente el transporte.

—Ya veremos después —dijo Diego y le hizo seña al joven Manrique de que leyera el siguiente punto:

—Balas para mosquete.

El señor Mesa se puso de pie e informó:

—La producción está suspendida desde hace una semana por falta de plomo.

El doctor Acevedo intervino:

—Como tesorero de la Junta es mi deber anunciar que no hay plomo porque ya se acabó el dinero.

—Yo pongo cincuenta pesos —dijo Periñón y los puso sobre la mesa.

Cecilia Parada se metió la mano entre los pechos y sacó una bolsita.

—Mi papá manda doscientos —dijo.

El presbítero Concha dio un suspiro y treinta pesos, yo no llevaba nada, los demás dieron lo que pudieron —Diego y Carmelita, diez pesos—, el doctor Acevedo juntó el dinero, puso una parte en un cofre y entregó el resto al señor Mesa, con el encargo de que comprara más plomo.

—Tratos con cabecillas —leyó el joven Manrique.

Periñón informó que había ido a la sierra de Güemes y hablado con un bandolero apodado «el Patotas». El asunto que habían tratado era cortar el camino real que une Cañada con la ciudad de México. El Patotas se había comprometido a hacerlo cuando Periñón se lo ordenara.

—¿Pero el Patotas qué gana? —quiso saber Juanito.

Se vio claro que la pregunta no le caía bien a Periñón.

—Se conforma con lo que recoja —dijo.

—¿Lo que recoja de qué?

—Lo que le quite a la gente que pase —explicó Periñón.

Juanito se puso más pálido que de costumbre y se levantó para decir:

—Protesto. Si esta Junta entra en tratos con bandoleros será para mí un cargo de conciencia pertenecer a ella.

Periñón y Ontananza trataron de hacerle ver que cortar el camino real era una necesidad estratégica y que el único que podía llevar a cabo esa acción era el Patotas, que tenía cuarenta hombres armados. No lo convencieron. Entonces Diego intervino:

—Olvidan ustedes, señores, que este asunto que estamos tratando no es más que

precaución. Un recurso al que no vamos a recurrir más que en caso de necesidad extrema. Dios mediante no necesitaremos usar ni al Patotas, ni las balas para mosquete ni los machetes. La independencia de la Nueva España va a lograrse por medio de un acto pacífico y perfectamente legal. Bastará con redactar un documento y firmarlo. Después daremos a conocer el suceso en todo el país por medio de bandos y yo estoy convencido de que será recibido con beneplácito por la mayoría de la población. El verdadero problema que tendremos entonces será el de formar un gobierno.

No me convenció a mí y probablemente no convenció a nadie, pero la protesta de Juanito quedó en suspenso y pasamos al siguiente punto:

—Instrucciones para el día del «cordónazo».

Ontananza era el «jefe de las operaciones militares». Había escrito en hojitas, que nos entregó, las instrucciones que cada quien había que seguir. En un pliego aparte tenía el plan general de la operación, que fue lo que leyó.

Puesto a grandes rasgos consistía en lo siguiente: el día tres de octubre, es decir, la víspera del cordónazo, el capitán Aldaco con el escuadrón a su mando y los señores Borunda y Mesa con los doscientos hombres que decían que tenían, se iban a reunir en el cerro del Meco en donde iban a permanecer en reserva, listos para acudir «a donde hiciera falta». En la mañana del día cuatro, Periñón, con cien hombres, armados iba a tomar Ajetreo, Ontananza, con su escuadrón, tomaría Muérdago, Adarviles, con su compañía apostaría tiradores en la torre de San Francisco y ocuparía la alcandía, los correos y el depósito de tabaco, haciendo presos a los empleados. Mientras tanto, yo, con la batería, iría a los Balcones y bombardearía el cuartel de las Arrepentidas.

«El primer disparo —decía la instrucción— deberá hacerse al sonar la primera campanada de la misa de seis y no deberá suspenderse el fuego hasta que se rinda la tropa que está en el cuartel.»

—Pero apenas ocurra esto —dijo Diego— acuérdense todos de que tienen que ir a la corregiduría para que firmemos el acta de la proclamación de la independencia.

Esa noche no pude dormir y al día siguiente, cuando Periñón fue a mi casa a despedirse, le expuse mis dudas:

—Las instrucciones que me dio «Luis» suponen que los que están en el cuartel, que serán más de cien, con oficiales veteranos, van a quedarse quietos esperando a que yo acabe de bombardearlos, ¿pero qué pasa si en vez de eso, salen del cuartel y me atacan en los Balcones?

Le expliqué lo elemental: toda artillería debe tener un piquete de infantería de apoyo.

—Dile a Luis —me aconsejó Periñón— para que él disponga que alguien te dé esa protección.

Pero nunca dije nada, porque no quería que «Luis» pensara que yo era un cobarde.

Estábamos dando vueltas en el patio de mi casa. Periñón se agachó y recogió un aguacate.

—¿Tú crees —le pregunté— que la proclamación de la independencia va a ser tan fácil como la pinta Diego?

—Va a ser tan fácil —dijo Periñón abriendo el aguacate y viendo que estaba podrido— como quitarle una tortilla a un perro.

Entonces lo oí decir por primera vez:

—Mientras los españoles no se vayan o sean enterrados no vamos a quedar en paz.

Tiró el aguacate lejos y recogió otro. Yo dije:

—Si el capitán Adarviles es miembro de la Junta y también lo fue del jurado que me examinó, ¿por qué no estaba con ustedes aquella noche que fueron a la casa de La Loma a conocerme?

Periñón miraba con detenimiento la fruta podrida que tenía en la mano. Dijo:

—La Junta es como un aguacate: tiene cascara, carne y hueso. La cascara son los soldados de tu batería, los feligreses de mi parroquia, los doscientos hombres que dicen que tienen Borunda y Mesa. La carne son los que van a la casa del Reloj. Unos días ensayan una comedia, otros traman una revolución, pero siempre creen que dirigen la música. Saben que hay cascara pero no que hay hueso. El hueso fue lo que conociste aquella noche: Ontananza y Aldaco, Diego y Carmelita, Juanito y un servidor.

Dicho esto tiró el aguacate y se limpió los dedos con un pañuelo colorado.



EL LICENCIADO MANUBRIO VIVÍA EN LA HOSTERÍA DEL Perdón, que está en la plaza, frente a San Francisco, compró la escribanía de Villasana, que está en la plaza, contraesquina de la casa del Reloj, hizo amistad con el alcalde Ochoa y todas las noches jugaba con él una partida de ajedrez en la alcaldía, que está en la plaza, frente a la corregiduría. Yo vivía a una cuadra de la plaza, es decir, que el licenciado Manubrio y yo nos encontrábamos en la plaza tres o cuatro veces por semana. En uno de los primeros encuentros me dijo:

—La otra tarde lo vi entrar en la casa del Reloj con el señor cura Periñón.

En esa época yo ignoraba que existiera la Junta y cometí una indiscreción:

—El señor cura me ha hecho el favor de presentarme en la tertulia —dije.

La noticia de que en Cañada hubiera una tertulia lo sorprendió gratamente.

—Hombre, a mí me gustaría asistir —me dijo.

Entonces cometí la segunda indiscreción: prometí al licenciado que iba a proponerlo como socio.

Más tarde descubrí que la tertulia era la Junta y no hallaba cómo salir del paso: no me atrevía a decirle a Manubrio que en la tertulia no se admitían españoles ni tenía valor para revelarles a mis compañeros de Junta que yo había prometido a un español proponerlo como socio de la tertulia. Cuando el licenciado me preguntaba si ya lo había yo propuesto, contestaba que no había tenido oportunidad, pero el tiempo pasaba y yo decidí consultar con Periñón.

Ocurrió una tarde en que habíamos estado hablando del obispo Begonia. Periñón me confesó que el obispo lo detestaba. Le pregunté por qué y él me dijo:

—Porque cuando yo era joven y tuve necesidad de dinero él me prestó el poco que tenía y nunca se lo pagué. Por eso me detesta.

Al poco rato le expuse el problema que yo tenía con el licenciado Manubrio.

—Le prometí proponerlo como socio de la tertulia. ¿Qué hago?

Después de reflexionar me aconsejó:

—Dile al licenciado que ya lo propusiste, pero que el obispo Begonia, que es socio de la tertulia, lo vetó.

Seguí el consejo. Dije al licenciado que el obispo lo había vetado y él tomó la noticia como un caballero: no chistó.

Creí que había salido del paso. Nunca imaginé las consecuencias que iba a tener aquella mentira.

Los soldados de mi batería eran, como había dicho Periñón, indios del Paso de Cabras. Cuando los traté me contaron su historia: habían dejado la sierra con sus familias después de una sequía que había durado varios años, bajaron al llano y anduvieron pasando miserias en el Plan de Abajo hasta que llegaron a Cañada y sentaron plaza en el batallón provincial. El coronel Bermejillo los aceptó en el servicio porque por más lucha que hacía no conseguía voluntarios para completar sus

efectivos, pero ninguno de los capitanes de fusileros los admitió en su compañía.

Fueron adscritos a la batería antes de que yo llegara a Cañada, cuando no había oficial presente con autoridad para rechazarlos. Era cierto lo que decía Periñón: que nunca habían visto un cañón. Ni un cañón ni un botón ni un zapato ni un peine. Usaban uniformes iguales a los que tenían los demás soldados pero en ellos se veían diferentes. Los chacos no les entraban en la cabeza porque el pelo les crecía en forma de tejaván, nunca vi uno que hubiera alcanzado a abrocharse la mitad de los botones del uniforme y en los pies no aguantaban huaraches. El coronel les había asignado una parte del cuartel que siempre estaba oculto por un humo espeso, porque sus mujeres acostumbraban quemar estiércol en los braseros.

El cabo Berrueco no era de Paso de Cabras. Era más bruto pero tenía experiencia por haber sido ayudante de cohetero.

Mi primer acto en el cuartel fue formar a mi gente en cuadro y enseñarles los ejercicios fundamentales del artillero.

—Esta, que ven ustedes —decía yo, presentándoles la baqueta—, se llama baqueta. Ahora todos digan: ¡baqueta!

Y la tropa gritaba al unísono:

—¡Baqueta!

Fui mostrándoles las diferentes operaciones que hace el artillero para cargar la pieza, hasta llegar a la última:

—El soldado pone la bola en la boca y la empuja con la baqueta hasta hacerla llegar al culo —dije.

—¡Culo! —gritó la tropa.

Entonces el cabo Berrueco se agachó y empezó a recoger puños de tierra. Comprendí que estaba preparándose para poner «el adobe».

—De ahora en adelante —le ordené—, cada vez que haya que cargar la pieza tú te pones a cuidar las mulas.

Más tarde, cuando fui admitido en la Junta y recibí mis instrucciones para el día del cordonazo, leí y releí muchas veces lo que Ontanza había escrito en aquel papelito con su letra diminuta: «... bombardear el cuartel de las Arrepentidas... hasta que se rinda la tropa que lo defiende...» Comprendí que había una incongruencia muy grande en aquella orden. Yo podía pedirles muchas cosas a los indios del Paso de Cabras, pero no que bombardearan a sus familias. Fui a ver a Juanito y le dije:

—El éxito del cordonazo y la independencia de la Nueva España dependen de que yo les consiga nuevo alojamiento a mis soldados.

Santo remedio. La iglesia de San Francisco tenía una propiedad que no le servía de nada: era una casa abandonada a dos cuadras del cuartel, con un solar —en el que había un mezquite, alrededor del cual volaba el cardenal—.

—Si de algo te sirve, úsala —dijo Juanito.

A mis soldados les gustó la casa y al coronel le pareció un milagro que se salieran del cuartel. El día que se mudaron me dijo:

—No se imagina, teniente, el gusto que me da ver alejarse a esta gente.

Yo me dediqué a preparar con cuidado la operación. Hice varios simulacros. A las cuatro de la mañana la trompeta tocaba a zafarrancho de combate. Unos soldados uncían los arzones, otros engrasaban las mulas y dos de ellos quitaban las trancas y abrían las puertas del cuartel de par en par. Un trompetazo: ¡marchen! Las mulas salían al galope, las ruedas sacaban chispas en el empedrado, los cañones brincaban, los soldados se agarraban de las correas, yo seguía al trote, en un caballo prestado. Se oía un estruendo en las calles desiertas hasta que salíamos al descampado. En la cuesta del Tecolote las mulas se pedorreaban. Por fin llegábamos a los Balcones. Mientras unos soldados detenían las mulas, otros desenganchaban los cañones y los colocaban en posición. Cuando esta operación terminaba, la batería quedaba en silencio. Entonces se oía ladrar a todos los perros de la ciudad. Yo desenvainaba mi espada y gritaba:

—¡Baqueta!

En el primer simulacro ocurrió algo que me pareció vergonzoso. Cuando ya las piezas estaban en posición y cargadas me di cuenta, con horror, que ni yo ni nadie había llevado pedernal y yesca y no teníamos con qué encender el mechero. Pero gracias a Dios aquel nomás era un simulacro y ni mis soldados se dieron cuenta. La práctica hace al militar: en el cuarto simulacro la maniobra salió con tanta fluidez que si cuando sonó la primera campada de la misa de seis yo hubiera ordenado «¡fuego!», cuatro balas de a doce hubieran llovido sobre el techo del cuarto donde dormía el coronel Bermejillo.

Este veía mis simulacros con aprobación.

—Así se hace, teniente —decía—. Tráigalos al paso. Es la única manera de convertir a esta chusma en artilleros.

La frialdad con que me trató el día de la prueba se fue convirtiendo en afecto. Un día dijo delante de otros oficiales:

—Bajo mi férula, Chandón puede llegar a ser un buen militar.

Me ordenó que todas las tardes me presentara en su despacho a las cinco y media.

Era para contarme su vida. Tenía la idea de que oyendo relatos de calamidades se le templa a uno el espíritu.

Nunca conocí militar que hubiera participado en más campañas desastrosas. Los indios del Guaco lo amarraron a un poste y lo dejaron cinco días con sus noches a la intemperie, los de Peto lo hicieron comer excremento, una nube de moscos lo atacó en las costas de Cuba, en el desierto de Tacoma tuvo que beber orines de mula, se desbarrancó en la sierra de Los Metates, al remontar el río San Jacinto, naufragó la embarcación, cuando se hospedó en Ixtlahuaca, la casa se incendió, *etc.*

—La vida militar —me decía— es privación. Soldado que no resiste los golpes de la fortuna nada vale.

Vivía solo en un cuarto pelón. Yo creo que no tenía más posesiones que las cobijas y la bacinica que asomaba debajo de la cama. Al terminar las sesiones sacaba

del armario una botella de aguardiente y servía dos copitas.

—Por la gloria de las armas —decía y se bebía la suya de un trago.

Una cosa me enseñó que le agradezco:

—Nunca dicte una orden. Escribálas usted mismo y asegúrese de que queden claras.

No es que él haya seguido su propio consejo. Las ordenes que daba estaban escritas en letra grande y clara —no como la de Ontananza— pero lo que decían era de vaguedad ejemplar: «tome las medidas que consideré adecuadas para repeler el ataque de algún posible enemigo», por ejemplo.

Una tarde, después de beberse el aguardiente, se quedó mirando los nubarrones.

—Cuando me muera —dijo— quiero que me lleven a enterrar en Elche.

Parecía que estaba hablando consigo mismo, pero yo apunté su deseo en un cuadernito, porque el hombre me simpatizaba.

Adarviles no me simpatizaba. Yo creo que en las mañanas se alborotaba las cejas con un cepillito y que usaba tacones huecos adrede, para hacer más ruido. Tenía una voz sonora como una trompeta. Sin embargo, cuando supe que era compañero en la Junta y que había votado por mí el día de la prueba pensé que alguna virtud tendría.

Una noche asistimos a una cena de oficiales en la que se bebió más de la cuenta y dio la casualidad que Adarviles y yo nos despedimos y salimos juntos a la calle. Habíamos dado unos pasos cuando me dijo:

—¿Qué le parece, teniente, si vamos a visitar a unas amigas que tengo en el callejón del Coyote?

Yo estaba tan borracho que me pareció buena idea.

Adarviles me guio como si conociera el camino, pero nos perdimos. Tuvo que pararse a preguntarles a unos que iban pasando dónde era «la casa de la tía Mela». Cuando por fin dimos con el lugar indicado, la puerta estaba cerrada pero se oía murmullo de voces adentro.

—Esas que usted oye —me dijo Adarviles— son las mujeres que nos vamos a coger dentro de un momento. Llamó a la puerta.

—Aquí no hay nadie —contestó una voz cascada. Adarviles me guiñó el ojo.

—¿Sabes quién soy, tía Mela? Soy el capitán Adarviles. ¿Te acuerdas?

Después de una pausa la tía Mela dijo:

—Sí ya me acuerdo —y no abrió la puerta.

Anduvimos por los callejones —había luna llena—. Esa noche descubrí que Adarviles tenía la idea de que hay mujeres que en la madrugada salen a la calle con ganas de fornicar. Lo que encontramos fue una banda de perros que nos hizo regresar al centro.

Acabamos la parranda en los portales de la plaza, bebiendo hojas de naranjo que una mujer vendía en un puesto.

Adarviles miró el jarrito, luego a unos borrachos que se habían caído al piso y luego a mí, de arriba abajo, y dijo:

—Lo malo de ser militar es que no puede uno sentarse en la banquetta.

Una noche me invitó a cenar. Tenía casa grande, esposa y cuatro hijos chiquitos.

Matilde, la esposa de Adarviles, tenía fama de ser una de las mujeres más bellas de Cañada. Era alta y rubia, con un cutis como de cera, sin ningún chiste.

Adarviles estaba muy orgulloso de sus hijos. Como un privilegio puso en mis brazos al más chiquito, que estaba llorando.

—¿No te parece un niño inteligentísimo? —me preguntó.

Yo dejé al niño sobre una mesa.

—Esta casa —me dijo Adarviles— fue del conde de la Garnacha. Es considerada una de las mejores del pueblo.

Me la enseñó hasta el último rincón. Llegamos ante un muro de piedra.

—¿Qué te parece este muro? —Muy bien.

—A ver, dale un puñetazo. Le di un puñetazo al muro. —Qué solidez, ¿verdad?

Donde acababa la casa comenzaba un solar.

—En este solar —me dijo— voy a construir las casas donde vivirán mis hijos el día que se casen.

Después de un momento de reflexión corrigió:

—A menos, claro, de que cuando se haga la independencia decidamos irnos a vivir en México. Es allí donde se gobierna el país, no hay por qué engañarse.

De sobremesa hablamos de nuestros amigos mutuos. Me extrañó la enemistad que les inspiraban: Carmen gastaba demasiado en vestidos, Diego era complaciente, Ontananza tocaba mal el piano, el caballo de Aldaco no era tan bueno como su dueño creía, no era correcto que un sacerdote compusiera canciones de amor, Juanito empezaba a chochar, *etc.*

Cuando su esposa nos dejó un rato solos, Adarviles me confesó:

—A mí ningún trabajo me cuesta cumplir la misión que tengo asignada para el día cuatro de octubre. Estoy tranquilo por ese lado. Lo que me quita el sueño es pensar en qué hacemos si antes de que llegue esa fecha algún cabrón nos delata.

ERA LA TARDE DE UN MIÉRCOLES. HACIA VARIAS semanas que yo no oía hablar de machetes. Al regresar del cuartel a mi casa, entré a mi patio y vi que Carmen estaba asomada en el mirador de la corregiduría.

Había estado esperándome para decirme:

—Te invito a cenar esta noche.

Cenamos los tres y el perrito. La conversación fue tan ociosa que comprendí que iban a pedirme algo. Así fue: cuando los mozos se retiraron, Diego se puso a hacer figuritas en el mantel con la uña, Carmelita se irguió en el asiento pero habló como si lo que decía no tuviera importancia:

—Cecilia Parada irá mañana en un coche a recoger los machetes en Muérdago. ¿No quieres acompañarla?

La proposición me extrañó por venir de Carmen, que hasta entonces había hecho todo lo posible porque yo no me acercara a Cecilia.

—Es cosa de salir mañana temprano —explicó—, ella ha conseguido el coche de su papá, que es grande, hay que recoger los machetes, que ya estarán empacados, y regresar a Cañada. Podrás estar aquí antes del anochecer.

La empresa me pareció sencilla y bastante agradable. Era un día de campo con Cecilia. Ni siquiera tenía que pedir licencia porque iba a ser jueves, día en que no iba al cuartel. Entonces Diego intervino para decirle a su esposa:

—Acuérdate, Carmelita, de decirle a Matías que tiene que ir uniformado.

—Ah, sí, tienes que ir uniformado.

Quise saber por qué. Ella dio por cumplido su deber desagradable y contestó:

—Que te explique Diego.

Este dejó de hacer figuritas.

—Es por si encuentras a la ronda.

Quise saber cuál ronda y él me describió la ronda aduanal, que yo no sabía que existiera: era un grupo de alguaciles de a caballo que tenía por misión recorrer los caminos, detener a los viajeros y revisar los equipajes para ver si llevaban contrabando.

—Desgraciadamente —terminó diciendo—, no tengo ninguna autoridad sobre ellos, porque dependen directamente de la Audiencia. De otra manera yo haría que vigilaran otro camino para que no te los encontraras.

Salió a relucir que no sólo no tenía autoridad sobre ellos sino que no tenía idea de por dónde andaban.

—Pero no te los vas a encontrar —dijo Carmen—. Nosotros hemos viajado mucho y nomás una vez los vimos.

—Y si te los encuentras, para eso vas uniformado —dijo Diego—. Te pones el bicornio en la cabeza y no te lo quitas hasta que estés de regreso en Cañada.

—¿Crees que mi bicornio los va a espantar? —Va a infundirles respeto.

Carmelita apoyó:

—Les dices: «señores, soy militar, tengo prisa, déjenme pasar» y no revisan el coche.

Por si lo revisaban y encontraban los machetes fue el siguiente consejo de Diego: decir que eran armas para el batallón.

—¿Y si les parece raro —puse el caso— que un batallón de infantería haya encargado machetes, qué hago?

—Por lo pronto —dijo Carmen— no decir que eres amigo nuestro.

Diego me dio más alientos:

—Ten fe en mí. Yo te sacaré del aprieto.

No pude dormir pensando en machetes: ¿por qué no los traía Aldaco que los había mandado hacer? O bien, ¿por qué no iba a recogerlos Borunda que era el que los necesitaba?

A las cinco me levanté, me puse el uniforme y salí a pararme en el portal. A las cinco y media entró en la plaza el coche grande, cerrado, tirado por cuatro caballos, el cochero con traje de cuero y sombrero ancho. En el interior iba Cecilia, de velo. Abrió la portezuela, yo subí y me senté frente a ella, nos dimos los buenos días y el coche se puso en marcha.

—¿No tuvo tiempo de desayunar? —preguntó Cecilia. Confesé que no. Junto a ella, en el asiento, había una canasta grande, cubierta por una servilleta bordada, de la que fue sacando durante el viaje café, bizcochos, quesadillas, gordas de sesos, nopalitos guizados, *etc.* Hablamos poco, como un hombre y una mujer que apenas se conocen y tienen que hacer un viaje juntos por obligación. Ella me dijo que su padre tenía reumas, yo le dije que necesitaba comprar un caballo.

Atravesamos un llano que estaba cubierto de niebla espesa que de pronto se disipó. Vimos los huizaches. Cuando el sol salió entre los cerros apareció en cada huizache una telaraña y en cada telaraña unas gotitas de agua que el sol hizo brillar.

Tal como los Aquino habían advertido, Aldaco nos estaba esperando en la orilla de Muérdago, a la sombra de un laurel. Hizo que el asistente se llevara su caballo y subió en el coche.

—¿Quieren venir a mi casa a comer? —preguntó.

Pero Cecilia y yo queríamos acabar aquel viaje lo más pronto posible y preferimos ir directamente a la casa del cuchillero. Este ya había puesto los machetes en dos huacales de los que se usan para llevar tunas y los había cubierto con zacate. Mientras el cuchillero y sus ayudantes aseguraban los huacales en la rejilla trasera del coche, Aldaco nos dijo, para romper el silencio:

—Otro día vengan con más calma.

Prometimos hacerlo. Ni él ni Cecilia ni yo aludimos a la ronda aduanal. Sólo cuando ya nos despedíamos y Aldaco vio mi bicornio en el asiento del coche, me dijo:

—Póntelo y no te lo quites. —Tenía un aire sombrío.

En el camino de regreso hablamos aún menos que a la ida. Pero no pasó nada. Cuando vadeamos el Bronco comprendí que ese día la ronda aduanal había salido por otro camino. Cuando distinguimos la torre de San Francisco iluminada por la luz del atardecer, Cecilia Parada me dijo:

—En la hacienda tengo una yegua que si le gusta se la vendo.

Quedé de ir a verla.

Al entrar en el pueblo fuimos directo a la calle de la Hondonada porque teníamos instrucciones de entregar los machetes al señor Mesa en su casa. Él estaba esperándonos en la puerta.

Mientras los hijos del señor Mesa bajaban los huacales del coche, Cecilia se despidió. Cuando el coche daba vuelta en la esquina la vi asomarse y agitar la mano, yo levanté la mía y el señor Mesa me dijo:

—Lo están esperando.

Entré con él en su casa. Era como de rancho: un patio muy grande, de tierra, con casas de adobe alrededor y tres mezquites en el centro, debajo de los cuales unas mujeres lavaban ropa en artesas. Había puercos, gallinas, un caballo, niños jugando, cueros colgando. El señor Mesa me dijo que en aquella casa vivían él, sus hijos, las familias de sus hijos, sus empleados y las familias de sus empleados, luego le dio un puntapié a un perro que se acercó con ganas de olerme. Atravesamos el patio, el traspatio y entramos en un cuarto que estaba en el fondo del terreno, recargado en el muro de piedra que era el lindero entre la casa del señor Mesa y la del Reloj. Los hijos del señor Mesa habían puesto los huacales en el suelo y nos estaban esperando.

—Abran la puerta —les ordenó su padre.

No se veía ninguna puerta, pero los hijos del señor Mesa cogieron un armario y lo movieron hasta dejar descubierto un arco que daba a un cuarto más oscuro. Al verme un poco desconcertado, el señor Mesa se llenó de orgullo y me dijo:

—Pásele a la covacha.

Entramos casi a tientas. Había una luz en el fondo del cuarto. Era la que daba un candelero. Estaba sobre una mesa, alrededor de la cual distinguí tres figuras, eran Carmen, Diego y don Emiliano Borunda. Cuando me acerqué vi que estaban radiantes.

—¡Ay, bendito sea Dios porque llegaste —dijo Carmen—, nos tenías con un pendiente!

Los Aquino me abrazaron, Borunda me estrechó la mano efusivamente. El señor Mesa fue a ver que sus hijos desempacaran los machetes. Los otros tres me pidieron pormenores del viaje. Cuando supieron que no habíamos visto ni el polvo de la ronda aduanal Diego dijo:

—Tal como yo había previsto.

Carmelita, en cambio, me trató como si hubiera escapado de un peligro tremendo. Borunda, para compensar de alguna manera el peligro al que yo había estado expuesto, cogió el candelero y me enseñó la covacha.



Era un cuarto alargado, alto y relativamente estrecho, sin ventanas. Borunda explicó que había comprado la casa y vivido en ella diez años antes de darse cuenta de que lo que medía de fondo su casa más lo que medía de fondo la del señor Mesa no daban la longitud de la cuadra sino que faltaban seis varas.

—Hice un boquete en el muro —dijo Borunda— y encontré la covacha.

Contó la leyenda de por qué los antiguos propietarios habían construido un cuarto secreto. No interesa. Lo importante es que en la covacha estaban guardados los pertrechos de la Junta. Todo muy ordenado: los mosquetes y las lanzas en armazones apoyados en la pared, los machetes, enfundados, en racimos que colgaban de las vigas del techo, las guarniciones de los caballos, las fornituras y los lazos, en ganchos que había en la pared; en el piso había cajas de munición, barriles de pólvora, alteros de huaraches, de sarapes, de capotes de palma.

Carmen me había agarrado del brazo, Diego pidió a Borunda:

—Enséñale a Matías el armario.

Estaba en el fondo del cuarto. Borunda lo abrió con una llave que traía colgando del pescuezo, sacó un cofrecito y lo puso sobre la mesa. Abrió el cofrecito y fue sacando de él todos los documentos de la Junta: las actas de las reuniones, las listas de los que íbamos a levantarnos el día cuatro de octubre, los planes del cordonazo escritos con la letra minúscula de Ontananza, la bolsa con el dinero, las cuentas del doctor Acevedo, *etc.*

—Todo se guarda aquí —me explicó Carmen— porque la covacha es el lugar más seguro de Cañada. Borunda agregó:

—Baste con decirle, don Matías, que ni mi esposa ni mis hijos saben que existe.

Su esposa y sus hijos no sabían que existía la covacha, pero él sí y yo también y los Aquino y el señor Mesa y los hijos del señor Mesa, *etc.*

Salimos por la otra puerta, la que daba a las caballerizas de la casa del Reloj, que estaba oculta por un armazón de madera de los que se usan para colgar las guarniciones de los caballos. Diego y el señor Borunda caminaban por delante, Carmelita y yo, del brazo, detrás. Cruzamos tres patios, salimos por la puerta principal y nos despedimos en los portales.

Unas semanas más tarde «el transporte de los machetes» iba a ser motivo de una discusión agria. Cuando en la siguiente reunión de la Junta se supo que, por idea de los Aquino, Cecilia y yo habíamos ido a Muérdago a recoger los machetes, Periñón calificó la aventura de «imbecilidad».

—Por cuarenta machetes —agregó, dirigiéndose a Diego—, tú y tu esposa han puesto en peligro la revolución. No valía la pena.

Diego y Carmelita quedaron resentidos.

A JUANITO LE GUSTABA DESCRIBIR LA FIESTA DEL Carmen según se celebraba en Cañada. Los vecinos del barrio de ese nombre, decían, que era uno de los más pobres, la preparaban durante seis meses.

Nombraban mayordomos, que eran los encargados de juntar el dinero, contratar el cohetero, comprar el pulque y escoger a los dieciséis hombres que habían de cargar las andas. Como las campanadas del reloj del señor Borunda no alcanzaban a oírse en el barrio del Carmen, los mayordomos se guiaban por las estrellas. Cuando la cabeza de Orion se ocultaba tras el cerro del Tecolote —más o menos las cuatro de la mañana—, sonaban las campanas de la capilla, tronaban tres camarazos y la procesión se ponía en movimiento. Había en ella chirimías, tambores, cascabeles, danzantes, «locos» —unos muchachos vestidos de fachas que hacían bromas a expensas de los espectadores—, coheteros, hombres cargando pellejos de pulque, mujeres llevando cazuelas, *etc.* La procesión iba por la ladera del cerro hasta llegar a La Loma, bajaba al centro, a la iglesia, «para que María Santísima le diera los buenos días a San Francisco». Cinco bandas de música tocaban las «mañanitas» en el atrio. Cuando esta formalidad terminaba empezaba la verdadera fiesta: la procesión se iba a los barrios que había en la orilla de la ciudad y visitaba once en el día.

En el atrio de cada iglesia estaban esperándola los vecinos, con comida, bebida y música. Compartían lo que tenían con los que iban llegando, que a su vez les ofrecían el pulque de los pellejos y la comida de las cazuelas. La procesión —y la fiesta— terminaban en la madrugada siguiente, en el punto de partida.

—Siempre hay, cuando menos, un muerto —decía Juanito y agregaba—, pero no te apures. Esta es la fiesta de los pobres. A la que tú asistirás y yo también es menos peligrosa y más aburrida.

Comenzó a las nueve en la iglesia, con misa de tres padres. En las bancas estábamos lo mejorcito de Cañada. Carmen, por ser la festejada, estaba mero adelante en la iglesia, con Diego a su lado, hincados en unos reclinatorios llenos de moños como si fueran a volver a casarse. Seguían tres bancas llenas de españoles importantes —como el alcalde Ochoa— o ricos. En la cuarta estaban los criollos decentes —Borunda con su familia, Cecilia con su papá—, en la quinta estábamos Ontananza, Aldaco y yo, en la sexta se sentaban, entre otros, el señor Mesa y el joven Manrique, y así, en orden decreciente en importancia social hasta llegar a la que vendía veladoras en la mesita. La iglesia estaba irreconocible. No había agujero en que el padre Pinole o las monjas del Divino Verbo no hubieran metido un ramo de flores o una vela encendida. El obispo Begonia llegó a Cañada a tiempo para officiar con Periñón y Juanito. El padre Pinole tuvo que conformarse con ser jefe de los acólitos.

No recuerdo misa más larga. El obispo echó un sermón que parecía que nunca se iba a acabar. Varios fieles se hincaron, pusieron la cabeza entre las manos, como si

estuvieran haciendo un examen de conciencia y se quedaron dormidos. Lo mismo creímos que le había pasado a Juanito un rato más tarde, cuando el padre Pinole fue a echarle incienso. Se quedó sentado en la silla, con los ojos cerrados y no contestó como debía. Más tarde, cuando era su turno de sostener el misal y no se movió de la silla, Periñón comprendió que se trataba de otro soponcio. No hizo aspaviento. Con una seña bastó para que el padre Pinole y el sacristán se llevaran cargando al enfermo mientras los otros dos oficiantes seguían diciendo la misa. Ontananza, Aldaco y yo nos levantamos y fuimos a la sacristía. Ya las monjas del Divino Verbo estaban desvistiendo a Juanito y dándole a oler alcanfor. Cuando abrió los ojos le preguntamos:

—¿Cómo te sientes?

Fue la única vez que no contestó «divinamente».

—Regular.

Pasada la bendición, Carmen salió al atrio y los demás fuimos a felicitarla por ser el día de su santo. Cuando fue mi turno después de hacer una cola muy larga, le di el abrazo, ella me dio un apretón y me dijo:

—Vente a almorzar a la casa.

Fueron más de cien los invitados.

—Es día —dijo Aldaco que el marques de la Hedionda echa la casa por la ventana en ausencia.

El coche de los Aquino o, mejor dicho, el que era del marqués y ellos usaban cuando estaban de temporada en la casa de La Loma, fue el primero en salir de la plaza, llevando a Carmen, a Diego y al obispo Begonia. Apenas dieron vuelta en la esquina empezó la confusión, porque todos los demás trataron de salir en segundo lugar. Era día en que en Cañada todos los ricos iban a la iglesia en coche, aunque vivieran a media cuadra. Durante un rato los coches se apretujaban, los caballos se paraban de manos, relinchaban, los chicotes tronaban, las defensas se enredaban, una rueda arrancó un pedazo de argamasa en la esquina y el aire se cargó con todas las maldiciones que no se dijeron. Por fin, poco a poco, los coches fueron saliendo y al llegar a la cuesta la ascendieron con dignidad, dando un espectáculo muy bonito a todos los que no habían sido invitados, que eran una multitud.

Ontananza, Aldaco, Juanito, Periñón y yo tuvimos que esperar en el atrio a que el coche de los Aquino regresara a recogernos. Juanito se veía peor que nunca.

—¿No será mejor que no vengas? —preguntó Periñón.

—Si no fuera por la comida no iría.

—¿Por qué no haces que don Benjamín te dé un remedio para el soponcio? —preguntó Ontananza.

—Porque sería igual que pedirle una medicina a un burro.

El coche de los Aquino llegó y lo abordamos, íbamos dando la vuelta en la esquina de los portales cuando vimos a dos hombres que estaban allí parados. Eran el señor Mesa y el joven Manrique. Periñón hizo que el coche se detuviera.

—Vénganse con nosotros —les dijo—. Si nos apretamos, cabemos.

El señor Mesa dijo que muchas gracias pero que él iba a almorzar en su casa donde lo estaba esperando su familia.

El joven Manrique se quedó tieso.

—Venga usted —le dijo Perinón.

El joven se puso rojo.

—Es que no he sido invitado.

—Hombre, no importa —dijo Juanito—. Nosotros lo invitamos en este momento.

—Anda, ve con ellos —aconsejó el señor Mesa. El joven Manrique no se movió.

—Les agradezco, señores —dijo—. Pero creo que la señora Carmelita ha expresado el deseo de no verme en su casa al no invitarme ella misma cuando fui a felicitarla en el atrio.

Tenía razón, pero nosotros tratamos de hacerle ver que no la tenía, que exageraba, le dijimos, que una cosa es un olvido y otra muy diferente un rechazo. No lo convencimos, nos despedimos y seguimos nuestro camino. Hablamos de otras cosas. Al llegar a la casa de La Loma alcancé a ver, a lo lejos, la figurita del joven Manrique, que seguía parado en la esquina de los portales.

(Años después supe que a los pocos días de este incidente el joven Manrique pidió hablar con su jefe, don Indalecio Quintana, el administrador de correos, y delató la conspiración. A petición de don Indalecio, el joven Manrique hizo una relación por escrito en la que revelaba la existencia de la Junta, quiénes pertenecíamos a ella, cuáles eran nuestros fines y qué planes teníamos para lograrlos, dónde nos reuníamos, dónde guardábamos las armas y dónde se podían encontrar pruebas de que lo que se decía en la denuncia era cierto. Don Indalecio consideró que esta delación era verídica e importante. En recompensa dio al joven Manrique un empleo de aparcerista en el depósito de tabaco, pero en vez de acudir con la información recibida al alcalde Ochoa, que era la autoridad más alta en la ciudad que no estuviera complicada en la Junta, optó por enviar la denuncia acompañada de una carta confidencial a su superior directo: el administrador de correos en la ciudad de México. Este mensaje llegó a su destino, puesto que la denuncia y la carta quedaron archivadas hasta que fueron descubiertas y publicadas años después. No se sabe si fueron leídas por el destinatario cuando las recibió, porque no produjeron ningún efecto. El joven Manrique siguió asistiendo a las reuniones y levantando las actas. Él nos trató y nosotros seguimos tratándolo a él como si no nos hubiera delatado.)

Un ejército de criados sirvió los catorce platillos, todos indigestos, desde huevos estrellados con chile chipote puestos sobre tortillas untadas de frijoles refritos, hasta tacos de charales con salsa de tomate verde. Unos invitados comieron hasta enfermarse, otros no pudieron probar bocado, como la esposa de don Cirilo Anzorena, una mujer cadavérica, que llevaba en la cabeza una peineta casi transparente.

Yo siempre he dicho que esta comida no es comida, sino puros antojos —dijo el

alcalde Ochoa, un señor al que le salían pelos por las orejas.

—El mole de olla y el caldo gallego son la misma cosa —dijo el dueño de la Sonaja, la hacienda más rica de la región.

Periñón sonrió y me dijo en voz baja:

—Estos hombres conquistaron un continente y no se dieron cuenta. Creen que siguen viviendo en España.

El licenciado Manubrio no había ido a la iglesia y por consiguiente no estaba invitado a la fiesta, pero se presentó en el almuerzo y comió de todo. Saludó irónicamente al obispo Begonia —a quien atribula el haber sido excluido de la tertulia— y acabó en conversación estrecha con Diego a quien le produjo excelente impresión.

Diego había sacado una buena parte de los vinos que el marqués de la Hedionda tenía en su bodega: un señor decente rodó la escalera, el doctor Acevedo se quedó dormido en la silla del respaldo alto y el capitán Adarviles dio un traspie, que fue presenciado por el coronel Bermejillo cuando estaba conmigo. Me dijo:

—Militar que no resiste lo que se bebe no sirve.

Periñón sacó la mandolina y compuso una canción que dedicó a una señora que según Aldaco era dueña del rebaño de chivas más grande del Plan de Abajo. Decía así, más o menos:

*Quisiera ser solecito  
Para entrar por tu ventana  
Y darte los buenos días  
Cuando estás en la cama  
Quisiera ser agua de lluvia  
Para besarte la cara  
Y volverme arroyo después  
Para besarte los pies.  
Etc.*

La señora parecía complacida.

Una de las hijas del señor Borunda se perdió en la huerta y apareció un rato después, llorosa. No se supo por qué.

A las tres de la tarde Diego decidió que había llegado el momento de comenzar la representación de la comedia.

Anduvo de un lado para otro muy afanado, tratando de reunir a los actores. Cuando por fin se juntaron, faltaban los dos protagonistas principales: Carmen y Ontananza. Aldaco y yo fuimos los encargados de ir a buscarlos. Nos separamos y fuimos en direcciones opuestas.

Anduve por los pasillos preguntando a todo el que me encontraba:

—¿No ha visto a Carmen?

Fui al comedor, fui al mirador, entré por fin en la sala. Allí estaba Carmen.

Creo que nunca la vi tan bella: tenía los ojos chisporroteantes, los labios entreabiertos, sonreía. Parecía feliz. No se dio cuenta de que yo había entrado en la sala porque ella estaba absorta, mirando la cabeza de Ontananza, quien se había inclinado para besarle la palma de la mano, tal como yo había hecho en dos ocasiones. Tal como había ocurrido cuando Diego nos descubrió en mi casa, Carmen no se inmutó cuando se dio cuenta de que yo estaba viéndola. Ontananza y yo, en cambio, nos pusimos rojos y no hallábamos dónde meternos.

—Dice Diego que ya es hora de comenzar la comedia —dije. Carmen rio musicalmente.

—Vamos, pues.

Me cogió a mí de un brazo, cogió a Ontananza del otro, y los tres fuimos por el pasillo diciendo qué bonita había salido la fiesta.

La representación salió mal: Juanito, a quien el soponcio había dejado atarantado, olvidó decir una frase fundamental. Es la que empieza con:

«—Yo soy el culpable, etc.».

Como don Baldomero no confesó su culpa, no hubo manera de que los jueces pusieran en libertad a López, que era el presunto responsable de todos los delitos que se habían cometido en los tres actos de la comedia. El desenlace fue grotesco: el elenco cantó «Toda precaución es inútil» y el telón cayó con Periñón encadenado y Juanito en libertad cuando debería haber sido al revés.

La gente no entendió nada, pero aplaudió. Después se despidieron y se fueron a sus casas. Juanito estaba muy apenado.

—Perdóname, Domingo —dijo a Periñón—, pero estoy hecho una piltrafa.

—Si yo fuera López —contestó Periñón— te daría una tunda, pero como soy Periñón, te perdono. Se abrazaron.

En la casa de La Loma nomás quedábamos «los íntimos» y el obispo Begonia. Unos fueron a dormir la siesta, otros fuimos a dar un paseo por la huerta. Cuando oscureció nos reunimos en la sala, con ganas de platicar, pero el obispo tomó la palabra y no la volvió a soltar. Periñón perdió la paciencia y nos propuso a Aldaco y a mí:

—Vámonos de parranda.

Salimos de la sala discretamente, íbamos bajando por la escalera de piedra cuando Carmen nos alcanzó.

—¿A dónde van? —preguntó.

—Vamos a pasear por los callejones a la luz de la luna —dijo Periñón.

No había luna, estaba nublado y soplaban el viento que precede al aguacero. Carmen se molestó, lo cual me produjo satisfacción —nunca le perdoné la escena con Ontananza—. Ella entró en la casa y nosotros seguimos bajando la escalera.

Caminamos en la oscuridad tormentosa. Los truenos del cielo se confundían con los cohetes de la fiesta de los pobres. Periñón conocía el camino del callejón del

Coyote mucho mejor que Adarviles y llegamos en poco tiempo a la casa de la tía Mela. Tal como había ocurrido en mi primera visita la puerta estaba cerrada y se oían murmullos adentro. Perión dio, como siempre, los cuatro golpes pausados y, como la primera vez, la voz cascada advirtió:

—Aquí no hay nadie, ya todas las muchachas se fueron.

Entonces Perión anunció:

—Es López.

Inmediatamente se descorrieron cerrojos, se abrió la puerta, salieron a la calle media docena de putas, se hincaron en el empedrado y besaron la mano de «López».

A FINES DE AGOSTO EL CORONEL BERMEJILLO ME entregó con su propia mano una de las órdenes que él mismo escribía. Decía:

«Al recibir la presente trasládese a donde le parezca prudente, tome las medidas necesarias y ofrezca los alicientes que a su juicio sean adecuados para reclutar voluntarios hasta completar los efectivos de este batallón. Regrese a esta plaza y ríndame parte de su misión el diez de septiembre. Dios y Ayuda. Bermejillo.»

Comprendí que había llegado la hora de visitar a Periñón. Hice maleta y me puse en marcha en La Tinta, la yegua que me vendió Cecilia Parada. Salimos de la casa en la madrugada y llegamos a Muérdago a tiempo para almorzar en casa de Aldaco — que tenía mujer y cuatro hijas gordas pero simpáticas—. Aldaco me describió Ajetreo:

—La ciudad no se ve de lejos. Sabrás que vas llegando porque te llega el olor a chiquero.

Saliendo de Muérdago, al poco andar, se acaba el terreno fértil y el camino va en línea recta hacia el poniente, subiendo y bajando un lomerío cascajoso, rojizo hasta en tiempo de aguas. A lo lejos se ve la sierra de Cuévano.

Al recorrer aquel camino sin ningún chiste recordé lo que decía Juanito de Periñón y Ajetreo:

—El obispo Begonia le dio ese curato porque lo detesta, pero sin saberlo le está haciendo un favor, porque el día en que Domingo se muera ya cumplió con su purgatorio aquí en la tierra y va a irse derechito al cielo.

La sierra se fue acercando, me llegó el olor a chiquero y de pronto ya estaba en la orilla del pueblo. Me acerqué a unos hombres que se habían sentado en unas piedras para ver cómo otro destazaba un puerco a la luz del atardecer.

Me miraron con desconfianza. Yo dije:

—Ando buscando al señor cura Periñón.

Cambiaron de actitud. Casi se peleaban por enseñarme el camino. Atravesé el pueblo con media docena de guías.

Aunque está recargado en la sierra, Ajetreo es plano, las calles son de tierra, las casas de un piso y no tienen aleros.

Desembocamos en la plaza, que es ancha y pelona, la iglesia, por contraste, es esbelta, de piedra color de rosa.

Periñón estaba en el atrio, supervisando a unos hombres que regaban con cántaros unos arbolitos. Cuando me vio fue a mi encuentro con los brazos abiertos y los que estaban con él y los que llegaron conmigo se quitaron el sombrero cuando nos dimos



el abrazo.

—Llegas justo a tiempo —me dijo.

Hizo que un hombre se hiciera cargo de mi yegua, que otro fuera a su casa a avisar «que había llegado visita», que los que habían llegado conmigo cogieran cántaros y se pusieran a regar arbolitos y luego me dijo:

—Ven a ver «el Niño».

Mientras le dábamos vuelta a la iglesia me dijo que «el Niño» le había dado mucha guerra. Tras de la iglesia el pueblo terminaba bruscamente: había un baldío y en el baldío un tejaván. Era una herrería. Junto a la forja apagada, en el piso de tierra estaba «el Niño». Un hombre lo estaba untando de sebo. Era un cañón: uno de los más grandes y el más mal proporcionado que he visto.

—¿Qué te parece? —me preguntó Periñón.

Lo vi tan entusiasmado que le dije que estaba bien. El me explicó que el hombre que estaba allí agachado era herrero, pero que bajo su dirección «se había vuelto fundidor».

—Algo vamos aprendiendo —dijo el hombre al darme la mano. Se llamaba don Lino.

—Tiene el bronce de cinco campanas —dijo Periñón.

Había conservado la sexta para llamar a misa. Yo llegaba oportunamente, me dijo, para explicarle al carrero cómo había que hacer la cureña y para probar la pieza.

Me llevó a su casa. Estaba en contraesquina del atrio y era de las mejores del pueblo: se entraba por un portalito a un patio sombreado por cuatro naranjos, en el corredor había macetas y jaulas con pájaros, alguien había puesto en una mesita una jarra de agua fresca y dos vasos. Periñón me sirvió y bebimos, porque yo estaba muerto de sed, después nos sentamos en equípales y me dijo:

—En un libro leí que el que tiene la artillería tiene la victoria. Por eso hice «el Niño».

Al rato aparecieron tres mujeres. Las tres eran bellas y las tres parecían tener la misma edad —unos veinte años—, pero no parecían hermanas. Estaban muy limpias y vestidas con sencillez. Cruzaron el patio con la mirada baja y fueron a darme la mano. Periñón me dijo sus nombres.

—Son sobrinas mías —explicó.

Regresaron a la puerta por donde habían salido y no volví a verlas hasta el último día que estuve en el pueblo, en que salieron a despedirse. Se manifestaban a través de sus obras: la comida era muy buena, todos los días se cambiaba el mantel, alguien tendía las camas, alguien lavó mi camisa, alguien trapeaba los pisos. Cleto el sacristán, sacaba agua del pozo y servía la mesa. Ni Periñón habló de sus sobrinas ni yo me atreví a preguntarle por ellas.

El día siguiente fue agotador. Periñón me despertó cuando estaba clareando, después de desayunar fuimos a la herrería, en donde nos esperaban el carrero y «el fundidor». Al primero le expliqué lo que es una cureña y al segundo lo que es un

taladro, porque se le había olvidado hacer un hueco en la pieza para meter la cañuela. Después Periñón me llevó a ver las vides. Recorrimos una legua de laderas cascajosas.

—A todo el que se dejó —me dijo— lo hice sembrar parras. Cortó un racimo de uvas y me dio a probar. Eran agrias.

—Es que no se presta el clima —dijo.

—¿Por qué las siembras, entonces?

—Porque está prohibido cultivarlas.

Saludamos a muchos campesinos pobres pero para almorzar fuimos a casa de un hacendado. Periñón a todos los trataba igual y todos lo respetaban.

Después me llevó a ver moras.

—Es un árbol excepcional —explicó. Da sombra al que va pasando, los niños se comen la fruta y los gusanos las hojas. ¿Qué más puedes pedirle?

Había plantado moras en la calzada, moras en la plaza, moras en el atrio, moras en el cementerio y moras en las huertas de sus amigos.

Entramos en un cuarto oscuro en donde estaban los gusanos de seda.

—Todavía no hemos logrado hacer un buen hilo —confesó—. Pero algún día lo haremos.

Nunca lo hizo porque antes llegó el remolino que nos levantó. Esa tarde me presentó a más de cien hombres. Sabía cómo se llamaban, dónde vivían, en qué trabajaban, qué mañas tenían, cuáles de ellos tenían enfermos en la familia, *etc.*

—Estos son de confianza —me dijo.

Luego me enseñó las armas que iba a repartirles el día del cordonazo, que tenía escondidas en un sótano de la iglesia, debajo del presbiterio. Eran lanzas, machetes y unos cuantos mosquetes.

—Es bastante para lo que tenemos que hacer —dijo.

Subimos al campanario. Hacia el norte de Ajetreo se extiende una huizachera plana que parece que no tiene fin.

—¿Qué andaban haciendo por aquí los que fundaron el pueblo? —pregunté.

—Comerciaban con los indios que viven en la huizachera. Cenamos con cuatro que no eran de confianza: el delegado Patino y tres comerciantes españoles. Dije a Patino cuál era mi misión y él me dio permiso de reclutar en el pueblo —aunque ya era de otra jurisdicción: estábamos en la intendencia del Plan de Abajo—. La reunión fue cordial y nos despedimos amistosamente, pero cuando íbamos atravesando la plaza pregunté a Periñón:

—¿Qué pasa si alguno de estos va por algún motivo a la fragua y ve «el Niño»?

—Espero que no ocurra —me dijo— porque habría que matarlo.

Me le quedé mirando y comprendí que estaba decidido a matar al que comprometiera sus planes. Más tarde me di cuenta de que también estaba dispuesto a morir. Le pregunté qué forma de gobierno iba a tener la Nueva España después de la revolución, y él dijo:

—Puede ser una república como tienen en el Norte o bien un imperio como tienen los franceses, pero es cuestión que francamente no me preocupa, porque sería raro que llegáramos a ver el final de esto que estamos comenzando.

Fue la primera vez que alguien dijo delante de mí que lo que habíamos emprendido podría —o, mejor dicho, casi con seguridad iba a— costarme la vida. Esa noche, ya a oscuras, en mi cama, me resigné y dije:

—Así han de ser las revoluciones —y me quedé dormido.

Al día siguiente, justo cuando íbamos a sentarnos a comer, llegó Ontananza. Lo acompañaba otro militar. Era gordo, chaparro, amoratado y bigotón. Se llamaba Alfaro y era tambor mayor del batallón de Cuévano. No me simpatizó pero al ver que los otros lo trataban con mucha cordialidad supuse que alguna virtud tendría. Habíamos salido del comedor a recibirlos y cuando volvimos a entrar ya en vez de dos lugares había cuatro en la mesa. Ontananza y Periñón hablaban con Alfaro «en confianza», es decir, como si ya estuviera en la conspiración o a punto de entrar en ella. Durante más de una hora hablamos de «las injusticias que padecen los criollos, especialmente los militares que están al servicio de Su Majestad». Ontananza hizo alusiones —muy vagas— a un porvenir «justiciero». Alfaro correspondió dando la noticia de que en el batallón de Cuévano gran parte de los efectivos estarían de acuerdo con todo lo que se había dicho en aquella sobremesa.

Entonces pasó algo que no entendí: Periñón se levantó, salió del comedor y regresó al poco rato con doscientos pesos que puso junto a las cascara de la naranja que se había comido Alfaro. Nadie había hablado de dinero. Alfaro dijo entonces:

—Señores: no tienen más que darme aviso de cuándo van a llegar a las puertas de Cuévano y yo les entrego la plaza.

Dicho esto, recogió los doscientos pesos y los metió en su morral. Yo estaba pensando en la frase que había dicho Alfaro, que me pareció extraña, porque en el orden natural de las cosas un tambor mayor rara vez llega a estar en condiciones de entregar una plaza. Cuando terminé de pensar esto ya nos habíamos levantado, Ontananza le había dado la mano a Alfaro, Periñón le había dado la mano a Alfaro, hasta yo le había dado la mano a Alfaro. Periñón y Ontananza parecían contentos, como quien acaba de hacer un buen negocio.

Poco después nos separamos: Alfaro siguió su camino a Cuévano, Ontananza tomó el de regreso a Muérdago y Periñón y yo fuimos a ver «el Niño».

Lo encontramos en la fragua cubierto con capotes de palma, montado en su cureña nueva, de mezquite, con dos ruedas de carro reforzadas. Era muy pesado: para arrastrarlo a un lugar que se llama «el Llano de los Petates» se necesitaron ocho mulas jalando con todas sus fuerzas; para colocarlo en posición tuvimos que pujar doce hombres, la bala era del tamaño de la cabeza de un niño y un hombre fuerte apenas la podía levantar.

Periñón no hacía caso de estas dificultades. Mientras los que nos habían acompañado y yo forcejeábamos con «el Niño», él iba y venía midiendo distancias a

pasos y poniendo banderitas de trapo donde creía que había de caer la bala. Luego se acercó a preguntarme:

—¿Tú crees que la distancia del blanco será suficiente o que la bala va a llegar más lejos?

Le expliqué que una bala tan grande no podía ser de largo alcance.

—Lo que has hecho es un cañón de demolición.

Él quedó satisfecho con esta definición. Lo que yo hubiera querido explicarle es que temía que «el Niño» se convirtiera en un engorro, pero de nada hubiera servido. Cargué, apunté y encendí el mechero. Periñón y los que nos habían acompañado fueron a pararse en un montículo «para ver el efecto». Cuando vieron que yo estaba a punto de meter la mecha en el plato se quitaron el sombrero.

Un momento después estuve en peligro de muerte. Yo sé que los cañones reculan y al «Niño» le tenía especial desconfianza, pero no imaginé que fuera a hacer lo que hizo. Casi se paró de manos, al caer perdió una rueda y luego se fue de lado. Podía haberme aplastado. De alcance no estaba tan mal como yo había creído: la bala fue a enterrarse a más de cien varas.

Periñón, don Lino, el carrero y yo pasamos lo que quedaba del día discutiendo.

—El cañón está bien —decía Periñón— lo que falló fue la cureña.

Yo les expliqué:

—En los cañones comunes y comentes, la boca, que es la parte que queda adelante del eje, pesa menos que la parte que queda atrás, también llamada culo. En «el Niño» ocurre al revés.

Por fin llegamos a esta conclusión: ni ellos habían sabido hacer el cañón ni yo sabía componerlo.

—Nos hace falta un libro —dije— en el que aparezcan muchos dibujos de cureñas para escoger alguna que nos convenga.

Entonces Periñón se acordó:

—La Enciclopedia.

Era lo que necesitábamos: un libro que reúne los conocimientos de la humanidad desde que comenzó hasta la fecha.

—¿Dónde hay una Enciclopedia? —pregunté.

—En Cuévano —dijo Periñón—. En la casa del intendente.

A la mañana siguiente nos pusimos en camino a Cuévano.

CUANDO QUIERO RECORDAR EL VIAJE A CUEVANO LA primera imagen que me viene a la mente es de almohadas blancas, grandes, blandas, de pluma. Son las que había en el cuarto en que Perión y yo nos quedamos en la casa del intendente. Almohadas blancas, camas anchas, colchas de seda, en las ventanas había cortinas, recortinas y contracortinas, en las puertas, marcos y contramarcos, y en un rincón del cuarto un cordón que me extrañó: bastaba jalarlo para que llegara un criado a llevarse las bacinicas.

Muchas comodidades había y todavía más amabilidades. Cuando llegamos, el intendente, que no nos esperaba, actuó como si le diera gusto vernos. Perión dijo que estábamos de paso, que nomás nos habíamos detenido a saludarlo, que íbamos derecho a la posada. Don Pablo no quiso ni dejarlo terminar. Casi se molestó. Hizo que nos quedáramos, en su casa, en aquel cuarto tan cómodo. Era lo que esperábamos que hiciera, pero de todas maneras se lo agradecemos.

Desde que Perión nos presentó, don Pablo me trató casi como a un hijo —el suyo propio, Pablito Berreteaga, estaba afortunadamente ausente, de viaje en Pedrones—, todos los días preguntaba a Perión qué era lo que yo había visto de Cuévano y qué era lo que me quedaba por ver.

—¿Ya vio Matías el tiro de la Reseca? —preguntaba, o bien decía—: Es fuerza que este muchacho vea lo que es una hacienda de beneficio. Llévalo a la de Otates. Voy a darte un papel firmado para que los dejen entrar.

De su familia recibimos las mismas muestras de afecto. Su hija Eloísa, en persona, nos preguntó que era lo que nos gustaba almorzar, dijimos que cecina y ella misma fue a ver que la asaran. La madre, doña Tere, dio la receta y vigiló en la cocina la hechura del dulce de almendras que sabía que le gustaba a Perión.

No hablamos de Enciclopedia. Dijimos que yo andaba en gira de reclutamiento y que Perión había decidido acompañarme a última hora. Esta mentira provocó otra amabilidad: don Pablo me dio un papel escrito en el que me autorizaba a reclutar todos los voluntarios que quisiera «en cualquier punto del Plan de Abajo». Ninguno recluté.

Si don Pablo y su familia me causaron tan buena impresión, la que me dio la ciudad de Cuévano fue, si es posible, mejor. Al verla desde lo alto, de un balcón de la sierra, sentí que era como una taza de porcelana fina puesta entre las montañas agrestes. Perión, a mi lado, señaló entre los cerros y dijo los nombres de siete minas famosas. Más tarde pasamos junto a una recua de mulas que apenas podían con su carga que, cosa rara, hacía poco bulto. Los reflejos que de repente salían entre los costales de la envoltura daban la explicación: eran barras de plata. Al entrar en la ciudad caminamos un rato entre los muros colorados de las haciendas de beneficio y fuimos a desembocar ante un caserón chato y plano como una fortaleza. Perión me la describió en verso:

—«De fuerte me ves la pinta  
»Un palacio tengo adentro  
»Troje me dice el cuento  
»Y me llaman La requinta».

Agregó que era el edificio más inútil que se había construido en Cuévano.

Antes de llegar a la casa del intendente, que estaba en una plaza, pasamos por una iglesia. La gente estaba saliendo de misa. Me detuve embobado a ver los que bajaban por la escalera: nunca vi tanto charol, tantos listones, tantas peinetas, tantas corbatas de seda.

Para festejar la estancia de Perión en Cuévano don Pablo dio una comida a la que asistieron varios señores que eran amigos de ambos. Todos españoles y gente «de sustancia».

No hablaron más que de plata. Uno se quejó de que la que salía de su mina no era tan abundante como antes, otro, en cambio, dijo que la que había visto en los últimos días era más que la que había visto el año anterior, otro había comprado una vajilla de plata, otro andaba buscando una veta, otro recordó que el conde de la Reseca había ofrecido públicamente empedrar las calles con barras de plata si llegaba a Cuévano el rey de España, otro me aconsejó visitar la casa de Moneda, todos se quejaron de los tributos reales.

La plata era tema de conversación en la mesa y en la ciudad se veían los efectos. Perión me llevó a ver casas notables y me explicó que cada vez que había bonanza el dueño de la mina mandaba hacer casa nueva, más grande que la anterior y que las de sus vecinos y que la llenaba de cosas que mandaba traer de España.

Entramos en una iglesia llena de retablos dorados que se había quedado a medias. La había mandado hacer un minero rico para agradecer a Dios la última bonanza, explicó Perión.

—No vayas a creer —agregó— que la dejó mocha porque se le acabara el dinero, sino porque ya no le gustó el estilo.

Salimos de la ciudad y fuimos a la Reseca. Llegamos a un pueblo triste, lleno de gente amarilla. Por en medio de la calle corría un arroyo pestilente.

A poco andar en el cerro se levantaba una construcción muy rara: era un patio redondo limitado por seis muros triangulares. Perión me explicó que aquellos triángulos dispuestos en círculo figuraban una corona condal en recuerdo de la que correspondía al dueño de la mina: el conde de la Reseca. En el centro del patio se abría la boca del tiro. El administrador era amigo de Perión y nos dejó bajar.

Nunca he pasado un rato tan malo: sudaba, casi no veía me costaba trabajo respirar, escurría agua del techo, en el piso había un lodazal, pero lo que más me inquietaba es que hubiera hombres que casi vivieran allí adentro. A la luz de los hachones los veía trabajar con el marro, con la barra o con el pico, luego iban y venían por las galerías llevando piedras en chundes. Eran flacos, tristes, amarillos y estaban casi desnudos.

—Como tú comprenderás —me dijo Periñón— nadie está aquí por su gusto.

Salimos a la intemperie apenas pudimos.

Después fuimos a Otates para que yo viera cómo se hacía «la torta» —es la mezcla que se hace del mineral con el cinabrio para separar la plata de las impurezas—. Se ponen los ingredientes molidos en el fondo de un tanque, se agrega el agua y luego se meten mulas a dar vueltas para que con las patas hagan la mezcla. Periñón me explicó que el cinabrio carcome los cascos de las mulas y los pies de los arrieros.

Esa noche, durante la cena, Periñón dijo que quería plantar ciruelos pero que ignoraba cómo cultivarlos. Cuando terminamos, don Pablo nos llevó a la biblioteca y sacó de un estante el tomo de la «C» de la Enciclopedia. Allí aparece, como es natural, todo lo que se sabe de ciruelas. Al hojear el libro encontramos el título que decía «CAÑONES: su fabricación».

—Este es el libro que me hace falta —dijo Periñón.

Habló de copiar lo referente a ciruelas pero don Pablo no estuvo de acuerdo.

—¡Qué copiar ni qué ojo de hacha! Te llevas el libro y en otra ocasión me lo das. Yo rara vez lo consulto.

Otra vez era lo que esperábamos pero se lo agradecemos.

En la última mañana que pasamos en Cuévano ocurrió un incidente importante. Estábamos en la mesa almorzando con la familia Berreteaga cuando entró un mozo a decirle a don Pablo que acababa de llegar un corre urgente de la ciudad de México. El intendente se levantó, se excusó y salió del comedor. Era un hombre alto, delgado, de brazos muy largos. Cuando lo vimos entrar un rato después tenía una expresión que lo hacía verse más alargado y más viejo.

—Una noticia muy mala —dijo desde la puerta—. En Bogotá se ha formado una Junta y han declarado la independencia de la Nueva Granada.

Las señoras gritaron. A Periñón y a mí la noticia nos cogió por sorpresa. Él decía que yo me puse colorado, yo a él lo vi desconcertado. Cuando nos repusimos fingimos estar, como los Berreteaga, consternados. Dijimos «qué barbaridad», «qué locura», *etc.*

Más tarde, a solas con Periñón, me di cuenta de que la noticia nos había causado diferente efecto: yo estaba contento porque era indicio de que otros hombres en otra parte pensaban igual que nosotros. Periñón, en cambio, estaba furioso:

—¡Se nos adelantaron! —decía.

Ese día, más tarde, cuando íbamos a caballo hacia la salida vimos que por la acera, caminando hacia nosotros, iba un militar chaparro, gordo y bigotón. Era el tambor mayor Alfaro. Pasó de largo, como si no nos conociera. A mí me extrañó esta actitud y me molestó.

—Hace bien —dijo Periñón—. Hay que actuar como si no tuviéramos nada que ver con él.

Yo pensé y todavía pienso que nos podía haber hecho una seña.

Ya en el camino volvimos a detenernos en el balcón de la sierra desde donde se

domina Cuévano.

—¿Qué piensas de esta ciudad desde el punto de vista militar? —me preguntó Perión.

Contestó algo que quizá afectó lo que iba a ocurrir después:

—Es indefendible —dije—. No tiene remedio. Es una ciudad que está a merced de quien la quiera ocupar.

(Perión no alcanzó a saber completa la historia del tambor mayor Alfaro, que fue revelada veinte años después.

No se sabe qué fue lo que lo impulsó a traicionarnos. El día once de septiembre, es decir, tres días después de que lo encontramos en la calle y pasó de largo, sin saludarnos, Alfaro habló con el coronel de su batallón y le dijo no exactamente lo que había ocurrido en Ajetreo pero algo parecido: que Perión, Ontanza y yo le habíamos ofrecido el grado de coronel si agitaba entre la tropa y lograba que no opusieran resistencia cuando atacáramos Cuévano. No dijo nada de los doscientos pesos. El coronel, alarmado, pidió una entrevista con el intendente durante la cual Alfaro repitió su testimonio. Todo parece indicar que don Pablo no hallaba qué hacer. Por una parte le ha de haber costado trabajo creer que Perión y yo, que acabábamos de estar en su casa y que pretendíamos ser sus amigos, estuviéramos al mismo tiempo planeando un levantamiento. Por otra parte, la noticia de Bogotá lo ha de haber tenido inquieto y sobre aviso. Lo que hizo a continuación es signo de indecisión y de gentileza: reunió al Cabildo y expuso ante sus miembros lo que Alfaro había dicho. Se levantó acta de la reunión en la que consta que las recomendaciones del Cabildo fueron muy claras: que aprehendieran inmediatamente a Perión y Ontanza y que mandara un mensaje al corregidor de Cañada para que hiciera lo mismo conmigo. Ya con los tres presos se haría la averiguación con calma para comprobar si era verdad o no lo que había dicho Alfaro. Al llegar a este punto, don Pablo Berreteaga nos hizo a Perión y a mí la última amabilidad. No siguió el consejo del Cabildo. En vez de enviar un destacamento, envió un correo. Una carta al delegado en Ajetreo y otra al delegado en Muérdago: pidiéndoles que hicieran una averiguación para ver si a su juicio era posible que Perión y Ontanza estuvieran mezclados en alguna conspiración. En lo que a mí respecta fue todavía más benigno: pasó por alto la sospecha y ni siquiera escribió a Cañada. Cuando supe esto más agradecimiento sentí hacia don Pablo y más pena me dio lo que ocurrió después.)



REGRESÉ A CAÑADA EL DÍA 13, UNA TARDE TRISTE, llena de nubarrones. Dejé la yegua en el mesón y me fui a mi casa. Lo primero que noté al entrar fue que los Aquino estaban otra vez viviendo en la corregiduría, porque el perrito estaba en el mirador y me ladraba, furioso. ¡A mí, que estaba en el patio de mi propia casa!

Después supe que el marqués de la Hedionda había llegado intempestivamente, con invitados —en dos coches tan grandes, me dijo Cecilia, que apenas podían dar la vuelta en la plaza—. Los Aquino tuvieron que hacer maletas a la carrera y desocupar la casa de La Loma. Cuando llegué no los vi, Habían salido a la calle, nomás estaba el perrito.

Anduve un rato abriendo puertas y viendo que no se hubieran caído los techos. Después, como no había nada qué comer y yo tenía hambre, fui a la hostería del Perdón. Como era deshora la taberna estaba desierta. Me senté en una mesa y mientras esperaba que me calentaran un plato de sobras pasó a mi lado el licenciado Manubrio, que se detuvo a decirme:

—El presbítero está en las últimas.

Salió después a la calle y se fue por los portales, como solía hacer a esas horas, rumbo a la alcaldía, a jugar una partida de ajedrez con Ochoa.

La noticia de Juanito no me alarmó. Pensé que sería otro soponcio. Era un hombre de un carácter tan bueno que parecía inmortal. Yo tenía la idea de que Juanito iba a vivir eternamente desmayándose a cada rato.

Cuando acabé de comer y salí a la plaza vi a los Aquino que estaban cruzando la calle, afuera de la iglesia. Fui a su encuentro.

—Acabamos de ver a Juanito —dijo Carmen, después de los abrazos—. Está fatal.

Ella parecía triste y estaba preocupada, cosa natural en quien ha visto un amigo querido enfermo de gravedad.

Diego estaba demudado, tartamudeaba, no hallaba para dónde jalar, Carmen me pidió que los acompañara a su casa y acepté. Nos sentamos en la sala y al poco rato Diego se trabó.

—Tiene el alma en un hilo —susurró Carmen mientras su marido estaba «ausente».

Cuando volvió en sí Diego se veía agotado. Dijo que iba a «reposar». Se despidió y se fue con el perrito. Carmen y yo nos quedamos solos.

—Juanito —me dijo Carmen— quiere renunciar a la Junta.

Me explicó que el enfermo los había hecho entrar en su recámara a solas para decirles que había recapacitado, que se había convencido de que la revolución que se avecinaba no iba a ser como Diego la había pintado, sino terrible, iba a causar gran mortandad. Se arrepentía de haber participado en la conjura y se sentía responsable de los desastres que iban a ocurrir. Yo no entendía bien el problema.

—Si Juanito se arrepiente de haber entrado en la conspiración —dije— y quiere renunciar a la Junta, déjenlo que renuncie.

Carmen aclaró:

—No es que Juanito nos vaya a hacer falta. Es que puede delirar delante de gente que no es de confianza. Hay otro peligro peor: si, como parece, le va a ser cargo de conciencia haber pertenecido a la conspiración, puede darle por confesar.

Dormí mal esa noche.

Pasé el día siguiente en el cuartel. Un rato largo lo dediqué a escribir el parte: había que decir quiénes eran los hombres que había reclutado, cuántos eran, cómo se llamaban, de dónde venían y en qué fecha habían ofrecido presentarse en el cuartel listos para incorporarse a filas. Muchas mentiras conté. El coronel Bermejillo quedó satisfecho de la manera en que yo había cumplido la misión y hasta me felicitó. Después pasé revista al personal de la batería, los hice enganchar los arzones y cargar y descargar las piezas. Corregí dos o tres malas mañas que mis soldados habían adquirido durante mi ausencia. Al medio día comí la bazofia que nos servían a los oficiales cuando por necesidad nos quedábamos a comer en el cuartel. Estaba terminando cuando entró en el comedor Adarviles, que fue a sentarse a mi lado.

—Dice Diego —me dijo muy serio cuando desdoblaba la servilleta— que al presbítero Concha le ha dado por renunciar a la Junta.

Cuando Carmen me había dado aquella noticia la noche anterior me pareció natural, pero cuando supe que Diego se la había dado a Adarviles me pareció una indiscreción si no imperdonable, cuando menos innecesaria.

—Yo creo, capitán —dije—, que esto que acaba usted de decir es algo que no conviene divulgar.

Él dijo que por supuesto, no pensaba andar contándolo, que me lo había dicho a mí porque éramos compañeros de armas. Lo dejé comiendo sopa con aire sombrío.

Cuando salí del cuartel de Las Arrepentidas decidí ir a visitar a Juanito. Antes de llegar a su casa comprendí que no se había mejorado: había tres ratas de sacristía susurrando en el atrio, una docena en los corredores del claustro, en el recibidor había un gentío, las monjas del Divino Verbo estaban rezando una oración especial para abogar por los enfermos, alguien había encendido un cirio pascual —mala señal, me explicaron después: se enciende para pedir a Dios que devuelva la salud al moribundo o bien que se lo lleve a la Gloria—. Vi a varios conocidos, pero ni a Diego ni a Carmen. Adarviles estaba parado en un rincón, con el ceño fruncido. Pregunté por Juanito.

—Lo está viendo el doctor —me dijo Cecilia.

Al poco rato se abrió la puerta del cuarto donde estaba el enfermo y salió don Benjamín Acevedo. Parecía sereno.

Cuando le pregunté cómo estaba Juanito creí que iba a contestarme «mejor». No fue así:

—Le puse una cataplasma pero no le sirvió de nada —me dijo.

Luego le hizo una seña al padre Pinole quien evidentemente la estaba esperando, porque se puso una estola y entró por la puerta que don Benjamín había dejado entornada.

—Ya se está confesando —dijeron las beatas entre susurros. Algunas lloraron.

No vi a qué horas se fue Adarviles, pero la siguiente vez que me acordé de él y lo busqué con la mirada ya no estaba en el recibidor. Esto ocurrió antes de que el padre Pinole volviera a entrar con el Viático en donde estaba Juanito. Poco después las monjas rezaron el Dies trae. Yo me quedé hasta que volvió a aparecer el padre Pinole y nos dijo:

—Ya se murió. Han de haber sido las ocho y media.

Crucé la plaza y fui a la corregiduría a avisarle a los Aquino.

—¿Por qué no nos avisaste que estaba tan malo? —me preguntó Carmen—. Sabías que es tan importante para nosotros.

Los dos parecían «sentidos». Como si por mi culpa hubieran perdido los últimos momentos de Juanito. Ellos habían estado en su casa en la tarde y habían salido con la impresión de que estaba «mejorcito» y que iba a pasar la noche.

—¿Confesó? —preguntó Diego.

—Confesó.

Diego se descompuso. Carmen fue a vestirse de luto para ir al velorio. El rato que siguió, mientras la esperábamos en la sala, fue bastante lúgubre. Diego se quejó de que varios habíamos fallado. Juanito, el primero, luego, Perión: si hubiera estado presente, Juanito se hubiera confesado con él y a esas horas ya sabríamos qué era lo que había dicho; en tercer lugar yo, por no haberles avisado a tiempo.

—Si a recriminaciones vamos —dije—, Adarviles no tenía por qué enterarse de lo que le dijiste.

—¿Qué le dije a Adarviles?

—Que Juanito quería renunciar a la Junta.

—Eso no tiene ninguna importancia —dijo Diego.

Al rato Carmen apareció hecha una Virgen de la Soledad, íbamos bajando la escalera cuando llamaron a la puerta.

Diego abrió. Era el padre Pinole.

—Buenas noches —dijo y se quitó el sombrero.

Traía una cara solemne y larga, del tamaño de la noticia que venía a dar. Los tres que estábamos en la casa tuvimos un susto.

—¿Pero para qué se molestó en venir, padre —dijo Carmen—, si ahorita íbamos para allá?

—Quisiera hablar con don Diego —dijo el padre.

Con esa frase nos dejó más trastornados que antes.

—Pásele, padre —dijo Diego.

Cuando acordé ya tenía el sombrero del padre Pinole en la mano. No sé por qué a Diego le dio por recibir al otro en su despacho, pero por más que se buscaba en las

bolsas no encontraba la llave. Carmen intervino:

—Lleva al padre a la sala, Diego.

Subimos los cuatro la escalera, Diego y el padre Pinole entraron en la sala y cerraron la puerta, Carmen y yo fuimos a sentarnos en las sillas del comedor. El rato que siguió me pareció eterno.

(El padre Pinole le dijo a Diego que Juanito había confesado haber pertenecido a una conspiración que tenía por fines levantarse en armas, tomar el poder, declarar la independencia de la Nueva España y gobernarla. El penitente había recapacitado y comprendido que el levantamiento iba a producir una revolución sangrienta de la cual era en parte responsable. Se arrepentía de haber pertenecido a la conspiración y le pedía perdón a Dios Nuestro Señor por los males que su acto pudiera acarrear. El padre Pinole le había dado la absolución. Juanito no había mencionado los nombres de los demás conjurados, pero el padre Pinole, que sabía cuáles eran las amistades del difunto, había deducido inmediatamente que la conspiración a la que éste había pertenecido no podía ser otra cosa que la tertulia de la casa del Reloj. Había ido a ver al corregidor para decirle que estaba enterado de la conspiración, pero que no tuviera pendiente, porque de boca de él, Pinole, no iba a salir palabra que la comprometiera.

La declaración del padre Pinole fue tan directa que Diego optó por no pretender ignorar la existencia de una conjura. Aceptó estar complicado en ella y agradeció al padre Pinole el silencio que le ofrecía.

Ya que terminaron de hablar y se levantaron de las sillas, el padre Pinole miró a su alrededor y comentó: «qué sala tan elegante, no había tenido oportunidad de estar en ella». Como es natural Diego le contestó que las puertas de la corregiduría estarían siempre abiertas para recibirlo. Ni uno ni otro sabían que aquella sería la primera y la última vez que el padre Pinole entraría en casa de los Aquino.)

Desde el comedor Carmen y yo oímos las voces de los que salían de la sala, bajaban la escalera y se despedían en el vestíbulo. Cuando oímos el golpe del portón de la calle al cerrarse, salimos al corredor. Al llegar al principio de la escalera vimos que Diego venía subiéndola de tres en tres peldaños. Parecía satisfecho.

—¡Estamos salvados! —dijo cuando llegó al corredor.

Relató la entrevista con el padre Pinole y la promesa que éste había hecho. Terminó diciendo:

—¡Pobre Juanito! Fue muy indiscreto. De milagro no nos causo ningún mal. Dios lo reciba en la Gloria.

Diego se había tranquilizado y yo también, pero Carmen fue de otra opinión.

—No entiendo por qué están contentos —dijo—. El secreto que hemos guardado con tanto cuidado está en boca del chismoso más grande que hay en Cañada.

Diego se defendió:

—Carmelita, acuérdate de que es un sacerdote y de que me dio su palabra de honor.

Carmen dijo que si el padre Pinole había violado el secreto de la penitencia

nomás por decirle a Diego «que no tuviera pendiente», podía violarlo cien veces nomás por contar un chisme.

Era un pensamiento inquietante pero Carmen tenía razón. Mejor dicho, parecía que la tenía. Por un momento pareció que Diego iba a volver a descomponerse pero afortunadamente se serenó. Entramos otra vez en la sala y estuvimos discutiendo lo que convenía hacer.

El consejo de Carmen era riguroso: había que actuar como si la conspiración hubiera sido descubierta o estuviera a punto de serlo: es decir, había que dar aviso a todos los conspiradores, ponerlos sobre alerta y precipitar el levantamiento.

Era un consejo propio de una mujer, quien, en caso de levantamiento, no tenía más que hacer que esperar los resultados. A mí en cambio, ninguna gracia me hacía subir al cerro del Tecolote a aquellas horas para bombardear el cuartel. Por esta razón apoyé a Diego que era de opinión de que había que actuar con prudencia.

—Es posible que Pinole vaya a contar el chisme, pero también es posible que no lo cuente. Conviene entonces hacer algo que se acomode a los dos casos.

Fue el plan más ambicioso que Diego hizo en su vida. Lo expuso así:

—Yo soy el corregidor. Viene Pinole a decirme que Juanito, antes de morir, dijo algo de estar mezclado en una conspiración. ¿Qué hago? Consulto con los notables. El primero, el alcalde, que es la autoridad más alta en Cañada después de un servidor. «Óyeme, Ochoa», le digo, «me llegó este chisme, ¿has oído tú algo de eso?» Que no. Allí se acaba la historia. Que sí, que ya oyó decir que hay una conspiración en Cañada. Muy bien. Vamos a investigar Yo dirijo la investigación y, por supuesto, no encuentro nada. Yo hago como que cumplo con mi deber, averiguamos si Pinole ha sido indiscreto y acabamos con cualquier sospecha que haya sobre nosotros.

Parecía tan buena idea que hasta Carmen la aceptó.

IGNORÁBAMOS ALGO QUE HABÍA COMENZADO DOS horas antes en el recibidor de la casa de los padres. Cuando Adarviles vio que el padre Pinole se ponía la estola y entraba en el cuarto donde estaba agonizando Juanito, comprendió que el moribundo iba a confesar de un momento a otro, supuso, gracias a lo que Diego le había dicho, que su participación en la Junta iba a figurar entre sus pecados y que en el momento en que el padre Pinole supiera que había una conspiración en Cañada, iba a denunciarla, Adarviles ha de haber creído que la Junta estaba perdida y decidió ponerse a salvo. Lo hizo de la manera más sencilla: denunciando la conspiración él mismo.

No esperó a que muriera Juanito. Salió de la casa de los padres, atravesó la calle y entró en la alcaldía. Interrumpió la partida de ajedrez que el alcalde Ochoa estaba jugando con el licenciado Manubrio. Los dos hombres oyeron la declaración de Adarviles. El licenciado hizo el acta con su puño y letra y dio fe al final, como escribano que era. Es un contrato: Adarviles denuncia *motu proprio* «una conjura que pone en peligro la seguridad del Reino», el alcalde Ochoa, a nombre de la Audiencia de la Nueva España, se compromete a excluir a Adarviles de cualquiera de los procesos que se deriven de la denuncia. Firman los tres.

Adarviles dijo casi todo lo que sabía. Omitió algunos datos por ignorancia: dijo, por ejemplo, que los papeles de la Junta estaban en un cofre, el cofre en la covacha y la covacha en la casa del Reloj, pero no que a la covacha se pudiera entrar también por la casa contigua; otros, por olvido: denunció a Ontananza pero no a Aldaco, al doctor Acevedo pero no al señor Mesa; por último trató de disminuir la importancia de su participación: dijo que Borunda iba a poner sobre las armas a doscientos hombres, pero no que la mitad del batallón de Cañada estuviera envuelto en la conspiración. Hecha la denuncia, Adarviles fue a su casa, hizo que su esposa se vistiera de luto y ambos fueron al velorio de Juanito.

El alcalde Ochoa y el licenciado Manubrio se quedaron en la alcaldía. No se sabe lo que pensaron ni lo que dijeron, pero sí lo que no hicieron. No mandaron un despacho urgente a la ciudad de México dando aviso a la Audiencia de lo que acababan de descubrir, no se comunicaron con el juez Cedrón, que era el único en Cañada que hubiera podido dar una orden de aprehensión en contra del corregidor, no advirtieron al coronel Bermejillo que uno de sus oficiales acababa de declarar que estaba complicado en una conjura, no alertaron a los alguaciles, que era un cuerpo con el que hubieran podido contar, porque dependía directamente del alcalde. Se quedaron en la alcaldía, probablemente discutiendo, indecisos, sin hallar qué hacer.

Daban el cuarto para las once en el reloj de Borunda cuando los Aquino y yo íbamos atravesando la plaza. En la esquina nos separamos. Diego se dirigió a la alcaldía, yo acompañé a Carmen a la casa de los padres —ella había decidido asistir al velorio para guardar las apariencias— en donde estuve un rato y luego me fui a la

mía.

Es posible que la llegada de Diego haya desconcertado a los otros dos y más aún lo que les dijo:

—Ha llegado hasta mis oídos un rumor al que no me atrevo a dar crédito. Vine a consultar con ustedes para ver qué me aconsejan hacer.

Acababa de cometer su gran error de aquella noche, que consistió en permitir que el licenciado Manubrio se quedara a oír su conversación con Ochoa. Dice que no insistió en hablar con el alcalde a solas «para no dar a la entrevista una solemnidad que no convenía que tuviera».

Expuso la situación así:

—Me han dicho que Juanito, yo no lo creo, pudo haber sido miembro de una organización secreta. Quiero que me digan si han oído hablar de este asunto.

Como si se hubieran puesto de acuerdo el alcalde Ochoa y el licenciado Manubrio contestaron que no.

—Ya me lo imaginaba —dijo Diego—. Con esto me basta. Si ustedes no están enterados lo más seguro es que se trate de un chisme sin fundamento.

Los otros no estaban enterados pero sí interesados. Quisieron saber qué clase de organización secreta era a la que podía haber pertenecido el difunto y quién le había dado la noticia a Diego. Este contestó con evasivas: no podía precisar de qué clase de organización se trataba ni quería dar el nombre de quien le había dado la noticia puesto que tenía visos de ser falsa. En ese punto el licenciado tomó las riendas de la discusión. Dijo:

—Decir que alguien es miembro de una organización secreta, cualquiera que sea, es una acusación muy seria.

—¡Claro que es muy seria! —Dijo Diego—. Por eso vine a consultar con ustedes.

—Ya que nos hizo el favor de pedirnos nuestro parecer, no dejemos el asunto en el aire. Vamos a reflexionar —propuso Manubrio.

Reflexionaron. Si Juanito pertenecía —había pertenecido— a una organización secreta, ¿quiénes podrían ser los otros miembros? Llegaron a la conclusión de que algunos de entre ellos, cuando menos, tenían que vivir en Cañada, puesto que Juanito rara vez había salido de viaje. De los habitantes de Cañada, siguió el razonamiento, los más cercanos a Juanito habían sido Diego y Carmen. El licenciado Manubrio propuso que ambos quedaran por encima de toda sospecha, el alcalde estuvo de acuerdo y Diego quedó agradecido.

—¿Era el difunto socio de la tertulia de la casa del Reloj? —preguntó el licenciado.

—Sí, pero yo también lo soy —dijo Diego—. Es la cosa más inocente del mundo.

Explicó las actividades: se ensayaban comedias, se hacían juegos de prendas, tardeadas, días de campo. El licenciado quiso saber cuál era el procedimiento de ingreso. Diego, a quien yo no le había dicho que el licenciado había querido ingresar en la tertulia, no vio la trampa y dijo:

—Muy sencillo. Se invita a alguien y ya.

—¿No hay un comité que veta a los aspirantes a socios?

Diego dijo que no. La siguiente pregunta fue si el obispo Begonia pertenecía a la tertulia. Diego volvió a negar. El licenciado Manubrio cerró la jaula:

—¿Cómo es entonces que yo quise ingresar en la tertulia, Matías Chandón me recomendó y el obispo Begonia me vetó?

Diego se destanteó. Ha de haber sido un titubeo momentáneo, pero bastó para que el licenciado concluyera el punto: o yo, Matías Chandón, era un mentiroso, o bien, había dos tertulias, una, a la que pertenecía el corregidor, otra, que funcionaba en el momento en que éste volvía la espalda. Esta segunda tertulia podría ser la organización secreta a la que, según el rumor, había pertenecido Juanito. Había otros signos sospechosos. ¿Por qué, por ejemplo, cuando había reuniones, cerraban la puerta de la casa del Reloj?

Esta era una pregunta difícil. A ninguno de los que estábamos en la Junta se nos había ocurrido buscarle una respuesta inocente: las puertas se cerraban porque las reuniones eran secretas. Diego, por supuesto, no supo qué contestar y el alcalde Ochoa tomó la palabra:

—Sin poner en duda su inocencia, don Diego, sin que nos pase por la cabeza que usted esté complicado en este asunto, yo creo que lo indicado es que vayamos los tres a ver al señor Borunda y platicar con él para que nos aclare estos puntos.

Diego no podía retroceder puesto que había llegado a la alcaldía pretendiendo tener ganas de empezar una investigación. Trató, sin embargo, de evitar hacer una pesquisa en la casa del Reloj. Si de «platicar» con Borunda se trataba, ¿por qué no mandarle recado pidiéndole que fuera a la alcaldía? El licenciado Manubrio se opuso. Dijo que no era correcto pedirle a un hombre decente, sobre quien pesaba una sospecha muy vaga, que saliera en la noche y fuera a la alcaldía para ser interrogado. Era mejor ir a su casa y hablar con él. Diego veía el peligro remoto. Aceptó ir a la casa del Reloj.

El alcalde propuso pedir al coronel Bermejillo un destacamento. Diego se opuso.

—Emiliano es mi amigo. No puedo llegar con soldados a tocar a su puerta.

Borunda era su amigo, pero estaba bajo sospecha. Si a Diego se le hacía cuesta arriba llegar a la casa de Borunda, dijo el licenciado, ellos dos podían hacerlo en su nombre. Diego decidió ir a casa de Borunda y aceptó el destacamento, a condición de «que los soldados se quedaran en la esquina y no entraran en la casa más que si él, personalmente, los llamaba». Los otros aceptaron la condición. Diego escribió el recado al coronel Bermejillo pidiéndole que enviara a la alcaldía un destacamento para protegerlo «durante una averiguación». El alcalde Ochoa hizo que un criado suyo llevara el recado al cuartel.

Yo acababa de llegar a mi casa cuando llamó a la puerta el soldado que llevaba la orden escrita del coronel Bermejillo:

«Acuda con presteza a este cuartel para recibir instrucciones sobre una misión



que debe cumplir esta noche.

»Bermejillo».

Yo ignoraba lo que quería decir aquella orden, pero comprendí que no era buena noticia.

Encontré al coronel en pantuflas. Se había puesto la guerrera encima del camisón.

—Perdóneme, teniente —me dijo al verme—. Yo podía haber mandado al oficial que está de guardia, pero el corregidor me ha enviado una nota en la que pide expresamente que sea usted quien comande el destacamento que necesita.

Al oír esto me tranquilicé: si era Diego quien pedía el destacamento, era señal de que había dominado la situación.

No había tiempo de ir a despertar a los indios de Paso de Cabras. Armé a doce soldados que estaban en el cuartel y cruzamos la ciudad sin hacer mucho ruido. No me imaginaba que aquel era el principio de la acción militar más vergonzosa en que he participado.

Me quedé en el vestíbulo de la alcaldía y un mozo fue a anunciarme. Diego fue el primero en salir y fingió sorpresa al verme.

—¡Don Matías, qué milagro, yo lo hacía de viaje!

Comprendí que quería que no dijera que él me había pedido expresamente.

—Estoy a sus órdenes, señor corregidor —dije.

La expresión de los otros dos al verme fue de alarma. Era evidente que hubieran preferido ver a cualquier otro en mi lugar. Su desagrado no concordaba con las relaciones que yo había tenido con ellos, que habían sido cordiales. Pero duró un momento. El licenciado Manubrio fue el primero que se dominó y fue a darme la mano, dizque muy amable.

Diego, que pretendía estar muy tranquilo, me explicó en qué consistía «la operación»: yo debería pararme en la esquina con mis hombres y esperar sus órdenes.

—Lo único que le pido, teniente —terminó diciendo—, es que no haga mucho ruido, para no alarmar a la población.

Antes de salir a la calle el licenciado y Ochoa nos dejaron a solas un rato. Yo aproveché para preguntarle a Diego:

—¿Qué hago?

—Nada —me contestó—. Todo está en orden.

Creía que iba a ser cosa nomás de llevar a los otros a dar una vuelta por la casa del Reloj y despedirse después de no haber encontrado nada. Al llegar a la esquina habíamos perdido la última oportunidad de salvar la conspiración.

Por orden de Diego formé la tropa de manera que no la viera quien abriera el portón de la casa del Reloj. Entonces el licenciado Manubrio sugirió:

—¿No sería conveniente, don Diego, que el teniente apostara unos hombres en la calle de La Hondonada para tener rodeada la casa?

Diego se defendió. Lo que estábamos haciendo era pura formalidad. Nadie iba a tratar de escapar de la casa de Borunda.

—Es que si tenemos los medios para tomar precauciones —dijo el licenciado—, no hay por qué no tomarlas.

Diego concedió que el otro tenía razón.

—Teniente —me ordenó—, haga que unos soldados vayan a la calle de La Hondonada.

Formé un piquete de cuatro y me preparaba a apostarlo en la calle de La Hondonada cuando al licenciado Manubrio se le ocurrió otra cosa.

—Conviene decirles que si ven que alguien brinca una barda o hace algún movimiento sospechoso, lo detengan.

Otra vez Diego dio su brazo a torcer.

—Teniente —me dijo—, que si alguien brinca una barda, *etc.*

Llevé el piquete a la calle de La Hondonada y les dije:

—No hagan nada sin que yo lo ordene.

Cuando regresé a la esquina de la plaza ya alguien había abierto la puerta de la casa del Reloj y Diego estaba diciendo:

—Dile a don Emiliano que soy yo.

Y entraron.

Hasta ese momento teníamos la ventaja —o, mejor dicho, creíamos que la teníamos—. Yo estaba a las órdenes de Diego, los soldados, a las mías, sabíamos lo que queríamos y dónde estaba guardado lo que el enemigo —el alcalde y el licenciado— no debería encontrar. Nuestra gran debilidad estaba en ignorar que el enemigo sabía dónde había de buscar.

Pasó un rato. Unas mujeres salieron de la casa de los padres y empezaron a cruzar la plaza. Al verme se detuvieron, una se separó de las otras y fue hacia donde yo estaba. Era Carmen.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

Le expliqué la situación. O, mejor dicho, le dije lo que sabía. Le pareció mucho peor que a mí.

—Esto no tiene remedio —dijo, y me pidió—: ven a la casa después.

Carmen se fue, pasó otro rato, se abrió la puerta de la casa del Reloj, salió el criado del señor Borunda y fue a la esquina a decirme:

—Dice don Diego que vaya usted con dos soldados.

Obedecí. Al entrar en el patio iba yo hacia la escalera cuando el criado me dijo:

—Es por acá. Los señores están en la caballeriza.

Mientras atravesábamos los tres patios de la casa de Borunda el corazón me estaba reventando en el pecho. Diego ha decidido apresar a Ochoa y a Manubrio, pensé.

No estaban en la caballeriza, sino en el cuarto por donde se entraba a la covacha. Borunda estaba en bata y tenía una linterna en la mano. Estaba demudado. El licenciado parecía divertido. También tenía una linterna. Ochoa parecía aburrido, Diego seguía pretendiendo estar muy tranquilo.

—Teniente, hágame favor de ordenar —me dijo— que los soldados muevan esta armazón a un lado.

¡Era la que ocultaba la entrada de la covacha! Miré a Diego, esperando un signo, pero no había nada en su cara.

Repitió la orden, sí que muevan la armazón a un lado. Me volví a los soldados y dije:

—Muevan la armazón a un lado.

Los soldados movieron la armazón y quedó descubierta la entrada. El licenciado Manubrio pareció gratamente sorprendido.

—¡Ah, otro cuarto! Usted no nos había dicho que había otro cuarto, don Emiliano.

Don Emiliano había enmudecido. El licenciado Manubrio entró en la covacha con la linterna en la mano y lo siguió Ochoa.

—¿Qué hacemos? ¿Los matamos? —pregunté a Diego en voz baja.

Diego me hizo seña de no hacer nada y entró detrás de los otros dos. Borunda los siguió. Lo vi tan anonadado que le quité la linterna y la puse en el suelo. Entré en la covacha seguido de los soldados.

—¡Cuántas cosas tienen aquí! —dijo el licenciado Manubrio. Anduvo por la covacha tentaleando, una lanza, un machete.

Nomás el tiempo que necesitó para orientarse. Apenas lo vio, se fue derecho al armario. Estaba cerrado.

—¿Qué no nos hará el señor Borunda el favor de prestarnos la llave de este armario? —preguntó el licenciado a Diego.

—¿No tiene usted la llave del armario, don Emiliano? —preguntó Diego.

—No, señor, no la tengo —dijo Borunda.

—¿No podrán los soldados forzar la puerta? —preguntó el licenciado.

Diego se volvió a mí y dijo:

—Que forcen la puerta, teniente.

Parecía más tranquilo que nunca.

—Forcen la puerta —ordené a los soldados.

Metieron las bayonetas en el resquicio, y apalancándose con ellas hicieron saltar el cerrojo. La puerta se abrió y quedó descubierto el cofre.

—¡Un cofre! —dijo el licenciado—. Vamos a ver qué hay adentro.

—Sí. Vamos a ver qué hay adentro —dijo Diego, y volviéndose a mí, ordenó—: teniente, saque el cofre del armario.

Fui al armario y saqué el cofre. El licenciado estaba estirando las manos cuando Diego ordenó:

—Entrégueme el cofre a mí, teniente.

Fui a donde estaba Diego y le entregué el cofre. Él se volvió a Ochoa y al licenciado Manubrio y les dijo:

—Voy a llevarlo a mi casa para estudiar con calma lo que hay adentro. Si

encuentro algo de interés, mañana se los diré, muy buenas noches, señores.  
Dicho esto, se fue.

PARECÍA QUE HABÍAMOS GANADO: DIEGO TENÍA LOS papeles, yo tenía la casa del Reloj. El alcalde y el licenciado se retiraron apenas pudieron. Iban derrotados. Han de haber tenido miedo de lo que yo pudiera hacerles.

Tenía medios para apresarlos —debí haberlos fusilado—, pero los dejé ir. Me pareció que dadas las circunstancias lo indicado era guardar las apariencias y actuar como si fuéramos a respetar la ley.

Borunda estaba furioso. Sentía que Diego lo había sacrificado. Yo trataba de hacerle ver que nada se había perdido todavía, cuando llegó a la caballeriza uno de mis hombres para decirme que había llegado el mayor Trujano y que quería hablar conmigo.

Recorrí la casa tratando de adivinar qué podría significar aquello. Cuando llegué al patio principal vi un pelotón formado cerca de la entrada. El mayor Trujano había apoyado una nalga en el pretil de la fuente. Al verlo tan descuidado, pensé, «no va a arrestarme». Al verme, Trujano se irguió, sonrió y me tendió la mano.

—Vengo a relevarlo, teniente —me dijo.

Me entregó un papel doblado, dirigido a mí. Era una de las órdenes que escribía el coronel Bermejillo. La leí a la luz de un farol contra el que se estrellaban los pinacates. Que rindiera parte y entregara el mando, me pedía el coronel, «porque así convenía al mejor éxito de la operación». Vi la orden, vi al mayor, vi al pelotón en la entrada.

Comprendí que no me quedaba más que obedecer.

(Más tarde se reveló que antes de salir de la alcaldía, Ochoa había mandado un segundo mensaje al cuartel, pidiéndole al coronel refuerzos, y que me relevara del mando, «porque era sospechoso de estar implicado en el delito que se trataba de investigar».)

Al salir de la casa del Reloj me di cuenta de que Trujano había llegado con media compañía de fusileros, pero no había rodeado la manzana entera, sino que los había apostado de tal manera que cubrieran nomás la casa de Borunda y la del señor Mesa. Quedaba libre el otro costado de la manzana, donde estaban la corregiduría y mi casa.

Fui a la casa que me había prestado el difunto, donde vivían mis artilleros, los indios de Paso de Cabras. No encontré más que puertas cerradas, perros ladrando y mujeres dormidas. Cuando por fin una de ellas despertó me dijo que «unos oficiales se habían llevado a los hombres al cuartel». Regresé corriendo a la plaza y toque en la corregiduría.

Un criado me abrió la puerta y dijo que iba a avisar mi llegada, pero no era tiempo de cortesías. Subí la escalera a saltos, en el corredor oí voces airadas de alguien que estaba en la sala, abrí la puerta.

Carmen y Diego estaban parados en la mitad de la habitación teniendo un pleito. Cuando me vieron entrar se callaron. En la mesa estaba el cofre abierto, en un platón

había papeles quemados. Diego, trémulo, señaló a Carmen con el dedo y me dijo:

—Esta señora se ha proclamado a sí misma jefa de la insurrección.

Al oír esto Carmen se transformó. Dejó de estar furiosa y pareció darse por vencida. Casi sollozó, se dejó caer en una silla y se quedó mirando el tapete mientras su marido me explicaba:

—El riesgo que corrimos y los trabajos que pasamos tú y yo, Matías, han sido en vano. A esta señora se le ocurrió, sin esperar a que yo regresara ni consultar con nadie, dar órdenes a todos los de la Junta que tienen mando de hombres aquí en Cañada, que adelanten el cordonazo y se levanten en armas esta misma noche.

Después de hablar conmigo en la plaza, Carmen había quedado convencida de que la conspiración estaba a punto de ser descubierta, y había escrito y enviado mensajes a Adarviles, al señor Mesa y a mí, pidiéndonos ejecutar de inmediato los planes que habíamos preparado para el día cuatro de octubre. Más tarde Diego había regresado triunfal, con el cofre en la mano, y ella había tardado un rato en atreverse a confesar lo que había hecho.

—Es que creí que todo estaba perdido —dijo Carmen, contrita.

Diego iba a volver a regañarla cuando yo hablé por primera vez:

—Es que Carmen tiene razón. Casi todo está perdido.

Los puse al tanto de mis dos desastres: había perdido la casa del Reloj con todo lo que había en la covacha y había perdido la batería.

Diego se descompuso. Se sintió tan mal que tuvo que sentarse. Carmen, en cambio, se levantó.

—Matías —me dijo—, por favor, avisa a Ontananza y a Periñón.

Otra vez tenía razón. Yo, sin tropa ni cañones, nada tenía que hacer en Cañada, en cambio, podía tratar de salvar lo que quedaba de la Junta en el Plan de Abajo.

Dejamos a Diego en la sala, sentado en la silla, parecía que había vuelto a trabarse. Carmen y yo fuimos al mirador que daba al patio de mi casa. Allí nos despedimos.

Aquí me gustaría decir que nuestra despedida fue muy triste: que yo le dije a Carmen que la quería y que ella me dijo que me quería, que nos separamos aquella noche pero que nuestro amor se conservó intacto para siempre. No fue así. Ella había sabido desde antes que yo la quería pero yo nunca llegué a saber si ella me quiso. La siguiente vez que nos vimos nuestros sentimientos habían cambiado. No dijimos nada importante porque teníamos demasiados pendientes. Yo estaba pensando cómo brincar a mi casa, deseando que al salir a la calle no me viera la tropa, tratando de adivinar el camino más seguro para llegar al mesón donde guardaba la yegua, ella tenía al marido trabado, sabía que la conspiración estaba en peligro... La besé por tercera vez en la palma de la mano, brinqué, atravesé el patio y me detuve antes de llegar a la puerta. Alcancé a ver a Carmen entre las ramas del aguacate.

—Dios te ayude —oí que decía.

Salí a la calle.

(De los tres recados que Carmen escribió aquella noche, el que iba dirigido a mí se quedó debajo de mi puerta, donde el criado lo había puesto al llamar y no encontrarme, el segundo no fue entregado, porque el mismo criado no se atrevió a acercarse a la casa del señor Mesa cuando vio que había soldados apostados en la esquina. En cambio, llegó sin contratiempo a la casa de Adarviles y encontró al dueño despierto, porque acababa de regresar del velorio.

Fue el único de los tres mensajes que llegó a su destino y fue leído.)

Es posible imaginar el disgusto que causó. Adarviles ha de haber comprendido que estaba en un serio dilema. Si se levantaba en armas como ordenaba el recado se hacía partícipe en una conspiración que él mismo había condenado al fracaso con su denuncia. Pero no levantarse era poner en evidencia su traición, cosa que Adarviles ha de haber temido hacer por las consecuencias que pudieran resultarle si, por ventolera de la fortuna, la conspiración llegaba a triunfar. Optó por un camino ambiguo que no sé si me inspira horror o me llena de admiración. Fue así: Adarviles sale de su casa y va primero a la alcaldía, en donde encuentra a Ochoa y a Manubrio. Entre los tres traman la operación que sigue.

Segundo paso. Adarviles sale de la alcaldía solo, llevando en el bolsillo —esto es muy importante— el recado que Carmen le ha enviado, atraviesa la plaza y llama en la puerta de la corregiduría. El criado que le abre lo hace pasar a donde están los señores.

Diego y Carmen están en la sala. Han destruido los documentos de la Junta y están poniendo en su lugar, en el cofre, papeles inofensivos que hubieran podido ser mostrados sin perjuicio de nadie al alcalde Ochoa al día siguiente.

Al ver entrar a Adarviles cada uno de los Aquino se regocija por razones diferentes.

Adarviles (cerrando la puerta): He recibido un mensaje de doña Carmen en el que me pide que me levante en armas esta misma noche. No entiendo de qué se trata y no sé qué hacer.

DIEGO: Me alegro de que haya venido a consultarme antes de tomar alguna determinación. No haga caso de ese recado. No haga nada. Se han apoderado de la covacha pero no tienen pruebas de nada, porque ya las destruí yo.

Todo está casi en orden.

CARMEN (con fuego): Al contrario, todo está en peligro. Óigame a mí, capitán, yo le suplico: levántese en armas, haga prisionero al alcalde, apodérese del cuartel, apueste tiradores en la torre de San Francisco. Adarviles (pretende estar desconcertado): Doña Carmen, tiene usted mi admiración, don Diego, mis respetos, pero ahora menos entiendo lo que pasa y menos sé lo que hay que hacer.

DIEGO: No le haga caso a mi esposa.

CARMEN: No le haga caso a mi marido.

Esta discusión circular dura un rato. Es interrumpida por unos golpes discretos en la puerta. Diego entreabre. Es el criado.

CRIADO (anuncia): Señor, el alcalde Ochoa y el licenciado Manubrio están en el vestíbulo y quieren hablar con usted. (No dice que hay seis alguaciles en el portal, porque no los ha visto.)

DIEGO (ante algo inevitable): Que pasen. (Cierra la puerta y se vuelve a los otros lleno de aprehensión.) Lo que ocurre en los siguientes minutos es inexplicable: los tres que están en la sala deciden, por una razón oscura, que los dos que están a punto de entrar no deben ver a Adarviles. Este se esconde detrás de la cortina de una ventana.

Ni Carmen ni Diego notan que las botas asoman debajo de los flecos.

Entran Ochoa y Manubrio, de capa y sin sombrero.

OCHOA: Perdón por venir a molestarlos a estas horas. Ha llegado a mis oídos la noticia de que el capitán Adarviles es cómplice de la conspiración y está por levantarse en armas. Hemos venido a alertarlos.

El diálogo que sigue hay que imaginarlo. Carmen y Diego diciendo: ¿El capitán Adarviles complicado en una conspiración? ¡No es posible! No lo creemos, ha de ser una noticia falsa, hace tanto que no lo vemos, *etc.* Esto dura hasta que el licenciado Manubrio, que ha estado dando pasos sin rumbo, se detiene cerca de la ventana y se queda mirando al piso.

MANUBRIO: ¿Y estas botas de quién son?

CARMEN y DIEGO: ¿Cuáles botas?

(Ochoa y Manubrio sacan pistolas que traen bajo las capas. Pretendiendo protegerlos, arrinconan a los Aquino, cortándoles el camino a la puerta y a las ventanas.)

MANUBRIO (apuntando): El que está detrás de la cortina que salga de allí.

(Aparece Adarviles con las manos en alto. Ochoa va a la ventana y la abre.)

OCHOA (hacia afuera): Alguaciles, a mí.

Diego pretende no comprender cómo pudo el capitán Adarviles llegar a estar escondido detrás de la cortina de su sala. Carmen está desesperada. Entran dos alguaciles.

OCHOA (a Adarviles): Capitán, su espada.

Adarviles entrega su espada.

OCHOA (a los alguaciles): Regístrenlo, por si tiene otras armas.

Los alguaciles registran a Adarviles y encuentran entre sus ropas un papel doblado que ponen sobre la mesa.

MANUBRIO (con interés): ¡Un papel doblado! (Lo abre lleno de curiosidad y lee.)

OCHOA: ¿Qué dice?

MANUBRIO (pretendiendo apenas poder dar crédito a sus ojos): Es una carta de doña Carmen, pidiéndole al capitán Adarviles que se levante en armas esta noche «y ejecute las operaciones que la Junta había dispuesto para el cuatro de octubre».

Ochoa y Manubrio miran a los Aquino llenos de reproche.



OCHOA (a Diego): ¿Tiene usted algo que decir en defensa de la señora, don Diego?

Diego (con la mirada baja): Ella no tiene nada que ver. Yo soy culpable de todo.

OCHOA (a Diego): Don Diego Aquino: a nombre del Cabildo de esta ciudad, lo depongo de sus funciones y lo hago prisionero.

Cae lento el telón.

EL EPISODIO QUE SIGUE ES TAN CONOCIDO QUE NO vale la pena contarlo. Voy a referirme a él brevemente nomás para no perder el hilo del relato y precisar algunos puntos que la leyenda ha borroneado. Es el que empieza con mi cabalgada nocturna y termina con Periñón en la iglesia dando lo que ahora se llama el «Grito de Ajetreo».

Dicen que yo tenía tanta prisa por avisar a mis compañeros que la Junta de Cañada había sido descubierta, que reventé cinco caballos aquella noche. Que me detuve en Muérdago nomás el tiempo que necesité para dar el mensaje y dejar que Ontananza y Aldaco montaran, desenvainaran espadas y gritaran «¡a las armas!». Luego viene «el abrazo». Un pintor que quiso evocar mi llegada a Ajetreo, me representó sacando el pie de debajo de un caballo muerto, al fondo se ve la iglesia, Periñón está en el atrio y va corriendo hacia mí con los brazos abiertos. Dicen que apenas di la noticia Periñón hizo tocar a rebato, que llegaron los fieles corriendo y que cuando se llenó la iglesia, Periñón subió al púlpito y gritó:

—¡Viva México! ¡Viva la independencia! ¡Vamos a matar españoles!

Que la gente le hizo coro, que él sacó una espada, que salió de la iglesia y que todos lo seguimos.

Es una visión inexacta. Si yo hubiera reventado cinco caballos hubiera llegado antes, o bien mucho después, porque no es camino en el que se pueda cambiar de montura con facilidad. Fui al paso que daba mi yegua. Era noche de luna y yo estaba lleno de miedos. A veces arrendaba para escuchar, creyendo oír galopes lejanos, a veces me espantaban las formas de los huizaches, el peor susto me lo dieron unos que iban por el camino buscando un becerro perdido. Miedos vanos, nadie me persiguió aquella noche. Llegué a Muérdago clareando, y desayuné con la familia Aldaco.

Siguen las horas perdidas que pasamos discutiendo. Ontananza aconsejaba cautela: dejar pasar el tiempo y esperar más noticias.

Aldaco y yo tratábamos de hacerle ver que no teníamos más que dos caminos: el de levantarnos en armas ese día y el de San Juan de Ulúa. Por fin lo convencimos. Cuando me puse en camino otra vez ya estábamos de acuerdo: yo iría a Ajetreo, ellos me seguirían al día siguiente con sus escuadrones, nuestro primer objetivo militar iba a ser la ciudad de Cuévano.

A mi llegada a Ajetreo no hubo abrazo, porque Periñón no estaba. Había ido a visitar amigos que vivían fuera del pueblo. Sus sobrinas me dieron de cenar mientras Cleto fue a buscarlo. Periñón regresó pasadas las nueve y media.

Pero apenas supo lo que había ocurrido en Cañada no titubeó.

Llamó a su gente en secreto y la armó. A la cabeza de ellos fuimos a buscar, primero al delegado Patino y después a los cuatro españoles que vivían en el pueblo.

—Dense presos en nombre de la independencia —les dijo Periñón.

No hallábamos dónde encerrarlos. Por fin se nos ocurrió llevarlos a la cárcel.

Hubo que soltar a los presos.

Entonces oí a Periñón decir su primer discurso revolucionario:

—Libertad os doy —dijo a los presos— porque habéis sido víctimas de un gobierno injusto.

—¡Viva el señor cura Periñón! —gritaron los presos.

Lo siguieron lealmente en su aventura. Todos murieron.

Cuando la campana tocó a rebato ya el peligro había pasado: los españoles estaban presos, los alguaciles desarmados, la ciudad en nuestras manos.

Periñón descolgó la imagen de la Virgen Prieta que estaba en el cuadrante, arrancó tres palos del bastidor y amarró el cuadro a una lanza, convirtiéndola en estandarte.

—Esta será nuestra bandera —dijo— y con ella venceremos. Cuando la iglesia se llenó, salió al presbiterio y gritó:

—¡Viva México! ¡Viva la independencia! ¡Viva la Virgen Prieta!

El pueblo le contestó:

—¡Viva el señor cura Periñón!

Ni él gritó «¡vamos a matar españoles!» ni matamos a ninguno aquella noche. Periñón abrió una barrica del vino que él mismo hacía y nos dio a probar. Estaba agrio. Después dispuso guardias y nos fuimos a dormir.

PERIÑÓN DESPERTÓ ANTES DEL ALBA, ENTRO EN MI cuarto y me dijo:

—Ya empezaron a llegar.

Fue a asomarse en la ventana y me hizo seña de que me acercara.

En la luz gris del amanecer vi que en la plaza había muchos hombres. Unos estaban dormidos, en el suelo, envueltos en sus cobijas, otros estaban en grupos, en cuclillas, tomando las hojas de naranjo que unas mujeres habían ido a venderles.

—Es fuerza —me dijo Periñón— que hagas de esta gente un ejército. Enséñales lo que tú sabes.

Antes de salir de la casa Periñón hizo algo que me extrañó pero cuya importancia no podía yo comprender entonces —fue el primer indicio del cambio que había ocurrido en su carácter a consecuencia del Grito—: para ir a la plaza, que estaba a cincuenta pasos, hizo que Cleto le ensillara su caballo blanco.

Cabalgó como la primera vez que lo vi: al paso, sin sombrero, dejando colgar el brazo en cuya mano llevaba la vara para espantar perros. Arrendó en el centro de la plaza y esperó a que los que estaban dormidos despertaran, a que los que estaban bebiendo hojas dejaran los jarros, a que todos lo rodearan. Cuando el rumor se apagó, Periñón preguntó:

—¿Qué es lo que buscan aquí?

Pasó un rato antes de que un indio serrano contestara por todos:

—Queremos que nos lleves a donde vayas.

—¿Ya dónde creen que voy?

—A donde quieras.

Periñón hizo caracolear su caballo antes de decir, con mucha solemnidad:

—Con estas palabras que oyen, quedan admitidos como soldados del Ejército Libertador.

Los que estaban en la plaza gritaron:

—¡Viva el señor cura Periñón!

Apenas los recibió en el «ejército», se los pasó a Cleto para que hiciera una lista con sus nombres y luego a mí, para que les diera instrucción.

Convertí la plaza en campo de maniobras y enseñé a los hombres a alinearse, a ponerse en posición de firmes, a dar el flanco derecho y a obedecer la orden «de frente, marchen». El primer día eran cien, el segundo, trescientos, el tercero casi llegaban a mil. Tuve que nombrar cabos para delegar funciones. Periñón no descansaba, pasaba el día yendo de un rancho a otro, reclutando gente.

—Al paso que vamos —le dije— nunca tendremos un ejército en forma. Siempre será un gentío.

Me contestó con una frase que iba a decir muchas veces:

—A nadie podemos negarle que venga con nosotros. Si esa es su voluntad, es su derecho.

Todos los que llegaban eran gente pobre. Unos eran peones de hacienda, otros eran de los que viven en las orillas de los pueblos y trabajan un día de adoberos y al siguiente de aguadores, otros eran cerreros, gente que vive en el monte haciendo un poco de leña, un poco de carbón, matando un venado. Raro era el que llegaba con un caballo, más raro el que traía una escopeta, algunos llevaban machetes u hoces, la mayoría no llevaba nada. Todos tenían hambre, cosa que había de convertirse en una de nuestras mayores preocupaciones.

Una mañana Periñón me despertó con estas palabras:

—Hay que asegurar bastimento para este ejército.

Hice una partida forrajera. Escogí cuarenta hombres, los que me parecieron más capaces, veinte de a caballo, que armé con las lanzas que había hecho don Lino, veinte de a pie, que habían aprendido a usar los mosquetes que estaban debajo del cuadrante. Salimos de Ajetreo en buen orden y al medio día atacamos la hacienda de Teresonas. La operación fue imperfecta —todo salió a destiempo—, pero el resultado fue excelente, gracias a que no había nadie defendiendo.

Los dueños de Teresonas, que eran españoles, al saber que Periñón había dado el Grito, se habían ido a Cuévano muy espantados, llevándose lo que podían pero dejando intactas las trojes y cincuenta y dos cabezas de ganado en el corral. Cuatro mil y pico de arrobas de grano midió Cleto, antes de ponerlo en carros.

Cuando la carga y el ganado estaban listos para ser llevados a Ajetreo, formé a mi gente y les dije:

—Estos animales que ven y lo que va adentro de los costales es propiedad del Ejército Libertador. Si agarro a alguno de ustedes con un puño de maíz en la mano, lo paso por las armas. ¿Me entienden?

—Entendemos —gritó la tropa.

Di la orden de «marchen» y el convoy se puso en movimiento. Yo fui el último en salir del patio de la hacienda.

Era una casa que me gustaba. Había en ella una buganvilla, una fuente, techos de madera labrada. No había ningún fuego ardiendo cuando salí.

No me di cuenta de lo que pasaba hasta que alcancé a mis hombres. Se habían parado en un altillo para ver el incendio. La humareda que se levantó duró tres días con sus noches y se hizo tan famosa que actualmente la hacienda ya no se llama Teresonas sino La Quemada.

Este incidente me puso de mal humor. Lo que pasó al rato me lo puso peor. Empezó con que noté que faltaba uno de mis hombres. Hice que dos de a caballo fueran a buscarlo en una dirección y yo tomé el rumbo contrario. Al poco cabalgar oí entre la huizachera una voz que cantaba así:

*Soy la saltaparedes*

*agárrame a ver si puedes, etc.*

Espoleé la yegua, salí a descubierto y le corté el paso al que se había deshalagado. Iba muy contento, arreando dos bueyes que llevaba de regreso al rancho de donde había venido. Al verme abrió la boca.

—Cantas muy bonito —le dije y le di un cuartazo en la cara.

Cuando llegamos a Ajetreo lo encerré en un cuartito que había en la iglesia en donde Periñón guardaba triques.

—Cuando venga el señor cura —le dije antes de cerrar la puerta—, le pides que te confiese, porque mañana te mueres.

Estaba decidido a hacer un fusilamiento ejemplar, pero al llegar a la casa de Periñón encontré que las sobrinas habían hecho horchata y tendido una hamaca entre dos pilares. Eso me ablandó un poco. Bebí un jarro, me quité las botas y me recosté.

Periñón regresó de los ranchos de buen humor.

—Ya sé que encontraste las trojes llenas —me dijo—. La fortuna está con nosotros.

—Alguien prendió fuego a la hacienda —le contesté.

Comprendí que no le importaba.

—También lo sé. Es una lástima. Una hacienda tan bonita. Pero ya ni llorar es bueno. ¿Qué le vamos a hacer?

Vamos a consolarnos pensando que al ver el incendio a nadie le quedará duda de que estamos en pie de guerra.

Se sirvió un jarro de horchata y estaba bebiéndoselo cuando le dije:

—Quiero que confieses a un hombre que está en capilla. Cuando le dije el motivo no lo podía creer.

—¿Pero cómo vas a fusilar a un hombre nomás porque nos robó dos bueyes que ni siquiera son nuestros?

Traté de hacerle ver que el delito no era lo importante sino la indisciplina. Yo había dado una orden y el hombre me había desobedecido. Yo había prometido la muerte y ahora tenía que matarlo. Repetí lo que me había enseñado el coronel Bermejillo:

—Las órdenes son sagradas. La disciplina con sangre entra. Militar que se dobla es cuerda que se revienta, *etc.*

Periñón me miraba con incredulidad.

—Estás hablando como un militar pendejo —concluyó.

Comprendí que tenía razón.

—Si no quieres que lo fusile, perdónalo.

—No —dijo él—. Perdónalo tú.

Tanta autoridad tenía Periñón sobre mí que perdoné al ladrón. Tan agradecido quedó que nos abandonó pocos meses después, llevándose una caballada.

A media legua de Ajetreo se alza el cerro del Molcajete, desde cuya cumbre se domina la llanura y el camino que baja de la sierra. Allí pusimos un divisadero con centinelas a todas horas. Periñón les entregó dos trapos.

—Si ven que se acerca una fuerza enemiga —les dijo—, levanten el trazo azul, para preparar la defensa, si ven que se acercan los lanceros de Abajo, levanten el rojo, para hacer la fiesta. Puso a sus sobrinas a hacer el mole.

—Asen los chiles y muélanlos. Tenga todo preparado para que cuando veamos la señal ya nomás falte meter el guajolote en la olla.

Estas disposiciones las tomó el día dieciséis, un jueves, con la idea de que Ontananza y Aldaco llegarían esa misma tarde, como habían quedado conmigo. Al lunes siguiente no teníamos de ellos aún ni razón ni nuevas. Yo estaba entre impaciente y temeroso de que nuestros amigos se hubieran rajado, Periñón, en cambio, les tenía paciencia y confianza.

—Hay que considerar —me decía—, que son hombres de obligaciones. Antes de emprender ningún movimiento tienen que poner a sus familias a salvo. A ti y a mí nos cuesta trabajo entenderlos porque no tenemos ni mujer que nos llore ni perro que nos ladre.

En las noches, después de cenar, hacíamos conjeturas. Me extrañó el rigor con que consideraba los actos de Diego.

—Siempre fue pusilánime —decía—. Debió haberse levantado a la primera señal de que la Junta estaba descubierta. ¿Qué tenía que andar visitando al alcalde?

Yo defendía la actitud de Diego. Trataba de hacer ver a Periñón que la suerte había estado en contra nuestra aquella noche.

—El diablo sabe a quién se le aparece —concluía él.

Periñón le tenía gran respeto a Juanito, a pesar de que por confesarse nos había denunciado.

—Hizo bien —decía— en actuar de acuerdo con su conciencia.

Una tarde, al llegar a la casa, encontré a una de las sobrinas, la más prieta, hincada en el corredor, abriendo un altero de tunas Cardonas. Sin que yo se lo pidiera, ella abrió una tuna y me la ofreció. Yo la acepté. Después de comérmela, me limpié los dedos con un pañuelo. Ella abrió otra tuna y me la ofreció. Fue la única vez que estuve solo con alguna de las sobrinas. Hubiera sido el momento oportuno de preguntarle si era sobrina de Periñón. No me atreví. Tomé la segunda tuna, ella bajó los ojos y nunca supe la respuesta.

Periñón y yo estábamos platicando en el corredor en la tarde del martes cuando llegó un centinela sofocado a avisarnos que los vigías que estaban en el cerro del Molcajete habían levantado el trazo rojo. Periñón se levantó de un brinco, dio órdenes de que echaran el guajolote en la olla y se fue a buscar su bandera —la que había hecho con la lanza y la imagen de la Virgen Prieta—.

Se estaba metiendo el sol cuando los lanceros de Abajo entraron en la plaza. Los caballos estaban empapados, los lanceros llenos de tierra, pero las trompetas tocaron la Marcha Dragona. El destacamento que yo había formado presentó armas. Fui a pararme al lado de Periñón que estaba en los escalones del atrio con la bandera.

Ontananza y Aldaco se apearon y nos dimos un abrazo. Entonces, nuestra gente

gritó:

—¡Vivan los lanceros de Abajo! ¡Vivan sus capitanes!

Los lanceros respondieron:

—¡Viva el señor cura Periñón! ¡Viva el teniente Chandón! ¡Vivan sus hombres!

Mientras en la plaza había escenas de fraternidad y en la cocina calentaban la comida, tuvimos la primera reunión de lo que más tarde se había de llamar Consejo del Mando Supremo.

Entraron los cuatro en el comedor y nos sentamos alrededor de la mesa. Ontananza y Aldaco empezaron por disculparse: se habían atrasado, tal como lo había imaginado Periñón, por poner sus familias a salvo. Luego nos dieron las pocas noticias que tenían de Cañada: todo estaba perdido, Diego y Borunda estaban en prisión, había rumores de que a Carmen la habían encerrado en el convento de Las Candelarias, no había noticias de don Benjamín Acevedo ni del señor Mesa.

Cuando terminaron de hablar, Periñón tomó la palabra.

—Estas noticias no hacen más que confirmar lo que ya imaginábamos Matías y yo, que no debemos esperar ningún auxilio de Cañada.

Luego me pidió:

—Saca el tintero y las plumas para que lleves el acta.

Cuando estuve listo, siguió:

—En vista de que el ejército que tenemos está creciendo muy rápidamente y de que los grados que ustedes tienen no son bastante altos para hacer frente a tan gran responsabilidad, propongo que desde este momento tú seas coronel, Luis —dijo a Ontananza—, y tú también coronel, Pepe —dijo a Aldaco—, y que Matías sea capitán. ¿Están ustedes de acuerdo?

Estuvimos de acuerdo.

No se habló de qué grado debería tener Periñón, pero a partir de ese momento actuó como si fuera el único jefe.



EL CAMINO DE CUEVANO REMONTA LA SIERRA POR LA ladera más empinada y al llegar a la altura serpentea. No busca la dirección general donde está su destino, sino que va de la punta de un cerro, por el lomo, hasta llegar a la punta del cerro siguiente. Esto hace que el viajero que lo recorre vea a cada rato precipicios y panoramas abruptos y arbolados. Si es un ejército el que avanza, está siempre al descubierto.

Dos mil cuatrocientos hombres contó Cleto cuando salimos de Ajetreo. Aldaco iba por delante, de avanzada, con un escuadrón de lanceros. Iba montado en un caballo que él llamaba «de trabajo». El otro, el bueno, el de rejoneo, iba con el tren de los pertrechos, al cargo de un mozo especial que no tenía más obligación que cuidarlo. Ontananza, de bicornio emplumado, y Periñón, sin sombrero, encabezaban el grueso del ejército, que estaba compuesto de un cuerpo de caballería, la mitad lanceros y la otra mitad gente de campo, una infantería desordenada y en general desarmada, el tren de los pertrechos, el coche negro y cerrado donde iban las sobrinas de Periñón, «el Niño», y yo, que cerraba la marcha con mi destacamento «de confianza», es decir, los hombres que me habían acompañado en el asalto de Teresonas.

Como el camino es estrecho avanzábamos de tres en fondo. Esto hacía que entre Aldaco y yo mediara casi media legua. A mí me llegaban, con retraso y llenos de inexactitudes, rumores de lo que pasaba en la delantera, pero los que iban adelante ni se imaginaban lo que pasaba en la retaguardia.

Lo que pasaba en la retaguardia es que a cada rato todos los hombres disponibles teníamos que empujar «el Niño». Cuando no se atascaba, se salía del camino o se atoraba en un recodo. Cuesta arriba había que ayudar a las mulas que apenas podían arrastrarlo, cuesta abajo, había que detenerlo para que no se les fuera encima. Al final del primer día de marcha, Ontananza me dijo:

—No te quedes tan atrás. Al final del segundo día llegué a donde acampó el ejército ya bien entrada la noche. Habíamos recorrido el trecho en que el camino atraviesa el mismo arroyo catorce veces, empujando «el Niño». Ontananza me esperaba cerca de la fogata con una carota.

—Te dije que no te quedaras atrás.

Si le hubiera contestado hubiera acabado nuestra amistad.

No dije nada. Nomás fui a sentarme en una piedra. Periñón fue a donde yo estaba con dos jarros de hojas de naranjo y me dio uno. Estaba radiante.

—Hemos tenido una jornada gloriosa —me dijo.

Agregó que mucha gente se acercaba a la orilla del camino para ver pasar al ejército y vitorearlo —antes de que yo pasara se cansaban de ver hombres caminando y se iban para sus casas—. A los que le decían que querían unirse a sus fuerzas les contestaba con firmeza:

—Ahora no puedo llevarlos, muchachos, porque voy a la guerra, pero vayan a buscarme sin falta, en Cuévano, la semana que entra.

Periñón, igual que los demás que íbamos en aquella marcha, estaba convencido de que tomaríamos Cuévano sin encontrar resistencia.

—Sólo un loco defiende esa plaza —había dicho Ontanza, después de estudiar los mapas.

—Y si la defiende —completó Periñón— de nada le servirá porque Alfaro está de nuestra parte.

Seguía creyendo que por los doscientos pesos que le había dado, Alfaro, que no nos saludaba en la calle, nos iba a entregar la plaza.

Esta confianza, que todos teníamos, se acrecentó al día siguiente con la acción del Ventorrillo. Fue un hecho de armas que no tiene importancia más que por ser el primer encuentro que tuvieron nuestras fuerzas con las del gobierno colonial. Yo ni oí ni vi nada. Mucho rato después que terminó el combate me llegaron rumores de que habíamos ganado «una gran victoria». Más tarde, algunos de los que estuvieron presentes me describieron la acción. Parece que fue así:

Iba Aldaco cabalgando con sus lanceros cuando los exploradores fueron a avisarle que había una fuerza enemiga acampada en el Ventorrillo. El Ventorrillo es una meseta chiquita, entre dos cerros, expuesta a todos los vientos. La fuerza enemiga era el capitán Paredes con un destacamento del batallón de Cuévano. No se llegó a saber qué órdenes tenían ni qué andaban buscando en aquellos andurriales ni cuántos eran. Aldaco apretó el paso, llegó al Ventorrillo y encontró al capitán Paredes y a sus hombres comiendo.

—¿Quién vive? —preguntó.

—Dios y España —contestaron.

—Libertad e Independencia —gritaron Aldaco y los lanceros de Abajo.

Dicen que al capitán Paredes se le ocurrió entonces dar una orden:

—Váyanse a sus casas, que aquí se acabó esta revuelta.

A la voz de:

—¡Revuelta tienes la madre!

Aldaco espoleó el caballo, lo echó sobre el capitán Paredes y dio a éste un sablazo entre las cejas que casi le partió la cabeza en dos. Allí quedó muerto. Sus hombres soltaron los platos y se fueron corriendo barranca abajo. Cuando los lanceros se aprestaban a perseguirlos ya se habían perdido entre el encinal. Así terminó la acción. Cuando llegué al Ventorrillo no vi ni el cadáver porque ya lo habían sepultado — Periñón le dio absolución condicional—.

—Corrieron como conejos —pasó la voz de fila en fila. Más confianza nos dio.

Periñón se detuvo en el mismo balcón de la sierra en el que unas semanas antes me había mostrado Cuévano y tuvo con los coroneles otro Consejo del Mando Supremo. Yo no asistí porque estaba a una legua de distancia, empujando «el Niño».

Los signos eran ambiguos. En todo ese día nadie había llegado a la orilla del

camino a verlos pasar ni a vitorearlos. Habían pasado por varios ranchos abandonados, en la ciudad, que se extendía a sus pies no había señales de vida, en cambio, la cresta del Cimarrón y la punta del Huezontle blanqueaban con el gentío. No había una nube en el cielo, el sol estaba en lo alto, todo estaba en silencio.

Ontananza concluyó:

—Los españoles se fueron y la ciudad está desierta.

Dicen que Periñón dijo:

—Vamos a comer en Cuévano.

Aldaco no estaba tan seguro. Montó primero en el caballo bueno para hacer una entrada triunfal. Luego cambió de opinión: desmontó, montó en el «de trabajo» y avanzó a la cabeza de sus lanceros. Pasó entre un caserío desierto —no había ni perros—, cruzó un puente, cabalgó entre las murallas de un callejón sinuoso, y de pronto, al doblar una esquina, le cortó el paso una zanja y luego una descarga cerrada. Cuando acordó ya estaba en el talud, su caballo, pataleando, a su alrededor, varios lanceros tirados. Los que venían detrás de él dieron la grupa y no se desbandaron nomás porque el callejón era estrecho. Aldaco se levantó —había perdido el sombrero— y, sin hacer caso a la balacera, montó en el caballo de uno de los caídos, alcanzó a su gente, con dos gritos la puso en orden, los obligó a regresar a la esquina, a ponerse en línea de tiradores, a contestar el fuego y a cubrir a un piquete que fue a recoger a los heridos y los muertos. Esto alcanzado, se retiró.

Ontananza dispuso entonces echar la infantería por delante.

—Hay resistencia —informó a Periñón y Ontananza cuando los encontró.

Ahora se sabe que la idea de defender Cuévano fue de Pablito Berreteaga, hijo del intendente. Escogió como centro de la defensa el edificio más sólido que había en Cuévano: la troje de la Requina, que de por sí era una fortaleza, con un aljibe enorme y grano para alimentar a cien hombres seis meses. Cuando supieron que nos acercábamos, los españoles más ricos fueron a vivir en la Requinta. Llevaron camas, mesas, vajilla, manteles, criados y cocineras. Por alguna razón se decidió que ni sus esposas ni sus familias corrían peligro, por lo que éstas siguieron viviendo en sus casas, como siempre.

Alrededor de la troje Pablito dispuso un círculo de defensas. Él mismo dijo cómo cavar las zanjas y dónde abrir las troneras. La idea general del plan era que con unas cuantas descargas el ejército insurgente iba a desbandarse y con eso terminar la guerra de independencia. Cuando las obras de defensa estuvieron listas, Pablito se fue a Pedrones y cuando se supo que estábamos por llegar, el pueblo se fue a los cerros para ver la batalla de lejos.

La segunda fase de la batalla fue cruenta. La infantería, al mando de Ontananza, atacó de frente y tomó cinco de las seis defensas.

Dicen que Ontananza, para animarlos les gritaba:

—¡Estos nos creen cobardes, vamos a demostrar lo contrario!

Hubo muchos muertos, pero al fin los que defendían se replegaron a la Requinta.

La sexta defensa resistió. Estaba en el callejón de Las Animas: al fin de la subida había una zanja, una barricada y una tronera.

A las cuatro de la tarde, cuando llegué, empujando «el Niño», Periñón me pidió:  
—A ver cómo le haces para acabar con esta mortandad.

Seguido por mis hombres de confianza me metí por casas, rompí puertas, brinqué bardas, me arrastré por azoteas y, guiándome siempre por la balacera, llegué a una ventana que abría mero atrás de donde estaban los defensores. No llegaban a la docena. Dispuse a mis hombres con calma, dije a cada uno sobre quién debería disparar y di órdenes de no hacer fuego hasta que yo diera la señal, después tomé un mosquete y escogí como blanco al jefe: un hombre delgado con brazos muy largos.

—¡Fuego! —ordené.

Cayeron la mitad de los defensores y la otra mitad salió corriendo. Cuando me acerqué al parapeto para avisar a Ontananza que podía avanzar sin peligro, me di cuenta de que el hombre que yo había matado —el primero que maté en mi vida— era don Pablo Berreteaga.

Habíamos acabado con las defensas que había hecho Pablito, pero los españoles seguían en la Requinta. Hicimos otra reunión de jefes para considerar la situación. Si yo hubiera tenido entonces la experiencia que tengo ahora, hubiera aconsejado sitiar la troje y esperar a que buenamente los que estaban dentro se cansaran de estar encerrados y se rindieran. La ciudad estaba en nuestras manos y era pocos los que nos estorbaban. Pero en nuestros ardores de insurrectos nuevos los cuatro estuvimos de acuerdo en que había que acabar con la resistencia. Hicimos un ataque simultáneo por las cuatro calles que salen a la Requinta. Nos recibieron con un fuego tan nutrido, que a veinte varas de la puerta tuvimos que retirarnos. Dejamos un reguero de hombres tirados.

Ontananza pasó a animarnos.

—Adelante, adelante siempre, no hay que retroceder.

Hicimos otra carga con el mismo resultado. Nuestra gente empezaba a desanimarse —había mucha sangre a la vista—, pero Ontananza se preparaba para hacer otro intento, cuando Periñón se impacientó y tomó el mando.

—Ya basta de matazón. Que traigan «el Niño».

Tanto gusto le dio a la gente no tener que volver a cargar que se peleaban por empujar «el Niño». Eran más de cien los que lo llevaron cuesta arriba por callejones. Dimos un rodeo muy grande para evitar el fuego enemigo y lo dejamos en una plazuela que ya desde entonces se llamaba «del Trueno» por haber un árbol de esa clase en el centro. De esta plazuela sale un callejón que baja directo a una de las puertas laterales de la Requinta. Cargamos y yo apunté, después le di a Periñón el mechero encendido y le dije:

—Es tu «Niño». Tú estrénalo.

Le dije dónde había de meter la mecha. Nunca olvidaré su expresión. Metió la mecha con gusto, como un niño que acaba de aprender a usar un juguete.

El traquidazo casi nos dejó sordos: hizo que se cimbraran ventanas y se fue retumbando por los callejones hasta llegar a los cerros. Los ecos duraron un rato. La bala dio en el blanco e hizo un agujero en la puerta, pero este efecto fue poco comparado con el del trueno: a nosotros nos levantó los ánimos, a los que estaban en los cerros, los llenó de admiración, a los españoles de la Requinta, los aterró. Su voluntad de resistir se fue apagando. Tres disparos hicimos y cuando la puerta se desgajó, bajamos por el callejón en tropel, con un griterío.

Un grupo de los sitiados quería todavía resistir. Se formaron en cuadro en el centro del patio. Hicieron una descarga que fue funesta para ellos, porque no hizo más que enfurecer a nuestra gente. Se echaron sobre ellos y los hicieron pedazos. En otros lados del edificio había gente que se quería rendir. De nada les sirvió, los mataron igual que a los que resistieron. Un hombre subió corriendo por la escalera, lo persiguieron y cuando lo alcanzaron lo echaron de cabeza al patio.

Desde entonces hasta la fecha muchos nos han acusado a los jefes insurgentes de sanguinarios. ¿Que por qué no evitamos la matanza de la Requinta? Porque no pudimos. Tratamos de detener a la gente pero no nos obedecieron. No era un ejército, era un gentío, habían tenido muchas bajas, la resistencia había sido tenaz. Cuando los que estaban afuera entraron en la Requinta, mataron a todos los que estaban dentro. ¿Que fue culpa de los jefes? En parte. Pero también fue, en parte, culpa de los que resistieron y, en parte, de los que los mataron. Yo no maté a nadie, anduve de un lado para otro tratando de dominar a mi gente.

Cuando logramos poner orden, Periñón hizo que tocaran al vuelo todas las campanas de la ciudad. A este tañido se agregó al poco rato un griterío lejano y vimos que por los callejones bajaba del cerro el gentío, que decía:

—¡Viva la libertad! ¡Viva la independencia! ¡Viva el señor cura Periñón!

No sé qué hubieran gritado si hubiéramos perdido.

FUE UNA DE LAS RARAS BATALLAS EN QUE LOS MUERTOS victoriosos tienen peor entierro que los vencidos. Al tratar de determinar quiénes eran los que habían caído, descubrimos que los que estaban presentes más los muertos eran más de los que estaban en las listas de Cleto. No llegamos a saber el nombre que habían tenido muchos de los cadáveres, unos, por haber llegado al ejército solos, otros, por haber muerto con sus amigos. Periñón ordenó que se hiciera una fosa común y se enterrara a todos juntos.

—No sabemos quiénes fueron muchos de los que yacen en esta tumba —dijo Ontananza en su oración fúnebre— pero todos murieron como héroes.

Entre los que cayeron formando un cuadro en el patio de la Requinta estaba el tambor mayor Alfaro. Cuando Periñón lo reconoció fue a testerearlo con la punta de la bota.

—Merecido te lo tienes —dijo al muerto— por no entregarnos la plaza.

Hizo que fueran devueltos los cuerpos a las familias. Durante los días que siguieron los carpinteros de Cuévano tuvieron que convertir en ataúdes todo lo que estaban haciendo.

—Sería bueno —dijo Ontananza—, decir una misa por nuestros muertos.

—Sería bueno —dijo Periñón—, pero yo no tengo tiempo de decir misa ni ganas de hablar con el cura.

Ontananza tomó el asunto en sus manos y fue a la parroquia en donde encontró al señor cura en una extraña disposición: no quería tener nada que ver con nosotros. Como disculpa dijo que las familias de los vencidos habían mandado decir tantas misas de difuntos que no le quedaba un rato libre para decir una por los insurgentes. Ontananza enfureció.

—¿Ya ve usted lo que pasó en la Requinta? —preguntó al señor cura—. Pues lo mismo puede pasar en su iglesia.

El resultado de esta amenaza fue sorprendente. No sólo hubo misa por los insurgentes muertos en la parroquia sino en todas las iglesias de la ciudad. Los capellanes se peleaban porque la suya fuera por delante. Además de la misa de difuntos el señor cura hizo un Te Deum, dándole gracias a Dios de que hubiéramos tomado Cuévano.

En la tarde del segundo día Periñón me dijo:

—Es fuerza que tú y yo vayamos a dar el pésame a la familia del intendente.

Le dije quién era el culpable de su muerte. Periñón no se inmutó.

—Si no lo matas tú hubiera tenido que matarlo otro. No tienes obligación de decirle a la señora que tú mataste a su esposo, pero es indispensable que vayamos a decirle que nos pesa que Pablo haya muerto. Acuérdate de lo amable que fue con nosotros.

Mandamos unas coronas y luego fuimos a casa del intendente. Afortunadamente

su esposa no nos recibió.

—La señora está indispuesta —nos dijo el criado en la entrada—. No puede ver a nadie.

Eran mentiras. La casa estaba llena de gente. Cuando nos retirábamos, Periñón dijo:

—Más vale así. Cumplimos y no tuve qué decir tonterías, como que «Pablo murió por su culpa». Hizo bien en resistir. Cumplió con su deber. Tú cumpliste con el tuyo matándolo. Es muy triste que Pablo haya muerto pero más triste sería que él nos hubiera matado.

Los españoles no nos recibían en sus casas pero, en cambio, no nos dábamos abasto para responder a las invitaciones que nos hacían los mexicanos. Si hubiéramos comido la mitad de los moles que nos ofrecieron hubiéramos muerto. Me di cuenta de que aquella gente creía, nomás porque habíamos tomado Cuévano, que habíamos acabado con el Imperio Español. Ni yo ni ninguno de los otros jefes creíamos tal cosa, pero no podíamos evitar que el optimismo que reinaba en la ciudad nos fuera contagiando.

En un banquete que nos dieron uno de los notables de Cuévano preguntó a Periñón:

—¿Cuál es su próximo objetivo, señor cura?

Periñón se limpió la boca con la servilleta y contesto:

—La ciudad de México.

Ontananza, Aldaco y yo, que estábamos en la mesa, nomás cambiamos miradas. En nuestras reuniones del Mando Supremo ni habíamos aspirado a tanto ni habíamos planeado tan adelante la ciudad de México era un bocado muy grande y estaba muy lejos.

Antes de llegar a ella estaban muchos problemas inmediatos que teníamos que resolver. El más serio de todos era el tamaño de nuestro ejército. Los tres caminos que llegan a Cuévano —los tres bajan de un cerro— iban constantemente cargados de hombres que querían unirse a nuestras fuerzas.

Yo estaba de plano por no recibirlos.

—¿Para qué queremos tanta gente si no podemos armarla? —dije.

Periñón seguía empeñado en recibir a todos:

—Si alguien quiere venir con nosotros no debemos impedirle que venga.

Ontananza y Aldaco estaban de acuerdo en que no podíamos dominar un ejército del tamaño que estaba adquiriendo el nuestro, pero veían en limitarlo una dificultad que Ontananza expresó:

—Lo que quiere esta gente es revolución y eso es lo que van a hacer, en las filas de nuestro ejército, o en las de otro diferente, sobre el cual tendremos todavía menos poder y que acabará haciéndonos la guerra.

Con este argumento me convenció y acordamos admitir a todo el que se ofreciera. Hicimos acampar a los que iban llegando en la meseta de Santa Rosa, el único terreno

plano que hay cerca de Cuévano. Cleto apuntaba sus nombres en listas que fueron creciendo hasta parecer interminables y ser ininteligibles. Los hacíamos marchar todo el día, ascendimos a sargentos a todos los lanceros de Abajo y a cabos a todos los que se habían unido a nosotros en Ajetreo. Claro que estas disposiciones quedaban muy lejos de resolver nuestro problema fundamental, que consistía en que dos terceras partes de nuestras fuerzas no sólo no tenían mosquete sino que no sabían ni cómo agarrarlo.

El quince de octubre fue el Te Deum. Periñón puso al señor cura una condición para asistir: que no hubiera sermón ni «tropiezos».

—Ya he perdido bastante tiempo en la iglesia —dijo.

Sin embargo, oyó con devoción la misa que, por fortuna, fue breve. Cuando nos dieron la bendición e íbamos saliendo de la iglesia, agarró del brazo a sus coroneles y dijo:

—Vámonos de parranda.

Cuando salimos al atrio vimos que la plaza estaba llena de gente. Cuando nos vieron gritaron:

—¡Viva la independencia! ¡Viva el señor cura...!, etc.

Periñón se volvió a nosotros y dijo:

—Ustedes síganme a donde yo los lleve —tenía un brillo travieso en la mirada.

Bajó los escalones de la iglesia, montó en su caballo blanco que empezó a andar. Lo seguimos no sólo nosotros, montados, sino toda la gente que estaba en la plaza.

Fuimos primero a la cárcel en donde Periñón soltó a los presos, después cogió por un callejón que llevaba a las orillas de la ciudad, siempre seguidos por un gentío. Llegamos a la hacienda de Otates. El mineral estaba en los tanques y el agua lo cubría, pero nadie estaba haciendo la torta porque los arrieros se habían ido. Las mulas estaban en el corral. Periñón desmontó, fue a la entrada del corral, él mismo quitó las trancas, entró en el corral y arreándolas, hizo que todas las mulas salieran y no dejó que nadie las agarrara. Montó a caballo y explicó a la gente que lo seguía:

—Pongo en libertad esas mulas porque han sido maltratadas y usadas para beneficio de unos cuantos.

Las mulas se quedaron pastando en la orilla del río. De Otates fuimos a la Reseca. Todo estaba como antes: La gente amarilla, el arroyo pestilente, los hombres trabajando en la mina. El administrador español se había ido a morir en la Requinta, pero había dejado encargado a un capataz criollo que nos explicó que no había suspendido el trabajo porque no había recibido órdenes del conde, que vivía en México. Periñón le dijo:

—Haga que salgan todos los que están abajo. El capataz estaba tan asustado que él mismo bajó a decir a los trabajadores que subieran. Mientras esperábamos se juntó un gentío. Cuando por fin salieron todos los que habían estado abajo, cansados, embarrados, casi encuerados, Periñón les dijo:

—Con estas palabras que oyen queda abolida la esclavitud en América.



Esta declaración solemne fue recibida en silencio. Los que la oyeron no entendían. Eran indios a quienes sus amos compraban y vendían y hacían bajar a la mina a fuerzas, pero como no eran negros creían que no podían ser esclavos. Periñón comprendió su azoro y explicó:

Quiero decir que de ahora en adelante bajaré a la mina el que quiera, porque le convenga el sueldo y el que no, no.

Entonces todos los que lo oyeron gritaron:

—¡Viva el señor cura Periñón!

De la Reseca regresamos al centro de Cuévano, seguidos de una multitud que cada vez era más grande. Al llegar a la plaza de San Diego Periñón arrendó y desmontó ante la casa de Moneda en la que entramos nomás él, Ontananza, Aldaco y yo. Como en el caso del administrador de la mina, el Monedero Real había muerto. Estaba encargado un criollo que se llamaba Martín Gómez.

—Hágame favor, don Martín —dijo Periñón—, de sacar todo el dinero que tenga.

Don Martín estaba muy asustado, pero no estaba dispuesto a entregarnos un peso si Periñón no le firmaba un recibo.

—Muy justo —dijo Periñón—, se lo firmo.

El encargado abrió tres puertas erizadas de cerrojos y candados. Necesitó una docena de llaves. Llegamos a un cuarto en el que había tres cajas grandes llenas de monedas de plata. Periñón firmó un recibo como comandante del Ejército Libertador. Después dijo:

—Estas dos las guardaremos para los gastos del ejército y esta otra, don Martín, yo le agradeceré que haga que me la arrimen a un balcón de la casa.

Entre cuatro hombres fornidos apenas podían moverla. Cuando la caja estuvo donde Periñón quiso, él abrió la vidriera y salió al balcón, vio que la plaza seguía llena de gente, regresó al interior, destapó la caja y sacó un puñado de monedas que echó por el balcón a la gente, al tiempo que les gritaba:

—Tengan, muchachos, que todo esto es suyo.

No paró de echar monedas hasta que la caja quedó vacía.

Los que estaban en la plaza se abalanzaron sobre el dinero. Hubo magullados, apachurrados, descalabrados. El ambiente festivo se extendió por la ciudad, hubo borracheras, comercios saqueados, mujeres violadas, incendios, robos, pleitos a puñaladas. Esa fecha aún se recuerda en Cuévano como «el día del Te Deum».

EN LA GUERRA ENCUENTRA UNO TODO LO QUE NO espera. A Cuévano nos habíamos acercado llenos de confianza, creyendo que por ser una plaza indefendible no iba a ser defendida. Nos equivocamos. Conociendo Cañada, en cambio, y el carácter del coronel Bermejillo, nos acercamos con tiento, esperando encontrar una defensa vigorosa. Nos equivocamos también.

El ejército había seguido creciendo y decidimos dividirlo. Aldaco se quedó en Cuévano, al mando de una «división de reserva». Los demás nos pusimos en marcha «rumbo a México». Nuestro primer objetivo era Cañada. Yo iba en la delantera.

Cuando los batidores regresaron a decirme que el puente sobre el Bronco estaba intacto, no les creí. Subí a una colina y miré con un catalejo prestado. En efecto, el puente estaba intacto. Creí que sería una trampa. Dejé la fuerza a cubierto y con un destacamento pequeño, desmonté y crucé el río más abajo, por un carrizal. Ya en la otra orilla, pasé dos horas buscando las defensas que yo creía ocultas en las alturas que dominan el puente. No existían. Hice cruzar a mi fuerza y envié un mensaje a Ontananza diciéndole que el puente estaba en mis manos y que el ejército podía avanzar sin peligro.

Seguí reconociendo el terreno, siempre a cubierto. Ahora que me acuerdo me da vergüenza haber tomado tantas precauciones: avanzábamos arrastrándonos o corriendo de un cobijo al otro, de un matorral a una piedra, de una piedra a un nopal cubriéndonos siempre unos a otros. De pronto, al llegar a una loma, divisé al enemigo.

—¡Alto! —ordené.

Hincado, detrás de un maguey, saqué el catalejo.

Era una fuerza muy grande. Mejor dicho, era un gentío. Había tomado una disposición muy rara para quien va a presentar batalla: se había desparramado en el llano. Parecía que los hombres se movían constantemente, pero sin cambiar de lugar. Más intrigado estaba cuando un cambio en la dirección del viento me hizo recapacitar. A mis oídos llegó el sonido de una música: los que parecían moverse sin moverse eran gente que estaba bailando. Di órdenes de avanzar con tiento.

Conforme fui acercándome vi las lumbreras, las flores, las banderas de papel picado, los barriles de pulque. Me llegó el olor de treinta barbacoas. Hice que mis hombres se levantaran, se formaran y avanzamos marchando por el camino.

Cuando nos vieron venir fueron hacia nosotros con un griterío:

—¡Viva la independencia! ¡Viva el señor cura Periñón! Comprendí entonces las ventajas que tiene ir en la avanzada de un ejército que llega a una ciudad amiga. No hay nada igual. Las mujeres me abrazaban, me jalaban, me besaban, querían arrancarme los botones del uniforme, los hombres me ofrecían jarros de pulque.

Entre los que habían salido al llano para recibirnos estaban varios de mis amigos —y también algunos enemigos ocultos—: Cecilia Parada con su papá, don Benjamín

Acevedo, Borunda y Mesa, con sus familias y los hombres que iban a poner sobre las armas, Adarviles con sus fusileros, el joven Manrique, el padre Pinole, etc.

—¿Dónde están Carmen y Diego? —pregunté, cuando acabé de dar abrazos.

—Están esperándolos en la cárcel —me dijo Cecilia.

Me pusieron al tanto. Al saber que el ejército libertador iba hacia Cañada, los españoles de la ciudad acordaron abandonar la plaza sin oponer resistencia. «Querían evitar una matanza como la que había habido en Cuévano.» Dos días antes de que nosotros llegáramos habían emprendido el viaje a México en coches, escoltados por el batallón provincial. Al fin del primer día de viaje acamparon en el camino. Adarviles aprovechó la oscuridad y que todos dormían, para abandonarlos con su compañía de fusileros y regresar a Cañada.

Cuando Borunda y Mesa fueron a la cárcel para poner en libertad a Diego éste se había negado a salir del calabozo.

—Carmelita y yo estamos presos —les dijo— por la lealtad que guardamos a nuestros amigos y presos nos quedaremos hasta que nuestros amigos vengan a liberarnos.

Dos días estuvieron presos sin necesidad Diego y Carmen y buena parte de un tercero. Cuando el ejército llegó al llano, dije a Periñón y Ontananza lo que había dicho Diego.

—¿Que estuvieron presos por lealtad? —preguntó Periñón extrañado—. Yo creía que había sido por no levantarse a tiempo.

Largo rato tardó el ejército en comer, beber, bailar, formarse y ponerse en marcha. Cuando entramos en Cañada ya los cerros estaban color de rosa.

Periñón dominó su irritación con los Aquino y su primer acto en Cañada fue ordenar que enjaezaran un coche y lo adornaran con flores. Después atravesó la plaza seguido de Ontananza, Borunda, Mesa, Adarviles, don Benjamín Escobedo, el papá de Cecilia Parada, un servidor y otros más. Cuando llegó al calabozo donde estaba Diego, abrió la puerta y preguntó al que estaba dentro.

—¿Que te empeñas en que vengamos a liberarte? Aquí nos tienes. ¿Ya estás contento?

Diego, que estaba muy bien vestido, de negro, salió del calabozo y Periñón le dio un abrazo. Diego lloró de emoción. Después, cuando fue mi turno abrazarlo, me dijo:

—No te imaginas los sufrimientos que hemos pasado.

Después fuimos por Carmen, que estaba reclusa en el convento de Santa Redengada, de las monjas cordelariás, que está en la orilla del pueblo. Periñón quiso que fuéramos en el coche adornado él, Diego, Ontananza y yo. Nos siguió un gentío.

En el patio del convento nos esperaba toda la congregación. Cuando entramos, se hincaron, la monja superiora fue a besar la mano a Periñón y por más que éste quería que las monjas se levantaran no lo hicieron hasta que les dio a todas la bendición. Después nos condujeron a la celda donde estaba encerrada Carmen —era la más amplia del convento—. Ella estaba tan bella como la primera vez que la vi: muy bien

peinada, muy bien vestida, con la mirada fulgurante. La superiora abrió la puerta y entramos. Carmen, emocionada, nos abrazó estrechamente primero a Ontananza, después a mí, en tercer lugar a Periñón y por último a su marido.

—Bendito sea Dios porque estás vivo —dijo cuando me abrazó.

Cuando salimos con Carmen a la calle estalló el griterío. En la emoción de aquella tarde, la gente desunció los caballos y arrastró el coche hasta la corregiduría.

A pesar de la ausencia de los señores, la casa de los Aquino estaba en orden: un criado nos abrió la puerta, el perrito estaba ladrando en la escalera, etc. Cuando entramos en la sala, Carmen nos anunció:

—Lamento no poder ofrecerles nada, pero el marqués de la Hedionda cargó con todas sus botellas.

Diego hizo entrar a todos los de la Junta y dijo:

—Es urgente redactar y firmar el acta de la declaración de la independencia.

Periñón, Ontananza y yo cambiamos una mirada pero no dijimos nada. En consecuencia, Diego dictó el acta y el joven Manrique escribió, mientras los demás platicábamos. Cuando el documento estuvo terminado, Diego lo leyó en voz alta. Periñón interrumpió una vez la lectura:

—Tienes un error importante, Diego: la independencia la declaré yo el quince de septiembre, no vas a declararla tú hoy.

Sin oponer resistencia, Diego hizo la corrección, Periñón firmó al pie de la hoja y los demás firmamos después. Al fin de la ceremonia, Diego dijo:

—Ahora, yo delego la autoridad real que tengo en la Junta, para que la Junta pueda proceder a hacer nombramientos.

Entonces Periñón intervino.

—Yo creo, Diego, que es mejor hacer la cosa de otra manera: yo soy el jefe del Ejército Libertador, la ciudad está en nuestro poder. Entonces, basando mi autoridad en esta premisa, te nombro a ti corregidor de Cañada. Espero que sigas administrándola tan bien como lo has hecho hasta ahora.

Diego aceptó el cargo sin titubear.

Al día siguiente, en la mañana, nos pusimos en marcha.

EN LOS DÍAS QUE SIGUIERON AVANZAMOS SIN encontrar resistencia. El ejército, que seguía creciendo marchaba lentamente. Yo pasaba el día independiente, en la delantera, pero en las noches, cuando la columna acampaba, me reunía con los demás jefes para decidir los movimientos del día siguiente.

Cuando platicaba con Adarviles, que iba en la retaguardia, me parecía que marchábamos en ejércitos diferentes. En donde a mí la gente salía a regalarme manzanas o a echarme flores, a Adarviles lo apedreaban o le cobraban los destrozos que el ejército había hecho a su paso. En un paraje desarbolado, un grupo de nuestros hombres tumbó una casa nomás para hacer una fogata con las vigas y calentar las tortillas.

Varios queríamos imponer castigos al que saqueara o hiciera perjuicio en las propiedades civiles. Periñón se oponía. A veces decía:

—Para un hombre cuya vida ha sido pura privación, el robo no es delito.

Y a veces:

—Algún aliciente necesitan estos pobres para ir a la guerra.

Tanta autoridad tenía que nos ganaba la discusión y nunca impusimos castigos.

Al entrar en la sierra de Güemes fueron a decirme que había un hombre a caballo parado en la mitad del camino. Cosa rara, porque los que salían a saludarme tenían buen cuidado de pararse en la orilla para dejarnos el camino libre. Me adelanté al trote y salí a su encuentro. El hombre no se movió al verme, siguió como estaba, con el caballo atravesado en el camino. Arrendé cuando estuve cerca.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

Yo estaba listo para darle con el sable si me repelaba, pero él parecía no buscar pleito: llevaba el machete enfundado. Me miró sonriente y dijo:

—Soy el Patotas.

Recordé. Era el bandido de la sierra de Güemes con quien Periñón había estado en tratos para que cortara el camino. En vez de sombrero llevaba un trapo de seda azul celeste amarrado en la cabeza. Me dijo que quería saludar a Periñón y darle la bienvenida —hablaba de la sierra de Güemes como si fuera su casa—. Hice que dos de a caballo lo llevaran a donde iba Periñón. Cuando el Patotas hizo virar el caballo vi que en la espalda, entre la faja y el cinto, había metido una peineta. Era la peineta casi transparente que había llevado la esposa de don Cirilo Anzorena el día de la fiesta de Carmen.

(Después supimos que don Cirilo, su esposa y otros cuatro señores, habían decidido irse a México unos días antes de que decidieran lo mismo la mayoría de los españoles de Cañada. Habían emprendido el viaje en dos coches, con unos peones armados de escolta. El Patotas bajó de la sierra y les cortó el paso. No dejó uno con vida. El Patotas pretendía que ese acto lo había hecho por cumplir el trato que tenía con Periñón, de cortar el camino entre Cañada y México. Días más tarde, en cambio,

dejó pasar sin molestias a los demás españoles, que iban escoltados por el batallón.)

Al bajar de la sierra el camino llega a un valle fértil en cuyo centro se alza la ciudad de Huetámaro. Ya alcanzaba a ver las torres, iluminadas por el sol brillante del medio día cuando distinguí, en un montículo que había cerca del camino, algo morado que se agitaba con el viento. Al principio creí que serían banderas, pero al acercarme vi que era el palio del obispo Begonia, que estaba acompañado de sus canónigos, iba de sombrero morado, capa pluvial y custodia en la mano.

—Vine hasta acá —me dijo, cuando estuve a su lado—, para saludar a Domingo, decirle que estoy de su parte, y darles a todos ustedes la bendición con el Santísimo.

Le pedí que nos diera rápidamente la bendición a los que íbamos de avanzada para poder seguir adelante. El me contestó:

—Hay otra cosa que es necesario que sepan —hizo una pausa para darle mayor fuerza a la noticia—: hay peste bubónica en Huetámaro.

Con estas palabras me hizo perder tres horas, que fue el tiempo que tardaron Periñón y Ontananza en llegar al montículo en donde el obispo y yo los estábamos esperando.

—Han de ser mentiras —dijo Periñón cuando supo lo de la peste—, pero si eso nos cuenta Begonia, es señal de que no quiere que entremos en Huetámaro. Hace bien. Yo haría lo mismo por Ajetreo si estuviera en sus zapatos. Vamos a darle gusto.

Después de la bendición —todo el ejército puso una rodilla en la tierra y agachó la cabeza, un monaguillo echó incienso— me puse en marcha, pero en vez de seguir derecho a Huetámaro, di un rodeo por el valle y no volví a tomar el camino hasta una legua pasada del pueblo.

Gracias a la intervención de Begonia y a la buena voluntad de Periñón, Huetámaro se convirtió en la única ciudad que, quedando en nuestro camino, no fue saqueada por nuestras fuerzas.

Esa noche, cuando cenábamos dos de mis hombres cruzaron apuestas y me pusieron a mí de arbitro. Se trataba de adivinar qué era lo que iba adentro del coche cerrado que viajaba con el ejército. Uno afirmaba que en él iban los «cofres con el dinero del señor cura», el otro creía que en el coche viajaba el rey don Fernando VII. Querían que yo dijera cuál de los dos estaba en lo cierto. Yo dije que ignoraba la respuesta porque no quería revelar lo que iba adentro del coche sin consultar antes con Periñón.

Esa noche él y los demás jefes la pasaron en una venta que había en medio de un llano muy ancho en el cual había acampado el ejército. Cuando terminó la reunión de los jefes, llevé aparte a Periñón y le dije:

—Anda el chisme corriendo de que en el coche cerrado viaja Fernando VII.

Periñón se alteró:

—¿Pero cómo es posible que crean eso?

Pero consultó con otros y resultó que todos habían oído el rumor.

—Mañana —prometió Periñón— dejaremos aclarado este enredo.

Me pidió que en vez de emprender la marcha en la madrugada, como hacía todos los días, retrocediera con mi gente al llano donde estaba el grueso del ejército.

—Para que vean algo que les voy a enseñar.

En la mañana, cuando llegué con mis hombres al llano, vi al ejército formado en cuadro, por primera y última vez. Se veía imponente. Eran cuatro divisiones con sus jefes por delante y sus banderas ondeando en el airecito fresco de la mañana. Ontananza, que era el comandante supremo y Periñón, que era «el jefe», estaban en el centro del cuadro.

Cuando mi gente tomó su lugar y Periñón vio que el ejército estaba completo hizo una seña y entonces entró el coche cerrado en el cuadro y fue hasta donde estaba Periñón. Reinaba el silencio. Periñón abrió la puerta, ayudó a bajar a sus sobrinas y las hizo que se quitaran los velos. Luego, Periñón hizo que dos mozos abrieran las cortinas y bajaran el toldo del coche. Cuando el coche estuvo destapado, hizo subir de nuevo a las sobrinas y él subió con ellas. El coche dio la vuelta al cuadro y Periñón dijo muchas veces, para que todos oyeran:

—Vean todos que aquí no hay ningún Fernando VII. Estas tres muchachas son mis sobrinas.

Cuando el coche terminó de dar la vuelta regresó al centro y sus pasajeros se apearon. Entonces, todo el ejército, sin que nadie se lo ordenara, gritó:

—¡Vivan las sobrinas del señor cura Periñón!

(Ese día ocurrió un encuentro que yo no vi. Dicen que cuando Periñón llegó al puente del río San Joaquín, lo estaba esperando don José Atanasio Redondo, señor cura de Jaloste, que había sido compañero suyo en el seminario. Los dos hombres se dieron un abrazo muy cariñoso y platicaron un rato, pero no se pusieron de acuerdo. Periñón quería que don Atanasio se uniera a nosotros, pero éste no quiso.) Dicen que contestó:

—Tenemos los mismos ideales, Domingo, pero no los mismos medios. Tú sigue tu camino y yo iré a revolucionar por mi cuenta.

(Periñón no insistió y se separaron con otro abrazo. Periñón siguió la marcha con el ejército y don José Atanasio volvió a cruzar el puente y se fue cabalgando hacia el sur, en donde durante varios años se batió gloriosamente antes de morir fusilado.)

EL CAMINO ATRAVIESA EL VALLE ANCHO, REMONTA SIN prisas la sierra y luego se precipita en un rizo por la cuesta empinada, hasta llegar al plano donde está la ciudad de México. La cima del camino está donde éste se junta con la falda del cerro de los Tostones. Un poco más arriba, a la izquierda, estaba el enemigo.

No era una fuerza grande. Calculé unos tres batallones. Se habían desplegado en el zacatal que hay ya casi en la cumbre del cerro, entre las rocas de la cresta y los bosques de pinos. Saqué el catalejo y observé: lo primero que vi fueron los cuatro cañones de mi batería. Cerca de ellos, en un asta clavada en la tierra, ondeaba la bandera del batallón de Cañada.

La disposición de aquella fuerza era extraña: ventajosa pero no precisamente ofensiva. Estaban a la vista, pero habían dejado abierto el camino. Nos daban a escoger entre cubrir el camino y pasar de largo, arriesgándonos a que ellos nos atacaran cuesta abajo, o bien, rodearlos y atacarlos en la posición que tenían —cuesta arriba—. Las dos alternativas requerían una pelea sangrienta que ellos iban a perder, porque teníamos superioridad de quince a uno. Hice a mi gente tomar posiciones y mandé avisar a Periñón y Ontananza. Eran las tres de la tarde. Ellos llegaron a donde yo estaba a las cuatro y media, al galope. Después de estudiar el terreno, Ontananza decidió que no podíamos pasar de largo.

—Si nos atacan, malo y si no nos atacan, peor, porque queda la fuerza intacta y nos va a caer después por la espalda.

—Estaba convencido de que una vez llegados al valle íbamos a tener que enfrentarnos a una fuerza mucho mayor. Por esta razón decidió atacar al enemigo donde estaba, pero hasta el día siguiente.

—¿No será mejor atacar ahora mismo —dijo Periñón—, para no dejar que el miedo fermente? Ontananza contestó:

—Se haría de noche antes de empezar el combate y la gente está muy cansada.

Periñón no insistió. Fue una de las pocas veces que no impuso su criterio.

Ontananza estableció el puesto de mando en un altillo, hizo su plan de ataque y nos mandó llamar a los jefes para darnos instrucciones. Había dividido el ejército en cuatro columnas. Dos de ellas, al mando de Borunda y Mesa, respectivamente, tenían a su cargo el ataque frontal de la posición enemiga, la tercera columna, al mando de Adarviles, daría la vuelta al cerro del Joconoxtle y, guiada por unos campesinos de la región que eran partidarios nuestros, ascendería al cerro de los Tostones por una senda abrupta que había en la vertiente opuesta, hasta llegar a la cresta y atacar al enemigo por la espalda. Yo iba a estar al mando de la cuarta columna, que era de caballería. Mi misión consistía en ocupar el camino, negándoselo al enemigo, es decir: batiendo los refuerzos que pudieran llegarle de la ciudad de México y cortándole el paso cuando tratara de retirarse al desalojar la posición.

—Cosa que debe ocurrir —dijo Ontananza—, a más tardar, al medio día.



Hacía frío. Cuando terminó la reunión y nos despedimos el cielo estaba cubierto de estrellas. Al darme la mano, Periñón me preguntó:

—¿Cómo te cae la idea de tener que enfrentarte mañana a tus compañeros de batallón?

Le dije que la perspectiva no me afectaba en la mayoría de los casos, porque eran hombres a los que yo había tratado siempre con la idea de que algún día tendría que batirme con ellos. El del personal de mi batería, en cambio, era muy distinto, porque siempre creí que si había guerra ellos quedarían a mi lado.

—A veces pienso —agregué— que si la noche en que murió Juanito yo hubiera estado más listo, los indios del Paso de Cabras se hubieran quedado con nosotros.

—No te atormentes —me aconsejó Periñón—. Piensa que si se hubieran quedado con nosotros correrían el mismo peligro que corren de morirse mañana.

La noche fue larga. La gente durmió mal a causa del frío que hacía en esas alturas, los hice levantarse a deshora y ensillar, avanzar por el camino a oscuras, uno se durmió y cayó del caballo, otro se desbarrancó.

Cuando empezaba a clarear ya estábamos en posición: dispuse una línea de tiradores para defender el camino, hice que el grueso de la columna se situara en un llano que quedaba oculto del enemigo y fui a pararme en un promontorio desde donde podía ver a éste, el camino, el campo del ejército insurgente en el cerro de los Tostones y la caballería a mi mando. Estaba levantando el catalejo cuando un soldado llegó a preguntarme:

—¿Que si podemos encender fuego para calentar las tortillas?

—Que coman tortillas frías —ordené.

No quería que el enemigo, viendo el humo supiera que le habíamos cortado la retirada.

Al poco rato vi a lo lejos a Adarviles, a la cabeza de su columna, que empezaba a darle la vuelta al cerro del Joconoxtle. Pasaron las horas y nada, el ataque no comenzaba. Los soldados enemigos encendieron fuego, calentaron la comida y almorzaron con calma. Luego tomaron posiciones defensivas: una línea que parecía inexpugnable. Por fin, a las once, del bosque salió un griterío:

—¡Viva la independencia! ¡Viva la Virgen Prieta! ¡Viva el señor cura Periñón!

El enemigo preparó mosquetes. En el campo insurgente se oyeron trompetas, el rumor de mucha gente que se pone en movimiento, después los pinos blanquearon y por fin, del cobijo del bosque salieron al zacatal las columnas. Las vi como dos hilos de hormigas blancas que subían lentamente la cuesta para no perder aliento. Avanzaban al descubierto, mientras no apareciera Adarviles no había esperanzas de sorpresa de ninguna especie. El enemigo cambió de posición levemente, para hacer frente a las dos columnas. Pasó un rato en silencio, luego, tronaron los cañones — ¡mis cañones!—. No atinaron. Habían apuntado bajo. Sin embargo, las columnas parecieron titubear un momento, luego siguieron su marcha hacia arriba, lentamente. Otra descarga de artillería: ésta causó bajas en el centro de las columnas. Hubo un

pequeño desorden, pero duró sólo un momento. El avance siguió. Un toque de corneta en el campo enemigo, los soldados se echaron el rifle a la cara, pero no dispararon. Las cornetas insurgentes tocaron «a la carga». Las columnas empezaron a desplegarse y a avanzar a la carrera. Entonces sonó la descarga cerrada. Las primeras filas de los atacantes desaparecieron entre el zacate, los demás bajaron corriendo el trecho que habían subido tan lentamente. El enemigo no intentó perseguirlos y permaneció en posición.

En el bosque los insurgentes se detuvieron, se serenaron, sus jefes los pusieron en orden, los hicieron volver a formarse y a avanzar otra vez cuesta arriba. Otra vez resistieron los cañonazos, pero la descarga de fusilería los hizo desbandarse y bajar corriendo la cuesta, al llegar al bosque, los jefes volvieron a dominarlos, los hicieron formarse y avanzar otra vez.

Cuatro asaltos hubo ese día y tres veces el enemigo puso fin al avance con una descarga cerrada. Ni el enemigo se movió de su posición ni los insurgentes cambiaron de táctica o dejaron de insistir. En el tercer asalto Borunda cayó herido, el señor Mesa, muerto. Periñón y Ontanza los sustituyeron. Dicen que Periñón decía:

—No se me rajen ahora, muchachos, es cosa nomás de aguantar un ratito.

Volvieron al asalto. Esta vez rindieron fruto la perseverancia de los insurgentes y el error que había en la táctica del enemigo: la descarga cerrada es estruendosa y dramática, pero tiene el defecto de dejar a la fuerza inerte durante el tiempo que tardan los soldados en cargar mosquetes. Lo que pasó en el cuarto asalto fue que al recibir la descarga —y gracias a la insistencia de los jefes—, los insurgentes que no cayeron siguieron avanzando. Los primeros en alcanzar la posición enemiga murieron a bayonetazos, pero ya la batalla estaba decidida. Una ola de gente subió a la cumbre y acabó con los coloniales, que resistieron valerosamente: de mil hombres que eran se rindieron catorce.

Desde el lugar en que yo estaba vi la batalla de principio a fin sin intervenir para nada. No podía moverme de mi puesto por si el enemigo se retiraba o le llegaban refuerzos de México. Ninguna de las dos cosas pasó: yo y mi columna fuimos inútiles. Estaba atardeciendo cuando vi a Periñón arrancar la bandera de España y clavar en la tierra la de la Virgen Prieta. Entonces yo y todos mis soldados celebramos la victoria que habían ganado nuestros compañeros a gritos:

—¡Viva la independencia!, etc.

El cerro de los Tostones estaba cubierto de muertos. Cuando llegué a la cumbre encontré a Periñón pensativo, parado en el zacatal, rodeado de cadáveres. Al verme sonrió un momento, después la sonrisa se desvaneció y me dijo:

—Hicimos una matanza.

En vez de festejar su triunfo, los soldados victoriosos andaban cargando muertos, curándose las heridas o buscando entre el zacate algún amigo perdido. Hice desmontar a mis hombres y los puse a ayudar en esta tarea triste.

Al rato apareció Adarviles en la cresta del cerro. Lo seguía su columna. Iban muy

fatigados. Adarviles fue al puesto de mando y se excusó con Ontananza. Dijo que había perdido primero a los guías y después el camino. Había pasado el día yendo de un lado a otro por la sierra hasta que encontró el sendero que conduce a la cresta del cerro de los Tostones.

—Si llegas antes —le dijo Ontananza, cortante— el resultado hubiera sido el mismo, pero hubiéramos acabado más pronto. Perión fue más cordial. Le dijo:

—Mira, pon a tu gente a hacer zanjas para enterrar a los muertos.

El entierro es la parte más terrible de la victoria. Entre los amigos caídos estaba el señor Mesa, con tres balazos en el cuerpo, dos de sus hijos y varios hombres que habían sido de mi confianza. Como siempre, los mejores fueron los primeros en caer. Entre los enemigos encontré a los indios de Paso de Cabras, el cabo Berrueco, el mayor Trujano y el coronel Bermejillo. Yo mismo cavé la fosa de este último. Recordé que me había dicho que quería que lo enterraran en Elche y que yo había apuntado este deseo en un cuadernito por si algún día estaba en mi mano cumplírselo. Lo enterré en el cerro de los Tostones y al cubrir la fosa clavé encima su sable, para saber en dónde había quedado su cuerpo. De nada sirvió, porque esa misma noche se robaron el sable.

Cleto quería pasar lista para saber quiénes eran los que habían caído. Perión se opuso.

—Ya bastante sangre vieron para que los hagamos oír una lista llena de silencios. Al contrario: muevan piedras y formen un monumento que diga, «aquí triunfamos», y vamos a celebrar la victoria con una cena especial.

El día anterior una partida forrajera había caído sobre un ganado. Por órdenes de Perión se mataron cien reses, se encendieron lumbres y se pusieron a asar, se formó otra partida que fue a buscar pulque en los ranchos de la región. Ontananza escogió el lugar donde se levantaría el monumento. Perión y yo fuimos a ver a los heridos.

Un soldado viejo, de los lanceros de Abajo, le había sacado a Borunda, con un cuchillo, la bala que tenía en el muslo y estaba cubriendo la herida con un emplasto de penca de nopal machacada. Borunda estaba sufriendo.

—Lo importante, Emiliano —dijo Perión— es que esta noche no te vayas a resfriar. Tápate bien con el capote. Ya mañana dormirás en un lugar más cobijado.

Cuando nos alejamos de Borunda, Perión me confesó:

—Ya sé que es una pendejada lo que dije, ¿pero qué otra cosa le puedo decir a este pobre?

Vimos heridas horribles. Perión dispuso que al día siguiente los heridos que no estaban tan malos cargaran a los que estaban peor y los llevaran a Polotla, donde habíamos dejado la retaguardia. Hecho esto, señaló la cresta del cerro y me dijo:

—Vamos a ver qué hay del otro lado.

Escalamos con cuidado a la luz de las estrellas. Perión iba adelante. Cuando lo alcancé en la cima estaba parado en silencio. Entonces vi que a lo lejos, en medio de la oscuridad del valle, había una mancha de lucecitas: era la ciudad de México.

Dormí mal. Fue una noche llena de ruidos: había heridos que se quejaban, sanos que mascullaban en sueños, pasos furtivos, los caballos estaban inquietos. En la madrugada caí en un sueño profundo y cuando desperté había amanecido. Perión y Ontananza estaban en el rescoldo de una fogata con jarros de hojas de naranjo en la mano. Cuando me acerqué a ellos, Perión me dijo:

—Se fue la mitad del ejército. No entendí lo que me decía:

—¿A dónde?

—Desertaron —dijo Ontananza.

Vi a mi alrededor. La mitad del campo había desaparecido.

—¿Pero por qué los dejaron ir? ¿Dónde estaba la guardia?

—Se fue con ellos —dijo Perión.

Era el segundo efecto de la batalla: muchos de los hombres que participaron en el combate del día anterior habían comprendido que no querían participar en otro al día siguiente. Desertaron sin que nadie se lo impidiera, porque Adarviles, que había estado al mando de la guardia de noche había hecho lo mismo.

—Parece que se mosqueó por lo que le dije ayer cuando llegó tarde —dijo Ontananza.

Se había llevado su compañía de fusileros.

A Perión parecía no importarle mucho la deserción en masa.

—Ustedes querían un ejército más chico —nos dijo—. Ya lo tenemos.

Hicimos que la gente se formara en el zacatal, para pasarle revista. Nos dimos cuenta de que el ejército libertador seguía siendo enorme y mal disciplinado, con un defecto nuevo: los ánimos estaban bajos. La deserción de en la noche les ponía en la cabeza dudas que no disipaba el triunfo del día anterior.

—Necesitamos nuevos jefes —dijo Ontananza.

Hicimos una ceremonia solemne, lo más marcial posible, con bandera en el asta, toques de corneta, voces de mando. Ontananza leyó la lista de los que se habían distinguido en la batalla del cerro de los Tostones: un paso al frente. Luego los ascendimos, algunos hasta varios grados. Hubo cabo que llegó a capitán aquel día. Perión abrió el cofre y repartió dinero entre la tropa.

—Espero que esto los anime un poco —me dijo, cuando acabó el reparto.

—Tienen tiempo libre hasta las tres de la tarde —dijo Ontananza a la tropa antes de que rompieran filas.

En la punta de un cerro no había mucho qué hacer ni en qué gastar el dinero.

Hicimos un consejo del mando supremo al que nomás asistimos tres, porque Borunda iba en angarillas rumbo a Polotla. La pierna se le había puesto morada.

—Tú crees que tendremos otro encuentro antes de llegar a la ciudad de México —preguntó Perión a Ontananza.

—No hay duda —fue la respuesta.

Dio sus razones: el tiempo que había pasado desde la toma de Cuévano era bastante para movilizar a las tropas que había en el cantón de Perote. Si antes del

cerro de los Tostones no habíamos encontrado ninguna fuerza enemiga era porque las disponibles estaban en el valle, esperándonos, para impedir que tomáramos la ciudad de México.

Al oír el razonamiento, Periñón dijo:

—Yo creo que si mañana tenemos otra batalla, cualquiera que sea el resultado, será el fin de este ejército.

Ontananza y yo fuimos de la misma opinión. Entonces se nos ocurrió la idea de hacer una retirada para preparar la ofensiva: si la batalla en el valle era segura y hubiera sido fatal, no había que arriesgarla, en vez de avanzar a México había que retroceder a Cañada y allí preparar un ejército que en tres meses sería invencible. Entonces avanzaríamos para tomar la ciudad de México. Durante un rato hablamos, interrumpiéndonos constantemente para explicarnos unos a otros cómo iba a ser el nuevo ejército que íbamos a formar. Ni a Periñón ni a Ontananza ni a mí se nos ocurrió hacer una avanzada para comprobar si realmente había una fuerza enemiga entre nosotros y la ciudad de México.

A las tres de la tarde se formó la gente y Periñón les dio la noticia.

—La toma de México será otro día, muchachos. Por lo pronto, vamos a Cañada.

Saber que no iban a tener que dar otra batalla al día siguiente entusiasmó más a nuestros hombres que los ascensos y el dinero que Periñón les había repartido. Espontáneamente se quitaron los sombreros y gritaron:

—¡Viva la independencia! ¡Viva la Virgen Prieta! ¡Viva el señor cura Periñón!

Periñón declaró inaugurado el monumento que decía «aquí vencimos» y el ejército se puso en marcha. Empezó a recorrer lentamente, en sentido opuesto, el camino largo que lo había llevado al cerro de los Tostones.

ACABÁBAMOS DE COMETER EL ERROR MÁS GRANDE DE la campaña. Al tomar la decisión de retirarnos habíamos seguido un razonamiento correcto —si no hay esperanzas de ganar no hay que arriesgar— basado en una premisa falsa —no había fuerza enemiga entre nosotros y la ciudad de México—. La capital estaba desguarnecida, los españoles ricos se habían ido a Puebla y estaban listos para irse hasta Veracruz; entre la gente pobre había confusión: unos estaban espantados y otros robando. Los españoles que por obligaciones o falta de medios no habían podido huir, cargaron en andas la imagen de la Virgen del Rayo —patrona de los gachupines— y la llevaron en procesión por las cinco garitas de la ciudad, para que conociera el terreno que ella tenía que defender sola contra el Ejército Libertador. Después dijeron que nuestra torpeza había sido un milagro.

Parte de los desertores se dispersó, yéndose cada quien para su tierra, el resto se formó en bandas que asolaron una extensa región. Nos precedían y a donde quiera que llegáramos encontrábamos sus huellas: milpas quemadas, casas tumbadas, restos de animales muertos nomás por capricho. Costaba trabajo creer que los pueblos por los que pasábamos en nuestra contramarcha eran los mismos que habíamos visto unos días antes: Habían sido risueños y ahora estaban abandonados y en ruinas. Sus habitantes no nos habían esperado, se habían ido, llevándose lo poco que habían dejado los desertores. No quedaba ni una mazorca ni un pollo. Cada día que pasaba nuestras partidas forrajeras tenían que ir más lejos a buscar bastimento.

—Estos daños, la historia nos lo ha de achacar —dijo Ontananza contemplando una hacienda incendiada.

Borunda estaba irreconocible. La hinchazón de la pierna se había extendido deformándole todo el cuerpo.

—Ya verás, Emiliano —le decía Periñón—: Benjamín te pondrá sano en un dos por tres.

Benjamín —el doctor Acevedo— estaba a cuarenta leguas.

La noche que paramos en La Joyita, Periñón escribió dos cartas. Una era para Diego Aquino y decía:

«Querido Diego:

»Te escribo para decirte que hemos ganado una gran victoria, aunque por consideraciones de estrategia decidimos no llegar hasta la ciudad de México. Vamos de regreso a Cañada. Ve pensando dónde alojar diez mil hombres y cómo alimentarlos tres meses. Saludos cariñosos.

»Periñón».

La segunda era para Aldaco:

«Querido Pepe:

»Ha llegado el momento de formar un ejército invencible. Deja en Cuévano lo peorcito de tus tropas: una guarnición simulada que no servirá para nada. Ya sabemos

que esa ciudad es indefendible. Tráete el dinero, el grueso de tu división, y encuéntranos en Cañada. Un abrazo.

»Periñón».

Mandó las cartas con dos lanceros de Abajo, uno se fue a Cuévano y el otro a Cañada. Al día siguiente, antes de ponernos en marcha, Borunda quiso confesarse.

—Emiliano es casi un santo —comentó Periñón después de absolverlo—. Comete pecados de niño.

Borunda murió llegando a Tlaxiaco. Allí lo enterramos.

—Pobre Emiliano —dijo Periñón, hablándole al montoncito de tierra—, ¿quién te hubiera dicho que habías de morir tan lejos de tu reloj?

Clavó en la tierra un ramito de zempasúchil.

Al cruzar el Bagre entramos en la diócesis del obispo Begonia. En las paredes del primer pueblo, Moloya, vi pegados los bandos por primera vez. Arrendé la yegua y me arrimé para ver qué decían.

Era una carta pastoral que se refería al Ejército Libertador. Aliento de Satanás, nos llamaba. Decía que éramos el chahuixtle, una plaga que Dios había permitido para castigar los pecados de la región. Nos describía como ateos, asesinos y blasfemos, dirigidos por un sacrílego —Periñón—. A partir del día en que había sido fechada la carta estábamos excomulgados. No sólo nosotros sino todo el que se nos asociara. Daba ejemplos de esta asociación: darnos una tortilla, decirnos las señas de un camino, etc. Firmaba Begonia en latín. La carta había sido escrita tres días después de que lo encontramos y nos dio la bendición con el Santísimo.

Ontanza se puso furioso al leer los bandos.

—Vamos a Huetámara y le quemamos la casa —propuso.

Periñón parecía divertido.

—Apuesto a que cuando nos vea se retracta y nos da la absolución.

Aunque la mayoría de nuestra gente no sabía leer, hicimos que la descubierta arrancara los bandos que encontrara y los quemara. A pesar de esta precaución, alguien leyó, la voz corrió, y al poco andar ya todo el ejército sabía que estábamos excomulgados. Este conocimiento tuvo dos efectos: unos desertaron, a otros —la mayoría— no les importó. Alguien compuso una canción que los hombres cantaban en la noche, a la luz de la fogata. Empezaba así:

«Soy soldado excomulgado  
del señor cura Periñón...», etc.

En Paso del Macho nos esperaban los dos lanceros que habían ido con los mensajes que Periñón había escrito. Traían malas noticias. El que estaba encargado de ir a Cañada no había podido entregar la carta. Por una razón sencilla: la ciudad estaba en poder de los españoles. El otro había tenido mejor suerte. No había tenido necesidad de llegar a Cuévano para cumplir su misión, porque había encontrado a Aldaco en el camino. Había entregado la carta y traía la contestación, que decía:

«Queridos amigos:

»Voy con mi tropa a marchas forzadas hacia el valle de Cuijas en donde espero encontrarlos a ustedes. Estén preparados. Me sigue de cerca el general Cuartana con la división de Perote, a la cual prefiero no enfrentarme solo. Nos vemos.

»Aldaco».

Fue un rato amargo el que pasamos al leer esta carta no sólo por lo que anunciaba sino por lo que esto implicaba: que la división de Perote, que nosotros hacíamos detrás, en México, estaba enfrente y venía a nuestro encuentro. No sólo eso, sino que ya nos había arrebatado el lugar que creíamos que iba a ser nuestro nido: Cañada.

Ontanza y yo empezamos a lamentar no haber tomado la ciudad de México. Periñón nos interrumpió:

—Ya ni llorar es bueno. Cuijas dijo Pepe, vamos a Cuijas.

Hay cuatro cerros que forman un arco. Frente a ellos del lado cóncavo, hay un llano que se extiende hasta la sierra de Las Palomas, que azulea en la distancia. Así es el valle de Cuijas. La cuerda del arco es el camino a Huetámara.

Llegamos al medio día, hacía mucho calor, los cerros estaban desiertos, un pajarito cantaba parado en un nopal, los cazahuates estaban en flor. Ontanza arrendó y recorrió el lugar con la mirada.

—Este es el lugar propicio para dar la batalla —dijo.

Desplegó el ejército a la defensiva, en la media luna que forman las faldas de los cerros, con dos posiciones fuertes en los extremos, montadas sobre el camino. Tras de esta defensa estaba el tren de los bastimentos y la caballería, que Ontanza volvió a querer que yo mandara.

—Si ves que el enemigo ataca los extremos —me dijo— queriendo obligarnos a desalojar el camino, tú sales con los caballos y le das por el flanco, pero no lo sigas, regresas a tu lugar.

Ocupamos las alturas, para evitar un ataque de retaguardia, encontramos un manantial, hicimos que la gente levantara una cerca de piedra, que le sirviera de parapeto. Cuando cayó la noche los hombres estaban agotados pero la posición era casi inexpugnable.

—Esta será la batalla decisiva —dijo Ontanza—. Si la perdemos, se acabó el ejército libertador.

En la mañana, Periñón hizo formar a la gente y les presentó el otro lado de la medalla:

—El enemigo que nos va a atacar se llama la división de Perote. Sepan, muchachos, que si acabamos con ella habremos ganado la guerra, porque ya no hay más soldados coloniales en todo el país. Pasaron tres días que usamos en reforzar nuestra posición y acumular bastimento. Nuestras partidas forrajeras causaron mucho perjuicio en la región. Al atardecer del tercer día vimos una columna que avanzaba por el camino: era Aldaco.

Había perdido por deserción más de tres cuartas partes de su gente, en cambio, le había aumentado el bagaje: traía a su familia y la de Ontanza, no sólo mujeres e



hijos, sino a sus padres y madres y primos hasta de segundo grado, todos en dos coches, en otros dos iba el dinero, y mero atrás jalado y empujado como siempre, «el Niño».

—Me siguen de cerca —dijo.

Pasamos una noche tranquila, pero me despertó la diana de los coloniales. Estaba clareando. Subí a una peña y levanté el catalejo. Vi una fuerza grande y bien disciplinada. Calculé uno o dos regimientos de artillería, tres de caballería y, por lo bajo, cinco batallones. Comprendí que, sin querer, Periñón había dicho la verdad: si acabábamos con aquella fuerza no quedaba un soldado colonial en el país. El trabajo era acabar con ella.

El enemigo se desplegó en el llano, como si esperara que nosotros lo atacáramos.

—Ya pueden esperar sentados —dijo Ontananza y ordenó apostar las defensas.

Aldaco quedó al mando del ala izquierda, la más cercana al enemigo, Periñón, de la derecha, Ontananza del centro y yo de la caballería.

Durante cuatro horas las dos fuerzas estuvieron frente a frente, mirándose sin moverse. Por fin, el general Cuartana ha de haber comprendido que si de esperar se trataba llevaba las de perder, porque ellos no tenían agua y nosotros sí. Ordenó fintas: un destacamento de infantería se desprendió de la línea y avanzó hacia la posición de Aldaco. Yo estaba listo para salir al ataque, pero Ontananza me detuvo:

—Déjalos que vengan, no los espantes.

Aldaco recibió al enemigo con una descarga de fusilería demasiado larga y éste se retiró sin bajas. Se repitió el movimiento, idéntico, por el lado izquierdo. Periñón, que algo había aprendido en la batalla del cerro de los Tostones, esperó a que el enemigo estuviera cerca para soltar la descarga. Cuando el enemigo vacilaba, yo salí con mis hombres, a la carga, y les di el puntazo. Se retiraron con pérdidas. No los seguimos, regresamos a nuestro lugar.

El enemigo avanzó simultáneamente en tres columnas, dirigidas hacia el centro y los extremos de nuestra posición. Ontananza me dijo:

—Cuando yo te diga, sales y cortas la retirada a estos que vienen en medio. Pero no te alejes más de cien varas.

Así lo hicimos. Después de la primera descarga salí con la caballería, describimos un arco y partimos la columna enemiga en dos, provocando una desbandada. La caballería enemiga avanzó sobre mí para obligarme a soltar la infantería, pero al hacerlo quedó al alcance de nuestros cañones que tronaron causando bajas y provocando pánico en la caballada. El enemigo se retiró en desorden y nosotros regresamos a nuestra posición. Ontananza estaba radiante:

—Es cosa de tener paciencia —me dijo—. Si esto sigue así, acabaremos con ellos antes de que se meta el sol.

En el campo había una ringla de muertos enemigos. Nuestros hombres empezaban a sentir confianza en la victoria.

El enemigo volvió al ataque a las cuatro, en tres columnas. Esa vez las bajas

fueron más severas y la retirada más desordenada. Casi parecía desbandada. Esa fue nuestra perdición. Periñón salió del parapeto y gritó:

—A la carga, mis valientes.

Con un griterío toda el ala izquierda dejó su puesto y avanzó corriendo. Al ver esto Aldaco hizo lo mismo con su gente. Ver nuestras tropas corriendo detrás del enemigo era tentación muy fuerte. Iba a seguirlos cuando Ontanza me detuvo. Estaba furioso.

—No te muevas hasta que yo te diga —ordenó.

Logré contener a mi gente. Vimos cómo nuestros compañeros, más fieros que nunca, corrían detrás de los soldados que huían, los alcanzaban y los tendían a machetazos. Mientras más enemigos caían más fieros se ponían los insurgentes y más aprisa corrían. Era una trampa. Iban acercándose a la línea enemiga, que los estaba esperando. La primera descarga causó mortandad terrible. Igual cayeron los que huían que los que iban persiguiéndolos. El avance se detuvo bruscamente, los que estaban vivos se quedaron parados, mirando, sin comprender, la humareda que tenían enfrente. Allí los agarró la segunda descarga que fue todavía más mortífera. Luego, nuestros compañeros empezaron a correr hacia nuestras líneas. Era desbandada. Cuando la caballería enemiga salió de su posición para cortarles el paso, Ontanza se volvió a mí y me dijo:

—Van a hacerlos pedazos. Sal a ver qué puedes hacer por ellos. Salí con la caballería, choqué con la del enemigo, nos enredamos con ellos, durante un rato luchamos a machetazos confusamente. Muchos cayeron. Cuando el enemigo se retiró, nos retiramos.

Cuando regresé a nuestras líneas creí que la batalla seguía indecisa, pero al rato me di cuenta de que las bajas en las dos alas habían sido terribles. Ontanza tuvo que enviar refuerzos para defender las dos posiciones sobre el camino.

Al atardecer, dos de a caballo se acercaron con bandera blanca: querían tregua para recoger heridos y muertos. Se las concedimos e hicimos lo mismo. Nuevas zanjás, más heridos, otro entierro. Cuando nos reunimos los jefes, Periñón nos dijo:

—Ya se que metí la pata. Es culpa mía. No les pido perdón porque no lo merezco. Lo vimos tan contrito que tratamos de levantarle el ánimo.

—No te preocupes —dijimos—. Mañana se compone la cosa. A cualquiera le pasa, etc.

A esas horas ya estaba claro que habíamos perdido la guerra. El general Cuartana también lo sabía. Espero a que fueran las once de la mañana siguientes para ponerse en marcha, con banderas, bandas de guerra, voces de mando, etc. Toda nuestra gente vio cómo la división de Perote se ponía en movimiento. Unos cuantos optimistas dijeron «se retira», «van derrotados», pero nadie les creyó. Todos sabíamos que era una fuerza que se alejaba para darnos la puntilla en otra ocasión. Tan confiados estaban que no íbamos a seguirlos que ni siquiera se molestaron en cubrir la retaguardia. Los vimos alejarse en el llano hasta perderse de vista.

DURANTE DOS MESES CUARTANA FUE NUESTRA SOMBRA: a veces se adelantaba, otras iba detrás, pero nunca se despegaba. Quisimos ir a Huetámara: allí estaba Cuartana. Volvimos a rodear la ciudad e hicimos camino a Cañada: la encontramos defendida y Cuartana iba pisándonos los talones. Regresar a Cuévano, ni pensarlo. Atravesamos el Plan de Abajo con Cuartana por detrás, íbamos de un lado a otro buscando un refugio en vano: tomamos varias ciudades, nos recibían a balazos y a los dos o tres días teníamos que desalojar porque llegaba Cuartana. Entramos en la región de Mezcala: Cuartana nos siguió.

Íbamos de un lado a otro perdiendo gente. El Ejército Libertador se estaba desbaratando. Mandábamos una partida a hacer un reconocimiento: no la volvíamos a ver; dejábamos un destacamento a cubrirnos la retaguardia: nunca nos alcanzaba.

—Al próximo que deserte —propuso Ontananza a los jefes—, lo seguimos, lo alcanzamos y lo pasamos por las armas, para poner el ejemplo.

Aldaco y yo estuvimos de acuerdo, Periñón se opuso.

—¿Cómo vamos a fusilar a alguien porque deserta? Hacen bien. Es lo que haríamos nosotros si no estuviéramos metidos en esto hasta el cogote. Cada hombre que se nos va es un cargo de conciencia que se me quita.

Las avanzadas de Cuartana nos hostilizaban constantemente. Nos atacaban, les respondíamos, se retiraban, no los seguíamos, volvían a atacarnos, etc.

—Lo que no entiendo —dijo Aldaco una noche es por qué no nos ataca en forma y nos hace pedazos de una vez.

Estuvimos discutiendo y llegamos a la conclusión de que estaba esperando que perdiéramos más gente y llegáramos a un lugar propicio para sacrificarnos, cosa que no iba a tardar en ocurrir.

—No hay que esperar —dijo Periñón.

Propuso «aligerar»: dispersar la tropa y nosotros huir llevando nomás lo indispensable —las familias—, con la esperanza de dejar atrás a Cuartana hasta que nos perdiera de vista. Discutimos, pero en el fondo los cuatro estábamos de acuerdo en que aquella guerra estaba perdida, que no había caso de hacer otra matanza y que si queríamos la independencia lo que teníamos que hacer era ponernos a salvo para empezar otra vez desde el principio.

No perdimos tiempo. Fuimos despertando a la tropa en grupos, que se acercaban a la fogata en donde Periñón les decía:

—Váyanse a sus casas, muchachos, y estense muy calladitos. Cuando vuelva a necesitarlos para luchar por la independencia, les aviso.

Abrió los cofres y repartió casi todo el dinero que había en ellos.

Cuando amaneció, en el campamento no quedábamos más que los jefes, las familias, los coches y «el Niño». Abandonamos «el Niño» y nos fuimos hacia el norte con los coches.

Pasamos por Salto de la Tuxpana, por Mexcalapa, por Huantla. La división de Perote fue quedándose atrás, hasta perderse en lontananza. Llegamos a Las Lajas, una región en donde nadie nos conocía. No sabían ni siquiera que había habido revolución. Seguimos siempre yendo hacia el norte, atravesamos un desierto en el que no crecían más que yucas. Al final del desierto estaba la sierra de Las Agujas. Al poco andar encontramos un arroyo y, junto al arroyo, el primer encino. Nos detuvimos a descansar tres días.

Al atardecer del tercero llegó un hombre a caballo. Parecía un ranchero.

—Busco al señor cura Periñón —dijo.

—Soy yo —dijo Periñón.

El hombre le entregó un sobre lacrado, que Periñón abrió. Al pie de la página firmaba Adarviles.

«Hermanos», decía la carta:

«Ustedes han de creer que los traicioné, pero no fue así. Mis soldados me hicieron prisionero y me entregaron a los españoles. Por fortuna pude escapar. Ya les platicaré cómo fue. Por lo pronto les digo que estoy en la hacienda del Ojo Seco. Vénganse a descansar unos días y después juntos volveremos a luchar por la independencia.»

Discutimos dos horas. Ellos trataron de convencerme de que lo que decía aquella carta podía ser verdad. Estaban asoleados, cansados de andar huyendo, pensaban en las familias que habían pasado incomodidades, era natural que quisieran ir a pasar unos días en una hacienda. Yo no tenía familia y por eso no creí lo que decía la carta.

—Adarviles nos traicionó una vez y volverá a traicionarnos —dije—. A esa hacienda no voy.

No pudieron convencerme ni pude convencerlos, optamos por separarnos. Lo hicimos de buena manera, sin pleito. Dijimos que en unos días volveríamos a encontrarnos, pero nos despedimos de abrazo. Cuando fue el turno de Periñón, me confesó:

—Voy a la hacienda del Ojo Seco porque ya quiero que acabe pronto esta historia.

Ellos subieron en los coches y yo monté en la yegua, ellos se fueron hacia el poniente y yo seguí hacia el norte, hacia Nacogdoches. No volví a verlos.

Dicen que al llegar a la hacienda del Ojo Seco, Adarviles los estaba esperando en el patio y que los recibió cariñoso. Parece que platicaron, cenaron y que después se acostaron. Ya estaban dormidos cuando llegaron «los hombres». Los separaron de sus familias —a Periñón, de sus sobrinas— y, amarrados los sacaron al patio, en donde ya estaban esperando tres coches. Hubo entonces una última trifulca y Ontananza ganó una pequeña victoria: parece que trató de escapar, para evitarlo, un oficial disparó una pistola y la bala fue a dar, sin querer, a la frente de Adarviles, que murió en el acto.

Después los tres amigos fueron separados. Periñón fue llevado a Horcasitas, Ontananza a Mezcala y Aldaco a Pedrones —tres ciudades en donde nuestras ideas nunca tuvieron eco y en donde nuestros hechos no fueron aplaudidos—. Los juzgaron

por separado, pero los tres fueron condenados y murieron rayando el sol.

El juicio de Periñón duró seis meses, los fiscales fueron el licenciado Manubrio y el obispo Begonia, quienes lo acusaron, respectivamente, de veintiséis delitos civiles y treinta y dos eclesiásticos —todos múltiples—. El tribunal lo encontró culpable de todo. Pero no paró allí la cosa: querían que se arrepintiera de lo que había hecho y que firmara un acto público de contrición.

Dicen que Periñón preguntaba:

—Si ya me condenaron, ¿para qué quieren que me arrepienta?

—Para poder darte la absolución, Domingo —contestaba el obispo Begonia.

—No me interesa.

No firmaba y por eso duró seis meses el juicio.

Dicen que en las noches jugaba baraja con el licenciado y el obispo, que iban a visitarlo en la cárcel. Jugaban Paco Chico. Periñón ganó trescientos reales que le regaló al carcelero. Por fin, el veintisiete de agosto dicen que dijo:

—Tráiganme en la mañana el acto de contrición, y lo firmo.

El veintisiete, en la madrugada, le llevaron el escrito. Dicen que lo leyó cuando estaba desayunando y cuando terminó el chocolate, firmó. Después lo llevaron a un basurero y lo fusilaron.

En el lugar donde escurrió su sangre, dice la gente, nació una mata de ese nopal chiquito que da flores rojas y se llama «periñona»

Dieciséis años pasaron antes de que alguien se diera cuenta de que, en el acto de contrición que le llevaron, Periñón, en vez de firmar, escribió nomás «López».



JORGE IBARGÜENGOITIA (Guanajuato, 1928 - Mejorada del Campo, 1983). Escritor y periodista mexicano, considerado uno de los más agudos e irónicos de la literatura hispanoamericana y un crítico mordaz de la realidad social y política de su país. Estudió en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México y fue becario del Centro Mexicano de Escritores y de las fundaciones Rockefeller, Fairfield y Guggenheim. Su obra abarca novelas, cuentos, piezas teatrales, artículos periodísticos y relatos infantiles. Su primera novela, *Los relámpagos de agosto* (1965), una demoledora sátira de la Revolución mexicana, lo hizo merecedor del Premio Casa de las Américas. A ésta seguirían *Maten al león* (1969), *Estas ruinas que ves* (1974), *Dos crímenes* (1974), *Las muertas* (1977) y *Los pasos de López* (1982), en las que echó mano del costumbrismo para convertirlo en la base de historias irónicas y sarcásticas. En el terreno del cuento publicó *La ley de Herodes* (1976). Entre sus piezas teatrales destacan *Susana y los jóvenes* (1954), *Clotilde en su casa* (1955) y *El atentado* (1963). Murió trágicamente en un accidente aéreo.